HONOLULU HORNETS

TENTADA POR EL WIDE RECEIVER

A BROTHER'S BEST FRIEND ROMANCE



AVA AVERY

TENTADA POR EL WIDE RECEIVER

A BROTHER'S BEST FRIEND ROMANCE

TOUCHDOWN DE AMOR

LIBRO DOS

AVA AVERY



Primera edición en español: abril 2025
Copyright © Ava Avery

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser copiada, de manera física o digital, sin el permiso de la autora. En ningún caso se entenderá que se confiere el derecho de duplicación, traducción, distribución o acceso público.

Esta novela es una obra de ficción. Los sucesos y personajes que aparecen en ella son ficticios. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Consigue tu capítulo GRATIS:

HAGA CLIC AQUÍ

Social Media:

Instagram: avaavery.autorin
Facebook: avaavery.autorin
Ava en TikTok: @avaavery.books

ÍNDICE

Gratis Para Ti

Prólogo – Cleo

1. Cleo
2. Kingston
3. Cleo
4. Kingston
5. Kingston
6. Cleo
7. Kingston
8. Cleo
9. Kingston
10. Cleo
11. Kingston
12. Cleo
13. Cleo
14. Kingston
15. Cleo
16. Kingston
17. Kingston
18. Cleo
19. Kingston
20. Cleo
21. Kingston
22. Cleo
23. Kingston
24. Cleo
25. Cleo
26. Kingston
27. Kingston
28. Cleo
29. Kingston
30. Cleo
31. Kingston
32. Kingston

33. Cleo
34. Kingston
35. Cleo
36. Kingston
Epílogo – Cleo

Mis novelas de un vistazo
Libro y Capítulo Gratis
Antes de partir

GRATIS PARA TI

¿Te apetece un capítulo gratuito de esta novela? Puedes descargarlo **AQUÍ** sin costo. Alternativamente, escanea simplemente este código QR.

Empieza a leer ahora:

HAGA CLIC AQUÍ

o escanea este **código QR:**

PRÓLOGO – CLEO



2 AÑOS ANTES

—¡Vamos *Hornets*! —grito tan fuerte como puedo y salto de mi asiento.

Ace Apollon, el quarterback de los *Hornets de Honolulu*, acaba de lanzar un pase a Cassian Kingston, el wide receiver de los *Hornets*. Lo atrapa con seguridad. Corre hacia la zona de anotación como si el mismísimo diablo estuviera detrás de él. Mi hermano Saint, running back de los *Hornets,* le pisa los talones. Observo fascinada el despliegue de músculos del atlético cuerpo de Kingston y admiro la fuerza y la velocidad con la que se mueve por el campo de fútbol americano.

Ese atleta de primera categoría, de metro noventa de altura, piel bronceada, ojos color almendra y cabello castaño claro y algo largo, me ha cautivado desde la primera vez que lo vi.

Se llevó bien con mi hermano desde el principio cuando se unió a los *Hornets,* hace tres años. Desde entonces no paran de salir juntos.

En realidad, debería alegrarme por ello, porque eso significa que a menudo veo a Kingston fuera de los partidos en casa, donde siempre animo al equipo con entusiasmo. Pero ahí está el problema:

para Kingston, yo soy la hermana pequeña de su amigo, que todavía vive en casa con sus padres. Aunque ya tengo veinte años no me mudé de casa después del instituto, como hicieron muchos de mis compañeros. Para ahorrar dinero

Llevo dos años estudiando Marketing en el *Hawaii State College* y en unas semanas me iré a San Diego, donde cursaré los últimos cuatro semestres de mis estudios y, gracias a la colaboración entre el *Hawaii State College* y la *Southern California University,* podré obtener una doble titulación.

Esto queda muy bien en el currículum y me da la oportunidad de salir por fin de esta isla.

No es que no me encante Oahu, al contrario. Hawái es mi hogar y el lugar más hermoso del mundo, pero soy joven y quiero aprovechar esta oportunidad para ampliar mis horizontes. Que quiera pasar mi vida en Hawái después de graduarme es tan obvio para mí como el touchdown que los *Hornets de* Kingston están a punto de anotar.

Los aficionados de los *Hornets* saltan de sus asientos y vitorean. Yo hago lo mismo. Tras un difícil comienzo de temporada, los *Hornets* parecen estar recuperando poco a poco su antigua fuerza. Ya era hora. Después de perder tres partidos seguidos, ya temía que el campeonato fuera a ser una quimera este año.

—¿Has visto cómo se ha ganado Kingston ese touchdown sin miedo? Es increíblemente dominante. ¿A que es jodidamente sexy? —oigo una voz femenina no muy lejos de mí.

Pongo los ojos en blanco, molesta.

Por desgracia, no soy la única que se derrite por el receptor abierto número catorce. Con su estatura atlética, su piel bronceada, su cabello largo y ligeramente ondulado y sus ojos traviesos y brillantes, Kingston es un auténtico bombón.

Las mujeres se le echan a los pies en tropel y se le lanzan al cuello babeando. Algo que él disfruta visiblemente. Al igual que mi hermano, que no es menos atractivo y que también está constantemente rodeado de fans femeninas.

Quizás el tiempo que pase en San Diego me ayude a superar mi tonto enamoramiento por Kingston.

Aunque solo nos separan ocho años, tengo la sensación de que nunca me verá como una mujer adulta y de pleno derecho. Eso me molesta y me duele por igual.

Es cierto que gracias a Saint veo a Kingston más a menudo que todas las demás mujeres que están locas por él. Pero también gracias a Saint, Kingston nunca se interesará por mí como mujer porque la hermana pequeña de su amigo es tabú para él.

Es como pescar en río revuelto sin esperanza alguna de mejora.

Por eso espero con ilusión la estancia en San Diego, con una mezcla de alegría y tristeza.

Aunque apenas veré a Kingston, puede que sea justo lo que necesito para alejarme de él: un cambio de aires.

Sigo cómo los *Hornets de Honolulu* consiguen otro touchdown antes de que termine el cuarto y los equipos vuelvan a alinearse.

Con nueve puntos de desventaja, a los *San Francisco Flippers* les va a costar mucho ganar a los *Hornets* en este partido. En el último cuarto se han dado la vuelta partidos de fútbol americano completamente diferentes. Estoy sentada en mi asiento embelesada y, junto con el resto de aficionados del estadio, espero la merecida victoria de los *Hornets*.

—¿Qué, cariño, me he perdido mucho? —me pregunta mi padre cuando vuelve con una gran bolsa de palomitas y dos botellas de Coca-Cola.

Sonrío.

—Solo dos touchdowns, uno de ellos de Saint, papá.

—Oh. Los labios de mi padre forman una 'o' de arrepentimiento.

Típico de mi padre.

Es un auténtico goloso y no puede ver un solo partido de fútbol americano de mi hermano hasta el final sin tener que ir al puesto de comida al menos dos veces para abastecerse de comida para los nervios. Nachos, perritos calientes, ositos de goma, helado o, como en este caso, palomitas, garantizan que mi padre mantenga su presión arterial bajo control durante un partido de fútbol americano.

—No le digas a tu hermano que me lo he perdido. Me lo veré luego en la repetición —dice en tono conspirador y me guiña un ojo.

—No te preocupes, papá. No diré nada —le sonrío —, pero solo si esa Coca-Cola es para mí.

Señalo el segundo refresco que tiene en la mano y que me tiende de forma amistosa, y lo cojo.

Con casi treinta grados que hace hoy, este refresco dulce y pegajoso es casi una salvación.

Me dan mucha pena los jugadores que tienen que quedarse en el campo con todo el equipo puesto. Al menos hasta que me acuerdo de que, a diferencia de mí, no tienen que lidiar con estúpidas tareas domésticas y exámenes, sino que ganan una fortuna durante los partidos con la que pueden comprarse coches caros y casas aún más caras.

Como mi hermano. Y como Kingston. Ambos tienen un ático carísimo en Waikiki con vistas al mar que los mortales como yo sólo pueden soñar.

Así que que suden un poco más por sus lingotes de oro.

Me sirvo generosamente de las palomitas de mi padre, dejo de pensar en Kingston y en mi próxima estancia en San Diego y me concentro en el resultado del partido.

¿Qué otra opción tengo?

De todos modos, la vida hace lo que quiere. No me queda más remedio que dejar que me vaya llegando y esperar a ver qué me depara el futuro cuando finalmente se convierta en presente.

1

CLEO



2 AÑOS DESPUÉS

Una sonrisa de felicidad se dibuja en mis labios cuando el avión comienza la aproximación para aterrizar en Honolulu.

Por fin estoy de vuelta en casa. Después de dos largos años en los que solo he vuelto a casa unos días en Navidad para pasar las fiestas con mi familia, hoy regreso a la isla paradisíaca con dos títulos universitarios en el bolsillo.

La ceremonia en San Diego tuvo lugar hace poco más de dos semanas. Mis padres volaron expresamente desde Hawái para asistir. Por desgracia, Saint no pudo acompañarme porque tenía un partido de fútbol americano el día de mi graduación.

Sin embargo, sí que estará en la ceremonia de Hawái dentro de ocho días. Dos títulos universitarios significan también dos graduaciones. Una en San Diego y otra en Hawái.

Para entonces, o a más tardar después, me buscaré un trabajo.

En realidad, debería haberlo hecho hace mucho tiempo, pero los exámenes finales y la mudanza me han tenido tan ocupada en las últimas semanas que aún no he tenido tiempo.

Se apaga la señal de abrocharse los cinturones y me levanto para sacar mi equipaje de mano de la bandeja superior. Luego, llena de ilusión, me uno a la fila de personas que salen del avión por la pasarela en dirección a la terminal.

Casi corro hasta la cinta de equipajes porque no puedo esperar a salir del edificio del aeropuerto y disfrutar de la belleza de esta isla de camino a casa.

Han pasado ya seis meses desde la última vez que estuve en casa. ¡Demasiado tiempo! Ahora estoy de vuelta. Esta vez para siempre.

Cuando entro por las puertas de la zona de recogida de equipajes, mis padres ya me están esperando y me saludan con una gran sonrisa.

—Hola, pequeña —me llama mi madre con una sonrisa como si no me hubiera visto en siglos.

—Hola, mamá. Hola, papá —los saludo alegremente y abrazo primero a mi madre y luego a mi padre.

—Bienvenida a casa, cariño —me dice mi padre—. Estamos muy contentos de que por fin estés de vuelta con nosotros. Ya sabes que puedes quedarte todo el tiempo que quieras. No hemos cambiado nada en tu habitación.

—Gracias, papá —le sonrío.

Como todavía no he encontrado trabajo en Hawái, no puedo permitirme un piso propio. Y así, con casi veintitrés años, tengo que volver a mudarme con mis padres. Al menos de forma temporal.

No me importa. Quiero a mis padres y estoy contenta de volver a pasar más tiempo con ellos después de no haberlos visto casi nunca en los últimos dos años. A medio plazo, sin embargo, quiero tener mi propio apartamento para poder construir mi propia vida aquí.

Mi padre me coge la maleta y juntos nos dirigimos al aparcamiento bordeado de altas palmeras.

—A Saint le habría gustado venir, pero tenía entrenamiento y no ha podido escaparse —me informa mi madre disculpándose.

—Lo sé. Me ha escrito. Esta noche viene a cenar y se ha cogido libre para la ceremonia de graduación.

En los dos últimos años no he visto a mi hermano, al igual que a mis padres, muy a menudo en persona. Por supuesto, hablamos mucho por teléfono y por chat. Cuando los *Hornets* jugaban en California, Saint me conseguía entradas para los partidos y quedaba conmigo después, siempre que mi horario de estudios me lo permitía.

No se puede comparar con los años anteriores, en los que nos veíamos varias veces a la semana y pasábamos mucho tiempo juntos.

Sin embargo, esto tuvo una ventaja: me quité a Kingston de la cabeza.

Bueno, al menos lo intenté. A veces con más éxito y otras con menos.

Por más que lo intento, no sé cómo será volver a cruzarme con él a partir de ahora. Para ser sincera, en cuanto se me ocurrió, lo borré de mi mente.

No quiero pensar en Kingston.

Aunque ahora tengo un título universitario... bueno, en realidad tengo dos títulos universitarios, nada ha cambiado entre nosotros. Sigo siendo la hermana pequeña de su mejor amigo. Creo que Kingston ni siquiera es consciente de que tengo pechos y vagina.

Así que no tiene sentido seguir dándole vueltas al asunto con él.

Tengo que mirar hacia adelante. Buscar un hombre que me vea como lo que soy: una mujer joven, atractiva y amante de la vida con necesidades, ambiciones y sueños.

Miro por la ventanilla del coche y me dejo embriagar por el paisaje romántico y salvaje de este oasis verde.

Apenas salimos de la autopista en dirección a *Hawaii Kai*, los árboles exóticos se alinean uno tras otro, alternándose con flores de los colores más intensos y las formas más hermosas.

Mis padres se mudaron a Hawái con Saint y conmigo cuando yo nací. Mi padre consiguió un trabajo lucrativo en uno de los hoteles de lujo de la zona, donde sigue trabajando encantado. Desde entonces vivimos aquí. Y no se me ocurre un lugar más maravilloso en el que preferiría vivir.

A mi hermano, siete años mayor que yo, le pasa exactamente lo mismo. Por eso sigue jugando en los *Hornets de Honolulu* en lugar de dejar que uno de los equipos de tierra firme le dé un sueldo y bonificaciones mucho más altas. El dinero no lo es todo. No si puedes llamar a Hawái tu hogar.

Abro la ventanilla del coche, asomo la nariz sonriendo al viento y me siento muy feliz de estar de vuelta aquí por fin.

2

KINGSTON



—Llevas todo el día con esa sonrisa como si esta mañana te hubieran hecho la mejor mamada de tu vida, tío —le digo a mi colega Saint, que tiene el buen humor escrito en la cara.

Él se ríe y me da un puñetazo en el costado en broma.

—No del todo, pero casi. Cleo volvió a casa ayer. Ha terminado la carrera y ahora está buscando trabajo en Oahu.

—¡Qué buena noticia! —exclamo entusiasmado, alegrándome de corazón por mi colega.

Saint está muy unido a su hermana pequeña y la cuida como a la niña de sus ojos. El hecho de que Cleo haya estudiado los dos últimos años en el sur de California y que, por eso, no se hayan visto mucho, le ha costado más de lo que quiere admitir.

Que Cleo haya vuelto a Hawái le hace inmensamente feliz, y eso se nota.

—La ceremonia en el *Hawaii State College* es dentro de una semana. Después organizaremos una pequeña fiesta de bienvenida y de graduación para Cleo en el jardín de mamá y papá. ¿Quieres venir? Seguro que Cleo se alegrará.

Asiento con la cabeza.

—Claro, ¿por qué no? Aprovecharé para felicitarla también por su graduación.

Me gusta Cleo. Es una chica simpática, aunque quizá la expresión *chica* no sea del todo adecuada. Al fin y al cabo, Cleo ya tiene veintitantos y es más una mujer que una chica.

Con su larga melena rubia y sus ojos azules, siempre ha sido un auténtico bombón. No es que deba fijarme en eso. No puedo. Saint es mi mejor amigo. Así que su hermana es prácticamente intocable para mí, por no decir tabú.

Sinceramente, yo también soy solo un hombre y cuando me cruzo con una mujer guapa, no puedo ignorarlo.

Sin embargo, hace tiempo que no veo a Cleo. Por lo que sé, solo ha vuelto a Oahu unos días por Navidad. Durante ese tiempo, yo estuve visitando a mi familia en el continente.

Además, asistió a algún partido de los *Hornets* en California. Pero nunca estuve presente en las reuniones posteriores con su hermano porque no quería interrumpir con mi presencia su escaso tiempo a solas.

Si lo pienso bien, no he visto a Cleo desde hace unos dos años. Un tiempo bastante largo que, sin embargo, ha pasado volando. Parece que fue ayer cuando se celebró su fiesta de despedida, pero ahora tengo que avanzar dos años y me encuentro en su fiesta de bienvenida.

Extraño.

Eso demuestra una vez más lo acelerada que es la vida. Nada permanece como está. Todo está en constante movimiento y cambio.

Por eso hay que celebrar las fiestas cuando se presentan, porque nunca se sabe cuándo volverá a haber una oportunidad. Aunque una cosa es segura, nunca volveremos a estar juntos tan jóvenes y despreocupados como la semana que viene.

Una razón más para esperar con ilusión el reencuentro con Cleo.

El silbato del entrenador pone fin a nuestra conversación y nos hace salir al campo, donde nos espera un duro entrenamiento de tres horas.

En el último partido contra los *Boston Bulldozers*, el equipo contrario parecía adivinar todas nuestras jugadas, por lo que el entrenador Morris reescribió completamente el libro de jugadas para dificultar que el oponente descubriera nuestra táctica. En sí no es mala idea, pero también significa que nosotros, los jugadores, tenemos que memorizar e interiorizar un montón de jugadas nuevas. La mejor manera de hacerlo es jugarlas en el campo. Una y otra vez, hasta que nos las aprendemos de memoria.

Suspiro. Me encanta el fútbol americano, es mi vida. Y me encanta esta isla, que se ha convertido en mi hogar y que, si por mí fuera, no querría dejar nunca. Pero en días como este maldigo Hawái y su maravilloso clima.

El cielo azul brillante y sus treinta grados pueden ser geniales si te tumbas en la playa o te relajas en el agua, pero no tanto si sudas más agua de la que puedes beber en el césped.

No quiero quejarme. Al fin y al cabo, si quisiera, podría hacer exactamente eso después del entrenamiento: ir a la playa y relajarme en el agua.

¿Cuántos futbolistas profesionales pueden decir lo mismo?

Antes de fichar por los *Hornets de Honolulu*, jugaba en los *Chicago Chasers*, y de una cosa estoy seguro: no pienso volver a Chicago. Allí los inviernos son de un frío implacable y en verano no hay ni rastro de mar a la vista.

Prefiero sudar la gota gorda en Hawái, donde después de trabajar puedo tomarme la merecida cerveza en el jacuzzi de la terraza con vistas a la bahía de Waikiki.

—¡Eh, Kingston! ¿Estás soñando o esperando a que llueva? —me interrumpe la brusca voz del entrenador.

—Lo siento, entrenador —murmuro y me uno a los demás jugadores para escuchar las explicaciones del entrenador Morris.

Después de explicarnos varias veces todas las jugadas, tomamos nuestras posiciones y pasamos de una formación a otra.

La defensa y algunos suplentes asumen el papel del equipo contrario.

Después de tres horas, el entrenador da por finalizado el entrenamiento y pone fin a la sesión.

—Mierda, qué duro ha sido —jadea Saint a mi lado—. ¿Qué tal? ¿Te apetece ir esta noche al *Chateau Noir*?

—No, gracias —respondo negando con la cabeza—. Quiero ir a correr un poco y después estaré definitivamente demasiado cansado para echar un polvo.

—También podrías simplemente dejar que te la chupen —me sugiere Saint con una sonrisa picarona, lo que me hace reír.

—Déjalo. Hoy estoy demasiado hecho polvo incluso para eso. Ya lo compensaremos.

—Vale. No te pases en el gimnasio.

Saint me da una palmada en el hombro y se va hacia los vestuarios. Yo, por mi parte, me dirijo al gimnasio.

Si hoy tengo que romperme el culo, que sea de verdad.

Al fin y al cabo, la cerveza fría hay que ganársela.

3

CLEO



Sentada con mi toga y birrete en la tercera fila de sillas frente al escenario en el jardín del *Hawaii State College*, escucho con una amplia sonrisa el discurso del decano. En breve recibiré mi diploma y, por tanto, concluiré oficialmente mi etapa de estudiante. Un capítulo del libro de mi vida llega así a su fin.

Me invade un poco de melancolía, pero la alegría por lo que viene a continuación es mayor.

Me espera la vida. La vida *de verdad*.

Estoy más que preparada para ello.

Nos indican que nos levantemos y nos pongamos en fila uno detrás de otro en el borde del escenario.

Espero con impaciencia a que digan mi nombre.

—Clementine Saint —escucho finalmente las palabras mágicas.

Con una sonrisa que eclipsa al sol de Hawái, subo al escenario con mis tacones altos, que me regalé a mí misma expresamente para la graduación, y camino orgullosa hacia el decano, que me da la mano, me felicita y me entrega solemnemente mi diploma.

Me giro hacia el público, formado por otros graduados y sus familias, y busco a mi familia entre la multitud, lo cual es casi imposible.

Sin embargo, saludo alegremente y luego bajo los escalones del otro extremo del escenario para volver a mi asiento.

Después de que todos hayan recibido sus diplomas, el decano da la señal de lanzar al aire nuestros birretes negros para sellar nuestra graduación.

Los vítores se mezclan con risas alegres y gritos de emoción.

Entonces se completa el proceso.

Soy oficialmente una graduada universitaria de pleno derecho con doble titulación.

—Lanzas como un profesional. Deberías haberte hecho futbolista. Parece que es cosa de familia —oigo la voz bromista de Saint detrás de mí.

Me giro hacia él y le doy un efusivo abrazo.

—¡Eh, eh, eh! Tranquila —se ríe y me abraza con sus fuertes brazos.

Me alegro mucho de que haya venido, porque para una celebridad como él no es precisamente pan comido moverse libremente en público. Cuando estamos juntos, Saint es acosado constantemente para que se haga fotos y dé autógrafos. Por suerte, en este evento todo el mundo está tan absorto en sí mismo que la presencia de Saint apenas llama la atención.

Quizá sea también por el atuendo informal y discreto que lleva, combinado con una gorra de béisbol y unas gafas de sol de espejo que ocultan gran parte de su rostro.

—Estoy muy orgulloso de ti, ¿sabes? Y estoy muy contento de que por fin estés de vuelta en casa. Fue una idea realmente estúpida estudiar dos años en San Diego.

Le doy un codazo a Saint en las costillas y le pongo mi título delante de sus narices.

—Ahora puedo presumir de dos títulos en marketing.

—Respeto. Algunos futbolistas no saben ni contar hasta dos, ni mucho menos tienen un solo título, y tú tienes dos —se oye detrás de mí otra voz que me resulta muy familiar.

Me quedo paralizada y se me borra la sonrisa de la cara.

¡Kingston!

¡Esa es la voz de Cassian Kingston!

Lentamente, casi a cámara lenta, me giro en busca de la voz.

Y sí, efectivamente. Ahí está. En vivo y en directo.

Aunque *en directo* quizá sea decir demasiado.

Kingston viste de negro.

Vaqueros negros, camiseta negra, zapatillas negras, gorra negra y gafas de sol negras.

—Por si nadie te lo ha dicho, esto no es un funeral, ni un evento gótico, ni un concierto de heavy metal —digo secamente para disimular un poco mi inconfundible sorpresa por su presencia.

El corazón me late con fuerza en el pecho y se me contrae la garganta como si alguien me hubiera puesto una soga.

Hasta aquí el tema de: *me he quitado a Kingston de la cabeza.*

Pues no.

El hombre está tan sexy y atractivo como siempre.

No, no es verdad.

Está más sexy y atractivo que hace dos años. Más maduro y... más marcado. La edad le sienta bien. Si no me equivoco, hace poco superó la barrera de los 30.

Kingston responde a mi comentario con una sonrisa torcida.

—He echado de menos tu lengua viperina —se ríe divertido, mirándome a la boca, que se queda seca como un palo.

Mierda.

Ojalá Kingston supiera lo mucho que me gustaría estar en contacto con su lengua.

O no, mejor no.

Sería demasiado vergonzoso. Al fin y al cabo, Cassian Kingston nunca se liaría conmigo porque soy la hermana de Scott Saint.

—Ven, déjame abrazarte —dice cuando no respondo a sus bromas.

Como sigo inmóvil como una columna de sal, Kingston da un paso hacia mí y me estrecha en sus brazos.

Lo que para él es algo completamente natural e inofensivo, me provoca un colapso involuntario.

El pecho atlético contra el que se presiona mi torso está caliente y fuerte. Los brazos musculosos que me rodean me hacen mojarme.

El aroma masculino a tabaco y ámbar provoca un cortocircuito en mi cerebro.

Siento cómo mis rodillas ceden y pierdo el equilibrio.

—Vaya —oigo la voz grave de Kingston en mi oído—. ¿Estás bien?

Me esfuerzo por asentir y me separo de él rápidamente.

—Sí, todo bien. En el ajetreo se me ha olvidado beber suficiente agua.

Kingston frunce el ceño preocupado y mira a Saint.

—Si te quedas con ella, yo iré a por algo de beber.

—De verdad que no es necesario... —empiezo a decir, pero mi hermano me interrumpe.

—Así lo haremos. Mamá y papá también vienen por allí. Te esperaremos allí, a la sombra.

—Está bien —dice Kingston y desaparece entre la multitud.

—No hace falta —susurro—. Estoy bien.

—Tan bien que por poco te desmayas —contesta Saint imperturbable—. Ahora que has vuelto a casa, te vigilaré con ojos de águila. Será mejor que te acostumbres.

Murmuro algo incomprensible, pero me contengo porque no quiero estropearnos este día tan especial.

Mamá, papá, Saint y yo nos dirigimos a la sombra, donde esperamos a Kingston, que poco después regresa con bebidas.

Después de hacer las fotos familiares obligatorias y de despedirme de mis amigos y compañeros de estudios, emprendemos el camino de vuelta a casa para terminar el día con una pequeña celebración relajada en nuestro jardín.

Nadie me dijo que Kingston estaría con nosotros y, para ser sincera, no sé si alegrarme o horrorizarme.

¿Se puede estar las dos cosas a la vez?

4

KINGSTON



—¿De verdad crees que está bien? —me pregunta Saint por enésima vez.

Mira con preocupación a su hermana, que está hablando con los invitados que aún quedan de la fiesta improvisada en el amplio jardín de la familia Saint, bordeado de palmeras, plataneros y aves del paraíso.

Lleva un pequeño vestido negro y, a pesar del ambiente informal y relajado de la fiesta, no ha dejado de arreglarse.

Me parece bien. Al fin y al cabo, este es *su día*. Su fiesta. Ha trabajado durante cuatro años para conseguirlo. Así que puede celebrarlo como ella quiera. Ya sea en pantalones cortos, camiseta y chanclas, como la mayoría de los invitados, o descalza, con un pequeño vestido negro ajustado.

—Por supuesto que está bien. Mírala. Está rebosante de vida.

Saint frunce el ceño, como si mis palabras no le convencieran del todo.

—¿Entonces por qué se desplomó antes?

Suspiro.

—Demasiado sol, combinado con nerviosismo y deshidratación. Es fácil que te fallen las piernas. Además, yo estaba allí para

sujetarla. No ha pasado nada y por eso deberías dejar de darle más vueltas.

—No sabes lo que es —contesta Saint sin apartar la vista de su hermana.

—¿Lo que es *qué*? —pregunto desconcertado.

—Lo que es tener una hermana pequeña que además es muy inteligente y guapísima. No tienes ojos suficientes para vigilarla.

Sonrío.

—No es una damisela y esto no es una fortaleza, ¿vale? Es adulta, tío. Déjala vivir su vida, venga.

Saint resopla con desprecio.

—Ya veremos. Solo porque tenga la carrera universitaria no significa que sea adulta. Puede que crea que está preparada para la vida, pero yo sé más que ella. Ahora que ha vuelto a la isla, me resultará más fácil vigilarla y asegurarme de que esté bien.

—¿Ella opina lo mismo? —le digo a mi colega en tono de broma.

Me da un codazo y me lanza una mirada de advertencia.

—Ni una palabra sobre ella, ¿entendido?

Arqueo las cejas y me contengo de hacer cualquier otro comentario sobre el excesivo cuidado de Saint.

—Voy a por dos cervezas más —digo en su lugar y voy a la cocina a través del jardín para conseguir más.

Cuando vuelvo cinco minutos después, Cleo se ha unido a su hermano.

Le ofrezco a Saint la cerveza que le he traído y le ofrezco la mía a Cleo.

—Si prefieres otra cosa, te la traigo con mucho gusto —le aseguro, pero ella niega con la cabeza y acepta agradecida la cerveza, de la que bebe un trago fuerte.

No conozco a muchas mujeres a las que les guste la cerveza y me parece genial lo sencilla y práctica que es Cleo en este sentido. Nada de bebidas elegantes con sombrillitas de colores. Nada de agua de Fiji con un limón de Sicilia.

No. A Cleo le basta con una simple cerveza helada de botella.

Muy bien.

—¿Desde cuándo bebes cerveza? —interviene Saint señalando con poco entusiasmo la botella que tiene Cleo en la mano.

—Desde que tengo edad suficiente. ¿Lo has olvidado? ¡Soy adulta!

—Solo porque tengas más de veintiún años y ahora puedas beber alcohol legalmente en este país no significa que seas automáticamente adulta.

Cleo se queja irritada.

—Vaya, Scott, ¿en serio?

—Sí, en serio. Quiero que esta sea la única cerveza. Ni se te ocurra abrirte otra. Ya has bebido una copa de vino con los vecinos.

A Cleo se le cae la mandíbula y jadea visiblemente.

—Oye, ¿me estás vigilando?

Saint se sobresalta, pero se recupera rápidamente.

—Solo te estoy cuidando, como hacen todos los hermanos mayores.

—Y una mierda, Saint. Lo que quieres es controlarme pero no va a ser así. Soy mayor de edad e independiente, ¿entendido?

Saint se ríe divertido.

—Sí, claro. Por eso has vuelto a vivir con mamá y papá.

En los ojos azul marino de Cleo se forman nubes de tormenta oscuras ante las palabras sarcásticas de Saint.

—Es solo temporal. Hasta que encuentre mi propio sitio —se defiende ella.

Saint cruza los brazos sobre el pecho y se siente superior.

—Para eso primero tendrías que tener un trabajo, hermanita.

—Lo tengo —sisea Cleo y entrecierra los ojos.

La afirmación de Cleo hace que la sonrisa de Saint se desvanezca.

—¿Ah, sí? —pregunta con recelo—. ¿Y qué trabajo es ese?

Cleo da un sorbo a su cerveza y deja que su hermano se inquiete a propósito.

Me contengo y sigo en silencio la discusión de los hermanos Saint.

—En la tienda de surf de Faith —Cleo finalmente suelta la lengua.

—¿En la tienda de surf de Faith? —Saint se hace eco con incredulidad.

—Exacto —Cleo asiente y sonríe—. Empiezo pasado mañana.

—¿Cómo? —insiste Saint.

—En ventas y en servicio. Ayudo en todo lo que se necesita. Empieza la temporada alta, y Faith agradecerá cualquier ayuda.

Saint me mira atónito, pero yo me limito a encogerme de hombros.

—¿Qué te pasa? Es genial que tu hermana haya encontrado trabajo tan rápido.

—¿*A eso le llamas genial*? —me grita Saint—. No ha estudiado cuatro años y se ha sacado dos carreras para trabajar en la venta y el servicio de una tienda de surf en la playa. ¿Qué tiene eso de *genial*?

—Es solo por el momento —grita Cleo—. Para la temporada alta. Así puedo ganar dinero y al mismo tiempo dedicarme a mi hobby: el surf. Después de los últimos cuatro años, me merezco un poco de relax. Así mato dos pájaros de un tiro.

Saint frunce el ceño con desaprobación y Cleo bebe furiosa otro trago de su botella de cerveza, que ya está medio vacía.

Ya es hora de mediar en esta discusión.

—Me parece bien el plan, Saint —le digo a mi amigo para calmarlo—. Dale a Cleo unos meses para que se adapte y se instale de nuevo. Y después del verano siempre puede buscar un trabajo aburrido de oficina en el que pueda hacer carrera, ¿vale?

Saint murmura algo indefinible y el rostro de Cleo se ensombrece aún más.

—Escucha, la tienda y la cafetería de Faith son uno de los lugares de encuentro más de moda de la isla. Allí Cleo conocerá a mucha gente con buenos contactos y podrá hacer contactos útiles. Solo veo ventajas en todo esto —insisto.

Faith Tanner es surfista profesional y una de las residentes más conocidas de esta isla. Es tremendamente exitosa, extremadamente simpática y, además, muy atractiva.

Además de su carrera como surfista profesional, tiene una tienda de surf con su escuela y una cafetería contigua en la playa de North

Shore. Es un negocio redondo, porque la gente acude en masa allí solo por ella.

Lo que le he dicho a Saint no es solo para calmarlo. Lo digo en serio.

—Vale —conviene Saint para mi alivio—. No me entusiasma la idea, pero quizá tengas razón.

Cleo me lanza una mirada de agradecimiento y se bebe el resto de la botella de un trago, lo que hace que Saint chasquee la lengua en señal de protesta.

—Después de lo que hemos pasado hoy, me apetece ir al *Chateau Noir* esta noche. ¿Vienes? —me pregunta cuando su hermana se da la vuelta para despedirse de uno de sus invitados.

—¿*Chateau Noir*? —pregunta Cleo con interés y vuelve a prestarnos atención—. Suena misterioso. ¿Qué es?

La mujer tiene orejas de elefante. Saint no ha hablado muy alto. Aun así, se ha enterado.

—No es asunto tuyo, Cleo. Eres demasiado joven para eso —la rechaza bruscamente Saint.

Cleo levanta la barbilla ofendida y mira furiosamente a su hermano.

—Ya hemos hablado de eso. Ya soy adulta.

—Definitivamente no lo suficientemente adulta para el *Chateau Noir* —dice Saint con decisión—. Y se acabó el tema.

—El tema no se acaba hasta que me digas de qué se trata. Si no me lo dices, lo buscaré en Internet.

Saint se ríe.

—Puedes intentarlo, pero te ahorraré tiempo y esfuerzo: no encontrarás nada.

Cleo frunce el ceño.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué no?

—El sitio pasa desapercibido. Solo es para miembros y está bastante bien protegido —intervengo para que el ambiente tenso entre los dos no se caliente aún más.

—¿Y qué es ese local ultrasecreto? —insiste Cleo.

Saint quiere responder algo, pero le hago entender que me deje hablar a mí.

—Es una especie de club para VIPs que no pueden ir a los clubes normales sin seguridad. Tu hermano y yo vamos allí a veces para desconectar y relajarnos. Nada más.

No le digo que el *Chateau Noir* es mucho más que un club elitista en el que se puede bailar y relajarse.

En primer lugar, no tiene por qué saberlo y, en segundo lugar, las reglas del *Chateau Noir establecen* que sus miembros deben mantener la confidencialidad con respecto a los extraños para que el club pueda seguir existiendo sin problemas.

Me inclino y le doy a Cleo un beso fugaz en la mejilla, mientras su seductor perfume a frambuesas frescas con un toque de vainilla me llega a la nariz.

Cierro los ojos un instante y lo huelo profundamente.

Maravillosamente dulce. Igual que la mujer que lo lleva.

—Bueno, Cleo, gracias por la invitación. Seguro que nos veremos pronto —me despido de ella para evitar que haga más preguntas y para evitar que yo siga pensando en su embriagador aroma.

Dirigiéndome a Saint, le digo:

—Nos vemos más tarde.

Saint responde guiñando un ojo. Lo ha entendido.

5

KINGSTON



Es bastante tarde cuando llego al *Chateau Noir* esa noche. Aparco mi Aston negro en el garaje subterráneo y luego tomo el ascensor hasta el último piso, donde se encuentra el ático y, por tanto, las instalaciones del *Chateau Noir*.

Aunque el club de élite está cerca de mi apartamento en Waikiki, prefiero venir en coche. Como futbolista profesional, los aficionados de los *Hornets de Honolulu* me reconocen en cuestión de segundos y a veces me siguen con curiosidad.

Lo último que necesito es que un fan obstinado me siga los pasos de camino a mi club favorito, donde la discreción es la máxima prioridad.

Cojo mi coche deportivo más discreto, con cristales tintados, y recorro el corto trayecto hasta el aparcamiento subterráneo del complejo de apartamentos sin que me reconozcan.

El ascensor me lleva en menos de un minuto a la planta más alta, donde las puertas se abren con un discreto *'pling'*.

Frente a la entrada del ático hay una mujer elegantemente vestida que me saluda con una sonrisa profesional.

—Mister Black, me alegro de verle.

Le devuelvo el saludo con un movimiento de cabeza y espero a que me abra la puerta y me deje entrar.

Desde fuera, nada indica que en el interior haya un club VIP. Ni letrero, ni portero, ni música alta.

Los nombres de los miembros también se han adaptado en consecuencia para mantener la discreción y el anonimato del exclusivo ambiente.

En el *Chateau Noir* no me llamo Kingston, sino Black.

Entro en el pasillo del ático, que está sumido en una luz tenue. De los altavoces emana una agradable música lounge que se integra a la perfección en la decoración de la estancia. En el *Chateau Noir*, como su nombre indica, predominan el negro y el dorado.

El cuero caro se combina con el terciopelo lujoso. Figuras de elegantes leopardos y majestuosos leones transmiten a los visitantes del club una sensación de poder, superioridad y fuerza.

Cojo una de las máscaras negras de la antigua cómoda y me la coloco.

Una medida de seguridad adicional que aprecio mucho.

Lo que sucede en el *Chateau Noir* debe permanecer en el *Chateau Noir* bajo cualquier circunstancia.

Apenas entro en la primera sala a través de un arco de medio punto, la luz se vuelve más tenue y la música más fuerte, aunque todavía agradable y discreta.

En uno de los pesados sillones de cuero hay un hombre sentado con un traje gris. En su regazo se recuesta una rubia sexy que solo lleva un body de encaje y unos tacones de vértigo. Ella le ha desabrochado la camisa y le besa provocativamente el pecho, mientras él reclina la cabeza en la nuca y disfruta al máximo de la intimidad.

En ese momento siento el calor cosquilleante que me inunda cada vez que visito el *Chateau Noir*.

Vengo aquí para dejarme llevar. Para relajarme. Para hacer realidad mis fantasías.

Aquí puedo hacer todo eso sin tener que preocuparme por nada.

Sin dramas, porque solo quiero sexo, pero la mujer de mi cama es mi gran amor. Sin noches de insomnio, porque no me acusan de

haber dejado embarazada a una de mis amantes. Sin citas con mi abogado, porque alguna fulana de una noche espera sacarme un dineral afirmando que nuestro sexo no fue consentido. Sin guardaespaldas, porque groupies locas me acosan enfermizamente después de una noche sin sentido.

Con todas las historias de terror de este tipo que circulan por el mundo casi a diario, simplemente ya no puedo disfrutar sexualmente de la forma normal.

Ligar con una mujer en un bar y pasar una noche caliente con ella ya no es una opción para mí.

Ya he tenido demasiadas experiencias desagradables. En carne propia y a través de las historias de mis amigos y compañeros.

No, gracias.

Cuando quiero sexo, voy al *Chateau Noir.*

Allí puedo tomar todo lo que necesito sin tener que preocuparme por las posibles consecuencias.

Si me apetece que una belleza me dé un masaje en el jacuzzi, es pan comido.

Si me apetece una mamada con talento, solo tengo que decir cómo me gustaría que fuera. De pie, sentado o tumbado.

Si me apetece un polvo rápido y duro, puedo conseguirlo aquí.

Si quiero follar una y otra vez toda la noche, aquí tengo a mi disposición uno de los elegantes dormitorios.

Si siento la necesidad de acostarme con más de una mujer, solo tengo que decir cuántas me gustaría tener.

Sea lo que sea, el *Chateau Noir* satisface todos los deseos de sus clientes.

Por eso ser miembro cuesta una pequeña fortuna. No solo eso: para ser admitido hay que pasar por una odisea de controles. La seguridad de las empleadas es la máxima prioridad para la propietaria del *Chateau Noir*.

El concepto de entrega total solo funciona si las mujeres, que leen en los ojos de los hombres todos sus deseos, se sienten seguras y respetadas. Algo que suscribo y apoyo plenamente.

—Por fin estás aquí —gruñe Saint impaciente y se levanta de uno de los sillones desde donde ha estado observando a la otra pareja,

que ahora desaparece en uno de los dormitorios.

Frunzo el ceño, irritado.

—¿Habíamos quedado a una hora determinada o por qué suenas tan reprochador? ¿Ahora eres mi mujer o qué?

—No —gruñe Saint—. Pero necesito relajarme urgentemente.

—¿Y por qué no lo haces? No es como si tuvieras que hacerme una mamada, tío.

Saint se sacude y pone cara de asco.

—Ya estamos.

Lo miro con atención y espero a que me cuente lo que le preocupa.

—Se trata de Cleo —al final se decide a hablar.

Abro una de las puertas del balcón y le hago una señal a Saint para que me siga afuera. Después cierro la puerta con cuidado para que nadie pueda escuchar nuestra conversación privada.

—¿Qué pasa con Cleo?

—Estoy preocupado por ella —suspira.

Apoyo los codos en la barandilla del balcón y miro hacia el densamente poblado valle de casas de Waikiki y el mar que se extiende más allá, iluminado por las luces de la ciudad.

Sopla una brisa templada y las palmeras que tenemos debajo se mecen suavemente en la despejada noche de verano.

—¿Qué preocupaciones te traes? —le pregunto a Saint y me giro hacia él.

—Bueno... —se rasca la cabeza—. Es muy inteligente, y no me refiero solo a que tenga dos títulos universitarios. Sabes que siempre ha sido una empollona. Eso no ha cambiado. La última vez que nos vimos en San Diego, estaba muy interesada en hacer carrera. Había conseguido unas prácticas en una empresa de primera y estaba encantada. Ahora... ahora me parece que no tiene ningún plan ni objetivo. Algo no va bien.

Observo a Saint un rato mientras reflexiono sobre sus palabras.

Aunque por un lado pienso que está exagerando, sé que Saint tiene un excelente don de gentes. Si está preocupado porque su hermana le parece diferente, yo, como amigo suyo, debería tomarme eso en serio.

—Escucha, Saint. Entiendo tus preocupaciones, pero tal vez tu hermana solo necesite un pequeño respiro antes de volver a arrancar a toda máquina. Después de todo, ha pasado por un momento muy duro. Nos lo dijo ella misma. A mí me pareció convincente.

Saint niega con la cabeza. No me lo creo. Hay algo más.

Me froto la barbilla, perplejo.

—¿Qué?

—No tengo ni idea. Esperaba que tú pudieras ayudarme a averiguarlo.

Me quedo de piedra.

—¿*Yo?* ¿Qué quieres decir?

—Cleo no me dirá nada. Yo soy su hermano mayor pero tú eres como un buen amigo para ella. Quizá puedas ganarte su confianza y sacarle información.

Me burlo.

—Ganarte su confianza y sacar información... ¿te estás escuchando? Porque si es así, tienes que darte cuenta de lo moralmente reprobable que suena, ¿verdad?

—¿Ahora eres mi colega o te has convertido en un pesado moralista? —gruñe Saint—. ¿Crees que te lo pediría si no fuera realmente importante?

—Vale —me limito a decir y vuelvo a girarme hacia la barandilla.

A Saint parece importarle mucho que hable con Cleo. Aunque no creo que esta conversación vaya a servir de mucho, Saint es mi mejor amigo. No voy a dejar tirado a mi mejor amigo.

Si quiere que hable con su hermana, lo haré. Al fin y al cabo, a mí también me importa que Cleo esté bien. Y si, como dice Saint, algo le preocupa o le impide perseguir sus sueños, quiero saberlo.

—Gracias —murmura Saint aliviado—. No hay de qué.

Saint se acerca a mí.

—Lo siento, tío. No quería molestarte con mis mierdas. Has venido aquí para desconectar y yo no hago más que hablar de mis problemas.

Le pongo una mano en el hombro a Saint y le doy un apretón.

—Como ya he dicho: no pasa nada. No te preocupes por eso.

Saint asiente agradecido y damos por zanjado el tema.

Por ahora.

—¿Qué te parece si ahora vamos a por unas cuantas señoritas sexys y hacemos lo que vinimos a hacer? —le propongo, y Saint sonríe con picardía y acepta.

Ya está. Funciona.

6

CLEO



Faith Tanner es la reina del surf de Hawái. Ha ganado todo lo que se puede ganar. A pesar de sus éxitos y de su inmensa popularidad, a lo largo de los años ha sabido mantener los pies en la tierra y nunca ha olvidado sus orígenes.

Cuando me enteré de que estaba buscando una ayudante competente para la temporada de verano, no lo pensé dos veces y me presenté personalmente en su tienda para solicitar el trabajo.

Faith me ofreció probar a trabajar el resto del día, lo cual hice inmediatamente. Al final del día, no solo salí de su tienda con una gran sonrisa en los labios, sino también con un trabajo.

Por supuesto, no me he sacado un doble grado en marketing para trabajar el resto de mi vida en una tienda de surf con una cafetería al lado, pero por el momento es exactamente lo que necesito y quiero.

Después de la época estresante en San Diego, primero tengo que calmarme y ordenar mis ideas antes de tomar decisiones trascendentales que afecten a mi futuro profesional de forma duradera.

Un trabajo con vistas al mar entre gente amante del surf es justo lo que necesito.

Buen rollo, sol, conversaciones interesantes y demasiado que hacer para que los recuerdos desagradables se abran paso en mi mente.

Salgo de mi coche en el paseo marítimo de North Shore en esta mañana de principios de verano y respiro profundamente el aire salado del mar.

Todavía está relativamente tranquilo.

Algunos surfistas se divierten en el agua y cogen las primeras olas del día. Hombres bronceados con abdominales marcados corren por la arena con el torso desnudo. Seguro que también hay alguna mujer haciendo footing, pero las preciosidades masculinas con sus pantalones cortos me hacen ignorar hábilmente al resto.

Me siento en la arena, que aún está fría por la noche pero que ya se está calentando con los primeros rayos de sol de la mañana, y miro al mar.

Me invade una paz y una profunda gratitud. Poder llamar a Hawái mi hogar es un privilegio inestimable del que ahora me estoy dando cuenta de verdad.

Descubro a Faith, que parece cabalgar sin esfuerzo sobre una de las olas hasta la playa y allí saluda con una sonrisa a otro surfista.

Le hace un gesto con la mano y corre hacia mí con su tabla de surf. En realidad, no debería mirar fijamente a mi nueva jefa como si no fuera de este mundo, pero no puedo evitarlo. Faith Tanner es tan sexy que me hace cuestionar mi heterosexualidad.

Su larga melena castaña baila en mechones húmedos alrededor de sus caderas. Sus ojos verde claro brillan con alegría y energía. Su sonrisa es encantadora y su cuerpo bronceado y musculoso es elegante y seductor.

—Hola, Cleo —me saluda con su estilo cálido y se queda de pie frente a mí.

Me levanto apresuradamente y me quito la arena de los pantalones cortos.

—Hola, Faith. ¿Ya en el agua tan temprano?

Faith me guiña un ojo.

—La competencia no duerme. Además, aquí por la mañana siempre hay una paz tan hermosa.

Asiento con la cabeza y la acompaño a su tienda de surf.

—Gracias de nuevo por darme el trabajo —le digo a Faith cuando abre la tienda y me invita a entrar.

—No tienes que agradecérmelo. Te lo has ganado. ¿Recuerdas cómo funciona todo aquí?

—Sí —le contesto.

—Bien. Entonces me doy una ducha rápida y vuelvo en media hora.

Me pongo manos a la obra y poco después llegan los demás empleados de Faith.

Apenas hemos terminado de preparar todo para el día, los primeros clientes ya están entrando en la tienda y en la cafetería contigua, así que no me queda tiempo para pensar en cosas en las que no quiero pensar, pero que, sin embargo, se cuelan una y otra vez en mi cabeza sin que yo quiera.



—Hola, Cleo, tienes visita —me grita Tama, uno de mis compañeros, desde la puerta que está a punto de cerrar.

Sorprendida, levanto la vista del expositor que acabo de reordenar y descubro a mi hermano, que se acerca a mí con aire despreocupado.

—¿Qué haces aquí? —le recibo con más brusquedad de la que pretendía.

Desde nuestra última discusión no hemos vuelto a hablarnos y, para ser sincera, todavía estoy un poco resentida por su reacción machista y exagerada ante mi trabajo temporal, así como por su intromisión en mi vida.

Saint sonríe de forma torcida y se mete las manos en los bolsillos de sus vaqueros desgastados.

—Quería invitarte a cenar. La cafetería todavía está abierta, ¿no?

—¿Esa es tu forma de disculparte? —pregunto con recelo—. ¿O estás aquí para convencerme de que no acepte el trabajo? Porque entonces puedes irte de inmediato.

Saint suspira.

—Estoy aquí para pasar tiempo contigo. Sigo sin entender por qué no buscas un trabajo de verdad, que sin duda encontrarías con tu formación, pero no he venido por eso.

Me pellizco los ojos y cruzo los brazos sobre el pecho.

Saint levanta las manos y vuelve a suspirar. Vale, vale. Quizá quería sacar este tema de paso, pero solo porque me preocupo por ti.

—Saint... —empiezo, pero antes de que pueda seguir hablando, Faith se une a nosotros.

—¿Todo bien por aquí? ¿Algún problema? —pregunta con una sonrisa desarmante y sincera.

—No —me apresuro a responder—. Faith, te presento a mi hermano Saint. Saint, esta es Faith Tanner, mi jefa. Es la propietaria de la tienda y la cafetería.

Mi hermano mira a Faith como si nunca antes hubiera visto a una mujer.

Le doy un codazo en las costillas y él se estremece adolorido.

—¡Ay! —me grita.

Yo pongo los ojos en blanco, molesta.

—Pues llora.

—Ya te lo he dicho.

—Qué marica.

—Los jugadores de fútbol americano son unos tíos duros.

Faith, que no se ha perdido nuestra broma fraternal, frunce los labios en una sonrisa divertida y le tiende la mano a mi hermano.

—¿Juegas en los *Hornets de Honolulu,* verdad?

—Así es. Y tú eres la reina del surf de Hawái —responde mi hermano con voz ronca.

¿Está nervioso o qué? ¿Desde cuándo? Mi hermano suele mostrarse ante el sexo femenino con una confianza tan grande que las mujeres pierden la cabeza.

—Dios mío, odio ese nombre —se ríe Faith y pone una mueca de alegría—. No tengo nada en común con una reina.

—No estoy de acuerdo —murmura mi hermano casi inaudible.

Le echo una mirada incrédula y decido que es hora de despedirme de Faith antes de que Saint me avergüence hasta los huesos en mi primer día de trabajo, incluso antes que mi jefa.

—Tengo un hambre de oso —me dirijo a Saint—. Deberíamos irnos.

Pero él no se mueve de donde está. Es más, parece haber olvidado por completo mi presencia, ya que toda su atención está puesta en Faith, que no se lo pierde.

Se despide con una sonrisa pícara en los labios.

—Hoy has estado genial, Cleo. Muchas gracias y hasta mañana.

—Hasta mañana —le digo radiante, feliz por el cumplido. Le pongo las manos en las musculosas caderas a mi hermano para empujarlo fuera de la tienda antes de que mis compañeros corran el riesgo de resbalar y caerse en su embarazosa estela de baba.

7

KINGSTON



Estoy en el vestuario preparándome mentalmente para el entrenamiento que tengo por delante.

Afuera hace un calor sofocante y el sol brilla implacable en el cielo.

El tiempo perfecto para tumbarse junto al mar y no hacer nada.

—Hola, tío, ¿qué tal? —me pregunta Saint, que se sienta a mi lado en el banco frente a su taquilla.

—No mucho. ¿Y tú?

Inclina la cabeza hacia atrás. El casillero emite un sonido metálico cuando la cabeza de Saint choca contra él.

—Anoche fui a ver a Cleo al trabajo.

Giro la cabeza hacia Saint y espero a que continúe hablando.

Él mira fijamente al techo y parece estar muy lejos con sus pensamientos.

Golpeo con los dedos frente a su cara y lo traigo de vuelta al presente.

—¿Y bien? —pregunto con expectación—. ¿Vas a decir algo más?

—Quería saber más sobre su nuevo trabajo, pero Cleo es testaruda. Se cerró en banda de inmediato y se encerró en silencio.

—Parece que es cosa de familia.

Saint resopla indignado.

—Como si yo fuera tan complicado y difícil como mi hermana.

Mi comisura derecha se tuerce traicioneramente, pero me las arreglo para reprimir un comentario mordaz.

—¿Le gusta el nuevo trabajo? —pregunto en su lugar.

Saint asiente y empieza a desvestirse para ponerse su equipo de entrenamiento.

—Sí, parecía feliz y contenta. Y su jefa... Faith Tanner...

—¿La reina del surf de Hawái? —interrumpo a mi colega.

—Mmm —gruñe él—. Parece muy... agradable.

Me río divertido.

—¿Qué tiene eso de gracioso? —gruñe Saint.

—*Que sea simpática* significa que es tonta o que está buenísima. Así que dilo de una vez, ¿qué quieres decir en realidad?

Saint se agacha para atarse los zapatos y, para no tener que mirarme a los ojos, lo que me confirma en mi suposición.

Aunque nunca he hablado personalmente con Faith Tanner, la conozco por fotos y por eventos a los que ambos hemos sido invitados en el pasado. Definitivamente es una tía buena y parece muy simpática.

¿Es posible que mi colega se haya colado por la exitosa surfista?

En cualquier caso, se comporta de forma muy extraña.

—Me gusta —admite por fin de mala gana, lo que me hace sonreír.

—Entonces, en el futuro, deberías visitar a tu hermana más a menudo y animarla en su trabajo en lugar de intentar disuadirla —le aconsejo divertido y empiezo a cambiarme también.

—Mmm —murmura Saint monótonamente—. ¿Recuerdas lo que te pedí el otro día en el *Chateau Noir*?

Me pongo la camiseta y me la aliso.

—Que hablara con Cleo, sí. ¿Sigues pensando que es una buena idea? Si no te dice nada a ti, tampoco me lo dirá a mí.

—Soy su hermano, es diferente —objeta Saint—. ¿Tendrías tiempo esta semana de pasar a verla y hablar con ella? Tienes que hacer que parezca una casualidad. Cleo no es tonta. Si no lo haces con cuidado, se dará cuenta enseguida.

Suspiro.

—De acuerdo. Pero no me parece bien.

Saint me da una palmada en el hombro y se pone el casco.

—Gracias, tío.

Yo también cojo mi casco y lo sigo desde el vestuario hasta el campo, donde ya están reunidos algunos de los otros jugadores.

—Hola, jefe, ¿todo bien? Le doy una palmada a Ace Apollon, nuestro quarterback, y me pongo a su lado.

Ace ha tenido un año turbulento, en el que ha sido perseguido y amenazado por una acosadora. Por suerte, su guardaespaldas Alana Amosa no solo le ha salvado la vida, sino que además le ha enamorado. El pobre está tan colado que da pena.

Es extraño. El amor siempre encuentra su camino cuando menos lo esperas y menos lo buscas.

Onyx y Cash corren hacia el campo y completan el equipo.

Escuchamos las instrucciones del entrenador y poco después formamos la formación de juego prevista, con la que imitamos la táctica de juego de los *San Francisco Flippers* de su último partido.

Como receptor abierto, formo un equipo directo con el quarterback, cuyos pases atrapo y llevo lo más lejos posible a la zona del rival sin que me derriben o me roben el balón.

La velocidad, la destreza y la seguridad en la recepción son algunas de las habilidades que me caracterizan y que deciden la victoria o la derrota.

Hoy, cuando llevo ya doscientos sprints, noto cómo mis piernas se van cansando poco a poco con el calor.

Rendirse no es una opción.

Al contrario. Decido seguir entrenando en el gimnasio después del entrenamiento en el campo y luego refrescarme en la piscina del equipo y relajar mis músculos con unas cuantas brazadas.

—Me estoy haciendo viejo —jadea Saint a mi lado cuando salimos corriendo del campo de juego después de tres horas de entrenamiento—. Estas sesiones de entrenamiento ya no son para mí.

Sonrío y me quito el casco para limpiarme la cara llena de sudor.

—En días como estos pienso lo mismo pero entonces me acuerdo del Lambo y del ático que me permite tener este trabajo y ya me siento como un dios joven de nuevo.

—Tienes toda la razón —se ríe Saint y se despide de mí frente al gimnasio—. No te olvides...

—De hablar con Cleo —termino su frase—. No te preocupes. Lo prometido es deuda.

8

CLEO



Los primeros días en mi nuevo trabajo pasan volando sin que tenga tiempo de darme cuenta.

Es sábado por la noche y mañana es mi primer día libre desde que empecé a trabajar el lunes pasado.

En lugar de irme directamente a casa después del trabajo, me siento en la playa y dejo que mis pensamientos fluyan. En realidad, no pienso en nada. Es uno de esos momentos en los que tantos pensamientos revolotean por tu cabeza que se mezclan en una masa confusa y sin sentido, de modo que reina un extraño vacío total. Es difícil de explicar, porque piensas en todo y al mismo tiempo en nada.

Las olas rompen en la rompiente y se deslizan por la arena hasta justo antes de mis dedos de los pies.

Solo unos pocos surfistas retozan bajo la dorada luz del atardecer. En cambio en el chiringuito, a unos cien metros de mí, hay un buen ambiente.

Sobre la terraza de madera cuelgan farolillos de colores que brillan en la penumbra. A ambos lados se alinean altas palmeras que se mecen suavemente con la brisa templada del atardecer. La

música del bar ahoga el relajante susurro de las hojas, pero el melodioso murmullo de las olas me llega de todas formas.

—¿Estás disfrutando de la calma después de la tormenta? —me pregunta una voz familiar detrás de mí.

Me giro sorprendida y estiro el cuello para mirar a la cara de la persona que menos me esperaba.

¡Kingston!

¡Justo él!

Mi corazón se acelera y se me hace un nudo en el pecho. Mis mejillas se tiñen de un rojo pálido por la vergüenza, porque sin duda se me notan las fatigas de la larga jornada de trabajo. No me he molestado en cambiarme de ropa y maquillarme después del turno.

¿Para qué?

Al fin y al cabo, pensaba que a estas horas no iba a encontrarme con nadie importante, y mucho menos con Kingston, que está como siempre, fabuloso e impecable.

—¡Kingston! Hola, ¿qué te trae por aquí? —le pregunto, y enseguida me enfado porque mi voz suena entrecortada y sin aliento.

—Es sábado por la noche. Me apetecía tomar una copa en la playa —contesta encogiéndose de hombros.

Levanto las cejas con incredulidad.

—¿Y vienes aquí precisamente? ¿Te tomas la molestia de ir hasta North Shore? Cuando en Waikiki hay un montón de bares y discotecas de moda.

De alguna manera no me lo creo.

Insinuar que está aquí por mí sería arrogante e ingenuo a la vez.

Pura ilusión.

¿Por qué iba Cassian Kingston a recorrer el largo camino hasta Haleiwa un sábado por la noche solo para verme a mí en lugar de irse de fiesta a Waikiki, donde se encuentra su ático?

—Aquí es mucho más tranquilo. La gente está relajada y me deja en paz. En Waikiki no pasa ni un minuto sin que alguien me pida un autógrafo o una foto.

Punto para él. Me parece bastante lógico. La mayoría de la gente que anda por esta zona de la costa norte son surfistas realmente

tranquilos a los que no les importan los futbolistas famosos.

—¿Quieres tomar algo conmigo? Me he acordado de que trabajas aquí y te he visto sentada. ¿Está todo bien?

Asiento.

—Sí, todo va genial. Solo quería disfrutar del mar un rato más después del trabajo antes de irme a casa.

—Si es así, no quiero molestarte —dice Kingston, pero lo interrumpo un poco más rápido de lo que pretendía.

—No me molestas. Me encantaría acompañarte.

Kingston sonríe y me alegro de estar sentada, porque con esa sonrisa atrevida y deslumbrante se me habrían doblado las rodillas.

Me tiende la mano para ayudarme a levantarme. La tomo vacilante y siento una oleada de calor recorrer mi cuerpo al tocarlo.

Genial.

Ya está, no me interesa el receptor abierto número catorce.

Apenas me pongo en pie, le quito la mano de un manotazo y me la meto en los bolsillos del pantalón corto.

—¿Qué tal va el entrenamiento? —le pregunto, intentando sonar tranquila y despreocupada.

Para mi alegría, lo consigo bastante bien.

Kingston camina a mi lado por la playa en dirección al bar y se toma su tiempo para responder.

—Creo que bastante bien —dice finalmente, acariciándose la barbilla.

—Eso no suena muy convincente —le digo en tono de broma, señalando una mesa libre en el porche—. ¿Tengo que preocuparme?

Se sienta en el banco de madera frente a mí y apoya los antebrazos en la mesa con indiferencia. Kingston lleva unos vaqueros desgastados y una camiseta blanca con una camisa de vaqueros desabrochada por encima.

Está para comérselo.

Como siempre.

Cojo la carta de bebidas, me escondo detrás de ella y hago todo lo posible por mantener la calma.

—No hay de qué preocuparse —responde él y espera a que le entregue la carta—. ¿Qué te pasa? ¿Te gusta tu trabajo con Faith?

¿Te sientes a gusto?

Lo miro atentamente porque no puedo quitarme de la cabeza la sensación de que nuestro encuentro de esta noche no es fruto de la casualidad.

Aunque la pregunta de Kingston es en sí misma inofensiva, podría haber algo más detrás.

¿Quizás mi hermano lo envió para sacarme información?

¿O es que esta idea es absurda?

Al fin y al cabo, estamos hablando de hombres adultos y este procedimiento se parece más al de las adolescentes.

Con los jugadores de fútbol americano nunca se sabe.

—Sí, me gusta. Mucho —afirmo señalando el menú con la barbilla —. ¿Qué vas a tomar?

—Una cerveza, ¿y tú?

—Yo también —le contesto, y él me devuelve una sonrisa divertida.

—¿Qué pasa?

—Pensar que ya eres mayorcita para beber cerveza es un poco... extraño. Tengo que recordarme constantemente que ya eres mayor de edad. Cuando te miro, sigo viendo a la pequeña e inocente Cleo que está a punto de graduarse en el instituto.

Al oír las palabras de Kingston, siento un dolor agudo en el pecho y mi alegre sonrisa se derrumba como un castillo de naipes.

Para él, sigo siendo simplemente la hermana pequeña de su mejor amigo. Simplemente no me ve. Al menos no como la mujer que soy. Como la mujer que podría ser para él.

Al parecer, eso nunca va a cambiar, como ahora tengo que constatar dolorosamente.

—¿Cleo? —me pregunta tímidamente, porque no le ha pasado desapercibido mi cambio de humor—. ¿He dicho algo malo?

—No, no es eso. Es que se me acaba de ocurrir que le prometí a mi madre que la ayudaría con la cena. Lo siento, pero tengo que irme. Nos vemos.

Sin esperar su respuesta, salgo corriendo del bar y me alejo todo lo posible de él antes de que las cálidas lágrimas que arden en el rabillo de mis ojos se desborden y resbalen por mis mejillas.

No tenía ni idea de lo intensos que siguen siendo mis sentimientos por este hombre.

Hasta ahora.

Hasta que abro mi coche y me siento al volante sollozando de decepción y abatimiento.

¡Maldita sea!

9

KINGSTON



Veo a Cleo sorprendida y no puedo quitarme la sensación de que soy la verdadera razón de su repentina partida.

¿Qué he dicho para que me haya dejado plantado aquí sin más?

Repaso mis palabras en mi mente, pero no encuentro nada censurable en ellas.

Quizá se haya olvidado de la cita con su madre y yo me esté imaginando que soy el desencadenante de su precipitada salida.

El camarero se acerca a mi mesa y toma nota de mi pedido. Ahora que he venido hasta Haleiwa, al menos me quedaré a tomarme una cerveza.

Mi misión de hablar con Cleo, tal y como le prometí a Saint, ha fracasado estrepitosamente. Ya que estoy aquí, voy a disfrutar de la tranquilidad y de las vistas de ensueño.

Cuando el camarero me trae la cerveza, me levanto y me acerco al parapeto de la terraza. Me subo a la barandilla y dejo que mis piernas cuelguen. Con una vista despejada de la playa, bebo mi cerveza y observo cómo el sol al rojo vivo desaparece lentamente en el mar.

Siento algunas miradas sobre mí. Sin duda, me reconocen pero los clientes presentes, la mayoría de ellos surfistas relajados, me dejan en paz y respetuosamente se mantienen a distancia.

Agradezco este comportamiento y decido que de ahora en adelante debería pasar por aquí más a menudo, cuando me apetezca, como una persona normal tomando una cerveza. Ser una persona normal no es posible para mí, por lo general.

Mi grado de popularidad es demasiado alto. Me reconocen demasiadas personas, vaya donde vaya en Hawái. Que me fotografíen cuando voy al supermercado a comprar mis cereales no es nada agradable. Tampoco lo son las groupies que se cuelan en el probador de mi marca de ropa deportiva favorita mientras me cambio.

Por mucho que disfrute de la vida en Hawái, a medida que me hago más famoso, mi vida cotidiana se ve cada vez más limitada.

Un precio relativamente bajo si se tiene en cuenta el paraíso en el que vivo y la cantidad de dinero que gano cada mes. Aún así, una vida sin preocupaciones es otra cosa.

Después de beberme la botella, salto de la barandilla y me dirijo a la tienda de surf de Faith Tanner para ver el horario de apertura.

Cleo ha dicho que mañana no trabaja, así que pasaré por allí el lunes para hablar con ella. Se lo he prometido a Saint y no quiero dejarlo para más adelante.

Seguro que me lo pregunta el lunes después del entrenamiento. Así que decido pasarme por aquí antes de entrenar.

La tienda no abre hasta las nueve, pero la cafetería abre media hora antes. Así que no hay nada que impida desayunar temprano y hablar con la hermana pequeña de mi mejor amigo.



Cuando aparco mi coche el lunes por la mañana poco antes de las ocho, no muy lejos de la cafetería, todavía tengo bastante libertad

para elegir aparcamiento. A esa hora, aparentemente, no hay mucho movimiento.

También veo el coche de Cleo, lo que significa que ya está aquí, aunque tanto la tienda como la cafetería siguen cerradas.

Qué bien. Así podemos hablar tranquilamente antes de que empiece su turno.

Salgo del coche y me dirijo a la tienda y a la cafetería adyacente para buscar a Cleo. Las puertas están cerradas y, al mirar por la ventana, veo que no hay nadie dentro.

Frunciendo el ceño, me pregunto dónde podría estar Cleo, si no en la cafetería o en la tienda. Estoy a punto de ir a su coche para ver si no ha salido todavía, cuando noto movimientos en el agua por el rabillo del ojo.

Parpadeando, me pongo una mano en la frente para protegerme los ojos del sol de la mañana, que ya está deslumbrando, y miro más de cerca.

Oigo risas ahogadas que me llegan a través de las olas y, finalmente, mis ojos se acostumbran al sol y los contornos borrosos se vuelven más nítidos.

Son Faith Tanner y Cleo, que están saliendo del agua con tablas de surf y corriendo hacia la tienda de surf con una risa desenfrenada.

Ambas llevan bikinis ajustados en lugar del traje de neopreno habitual, por lo que puedo ver mucho más de su cuerpo de lo que debería.

Me obligo a apartar la mirada y lo consigo. Al menos al principio. Luego me gana la curiosidad y echo otro vistazo a las dos mujeres, que están a solo unos metros de mí, pero que aún no se han dado cuenta de mi presencia debido a su conversación.

Siento cómo se me humedecen las manos al verlas y las cierro rápidamente.

Es sobre todo la imagen de una de las dos mujeres la que hace que se me mojen las palmas de las manos y se me seque el cuello.

Clementine Saint.

Me froto los ojos para convencerme de que la mujer es realmente Cleo y no solo una rubia súper sexy que se le parece

mucho.

¿Cuándo demonios se ha convertido la hermana pequeña de mi mejor amigo en una mujer tan atractiva y madura?

Durante todos estos años, lo único que he visto es su dulce naricilla respingona, su hoyuelo en la mejilla y sus alegres ojos, que brillan con tanta luz.

Por supuesto, no se me ha pasado por alto que detrás de todo eso se esconde un ser femenino muy hermoso.

Pero ese cuerpo... ese cuerpo que la acompaña... ¿qué demonios es eso?

¿De dónde salen esas curvas pecaminosas alrededor de sus caderas y sus muslos bien formados?

¿Cuándo se le habrán puesto esos pechos redondos y firmes como manzanas? O no, son más bien clementinas gruesas y jugosas que invitan a mordisquearlas.

Joder.

Me froto la cara.

Tranquilo, Kingston.

Esta es Cleo. La hermana pequeña de tu mejor amigo.

Fantasear con el sabor de sus maduras clementinas en tu lengua está totalmente fuera de lugar y prohibido.

Exhalo ruidosamente y cambio de postura para que mi polla deje de presionar incómodamente la cremallera de mis pantalones.

Vaya, vaya... lo que está pasando aquí es un asunto ultrasecreto que nunca debe salir de mi enfermizo mundo de pensamientos.

—¿Kingston? —oigo la voz sorprendida de Cleo a mi lado—. ¿No es un poco pronto para tomar una copa en la playa? —se refiere a mi visita del fin de semana anterior.

Carraspeo y levanto la vista, procurando no mirar a Cleo a las tetas, sino directamente a sus ojos.

—Te fuiste tan deprisa anteanoche que pensé que podíamos recuperar nuestra cita esta mañana.

—¿Cita? —pregunta Faith, levantando las cejas con interés—. No me habías dicho que sales con el receptor abierto de los *Hornets.*

—Eh... no me he expresado bien —me apresuro a decir—. No me refería a una cita en el sentido clásico, sino a una charla entre

amigos.

Suena un poco patético, pero teniendo en cuenta que ahora mismo la mayor parte de la sangre está en mi pene y solo unas pocas gotas llegan a mi cerebro, no está mal.

¿Qué me pasa?

No suelo ser tan poco cool y tan torpe.

Cleo y Faith me miran con cara de interrogación y no puedo culparlas.

—Todavía no es mi hora. No soy madrugador y no he tomado café. La peor combinación del mundo —intento salir del paso con humor.

Bueno... *con humor* en el sentido más amplio de la palabra.

—Entonces llegas justo a tiempo. La cafetería va a abrir ahora mismo. ¿Por qué no os sentáis en una de las mesas y os mando a Sally en cuanto haya encendido la cafetera? —sugiere Faith señalando con el mentón las sillas y mesas de madera que están delante de la cafetería bajo el sol de la mañana.

—Debería ducharme y ayudar en la tienda —objeta Cleo con aire de culpa—. Abrimos ahora mismo.

—Eso puede esperar unos minutos. Te invito a un café —convence Faith.

Al ver la mirada dubitativa de Cleo, añade:

—Soy tu jefa, así que si te lo ofrezco, puedes estar segura de que no pasa nada.

—Vale —suspira Cleo y me mira—. La verdad es que no tengo mucho tiempo.

—No pasa nada —le digo, indicándole que me adelante.

Cleo deja su tabla de surf y busca un lugar al sol. Me siento frente a ella.

—¿Llegaste a casa a tiempo? —le pregunto mientras me pongo las gafas de sol.

Sin duda, sería de gran ayuda que Cleo se pusiera una camiseta sobre sus melocotones, pero no creo que pueda decírselo sin revelar lo nervioso que me pone su ardiente presencia.

Mis ojos se detienen detrás de las gafas de espejo un momento demasiado tiempo en los pechos de Cleo y, aunque ella no puede

verme detrás de las gafas de sol, noto cómo se endurecen sus pequeños pezones detrás del fino trozo de tela.

Oh, oh.

Esto no pinta bien.

Rápidamente aparto la mirada de ella y me miro a mi alrededor con el mayor interés, silbando estúpidamente.

Tío, qué bonito es esto.

Tanta... arena. Y también hay palmeras. Genial. Realmente genial.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Cleo.

¿Qué quiero decir? ¿Cómo que qué quiero decir?

—Eh... ¿qué?

—Me has preguntado si llegué a casa a tiempo. ¿Qué quieres decir con eso?

Ah, sí, es verdad. Se me había olvidado.

—Pues anteayer. Me dijiste que tenías que ir a casa a ayudar a tu madre, si no me equivoco.

—Ah, bueno... sí... eh... sí, todo bien —tartamudea Cleo mientras se pasa una mecha de pelo mojado detrás de la oreja.

—Me alegro. ¿Y qué tal por lo demás? Pareces contenta. Parece que te gusta el trabajo aquí.

Intento adoptar un tono de voz casual, pero Cleo no es tonta.

Entorna los ojos y me pone en un aprieto.

—Que te pases por aquí un sábado por la noche a tomar una cerveza, me lo puedo creer, pero que aparezcas aquí esta mañana, tan temprano, es un poco demasiado, ¿no crees?

—Me preocupo por tu bienestar —me defiendo de mi aparición.

—¿Tú o Saint? —insiste Cleo, entrecerrando los ojos.

—Los dos —suspiro, sorprendido.

—¿Te ha enviado mi hermano? ¿Por eso has aparecido aquí?

Siguiendo mi primera intuición, quiero rechazar esta afirmación con firmeza, pero mentir no es mi estilo. Mentirle a Cleo en la cara es imposible. Sería una falta de respeto.

Me inclino hacia delante, apoyo los codos en la mesa y me quito las gafas de la nariz para poder mirar a Cleo a los ojos.

—Tu hermano no me ha enviado a por ti, no. Me ha pedido que viniera a verte y hablar contigo porque está preocupado por ti. En mi opinión, no hay nada de malo en ello.

Cleo aprieta los labios rosados con tanta fuerza que pierden todo el color.

Mi confesión parece haberla enfadado. Genial.

—Dile a mi hermano que estoy bien y que no se meta en mis asuntos. Valoro su preocupación por mí, pero no tiene ningún fundamento. Y ahora discúlpame, mi turno empieza enseguida. Me aseguraré de que te traigan un café antes de que te vayas. Gracias por pasarte. Eres un buen amigo de mi hermano. Te lo agradezco mucho pero soy mayorcita. Me las arreglo muy bien sola.

Con esta afirmación, Cleo se levanta y se marcha enérgicamente, dejándome plantado por segunda vez en 48 horas.

Mierda.

10

CLEO



Espero impaciente a que el conserje cuelgue y me permita subir en ascensor a casa de mi hermano.

Él vive en un elegante apartamento en Waikiki, que además está muy bien vigilado.

Por eso ni siquiera yo, su hermana, puedo subir sin más, sino que tengo que anunciarme primero al conserje, que luego avisa a mi hermano de mi llegada.

Subo al ascensor y pulso el botón de una de las plantas superiores. Cuando se abren las puertas, mi hermano ya me está esperando.

De pie frente a mí con los brazos cruzados sobre el pecho, lleva un chándal y un jersey con el logo de los *Hornets*.

—Qué sorpresa. ¿Qué te trae por aquí? —pregunta con un interés sincero.

—¿De verdad quieres hablar de esto en el pasillo o quieres que entre?

Estoy segura de que Scott Saint se ha dado cuenta de que su intento de sacarme información ha fracasado. En cierto modo, esperaba mi visita, aunque ahora finja estar sorprendido.

Conozco a mi hermano, al fin y al cabo es mi hermano. Lo conozco de toda la vida.

Saint me invita a su apartamento, cuyo mobiliario no ha cambiado mucho desde la última vez que estuve aquí antes de mudarme a San Diego.

Típico de un hombre.

Descubro un nuevo televisor, que es ridículamente grande, pero las flores frescas siguen sin estar presentes.

—Supongo que sabes por qué estoy aquí.

Saint se mete las manos en los bolsillos y aparta de un golpe su bolsa de deporte para acomodarse en el sofá.

—Solo quiero asegurarme de que no te falta nada —se justifica.

—No me falta nada, ¿vale?

Saint me mira con cara de duda.

Lo malo de tener hermanos es que el hecho de conocerlos al dedillo no es algo que se dé solo en un sentido. Saint me conoce tan bien como yo a él. Me resulta difícil ocultarle algo, lo cual se debe probablemente a que en algún lugar somos parte el uno del otro.

En el fondo, le digo la verdad: no me falta nada.

Sí, hay algo que me pesa pero tendré que arreglármelas sola. Ese suceso no tiene nada que ver con mi trabajo con Faith.

Visto así, le estoy diciendo la verdad a mi hermano.

—¿Me prometes que vendrás a contarme si algo te pesa? —me pregunta.

Sus palabras cariñosas hacen que mi enfado se desvanezca, porque me doy cuenta de que en realidad solo quiere que esté bien. Con su forma un poco exagerada y controladora.

Me siento en el sofá con él y le pongo la mano en la rodilla.

—Te lo prometo.

Y lo digo en serio.

Mi mirada se posa en una exquisita caja de cerillas negra con letras doradas que está sobre la mesa del salón.

Curiosa, me inclino y la cojo en la mano.

Chateau Noir, dice en elegante caligrafía.

¿No es ese el club que Saint y Kingston mencionaron en mi fiesta?

—Tiene un aspecto elegante. ¿Es el club al que tú y Kingston vais a menudo, verdad? —pregunto con un tono marcadamente casual y levanto la vista.

Mi hermano me quita la caja de las manos apresuradamente y la deja a su lado.

—Sí —dice secamente, lo que no hace más que despertar mi interés.

—¿Podrías darme más detalles? —insisto.

—No importa. Mejor cuéntame cómo te has ido adaptando hasta ahora. ¿Notas la diferencia con San Diego? ¿Lo echas de menos?

—Saint —le reprendo—, así no se hace.

—Sí —se opone él—. Así es como se hace. Al fin y al cabo, tú tampoco me lo cuentas todo. Ahora verás cómo es.

Touché.

No puedo ni quiero conformarme con eso.

—Eso es una tontería, Saint. Si no me lo vas a decir, lo buscaré en Google.

Saint resopla divertido.

—Ya hemos hablado de esto antes, pero por favor, haz lo que te dé la gana.

Saco mi móvil de forma ostentosa y escribo el nombre en el buscador.

Nada de lo que aparece en la búsqueda da pistas sobre qué puede ser este misterioso *Chateau Noir*.

—¿Qué pasa, Sherlock? ¿Has encontrado algo? —me toma el pelo mi hermano.

—No, no lo he encontrado —admito entre dientes.

Lo cual no quiere decir que no lo vaya a encontrar. Prefiero no decirlo en voz alta. Mi hermano debe sentirse seguro.

Al parecer, meterse en los asuntos ajenos es cosa de familia. Aunque no es asunto mío, quiero averiguar qué es exactamente este misterioso club. Mi instinto me dice que hay algo más de lo que mi hermano y Kingston me han contado. De lo contrario, Saint no se pondría tan tenso cuando le hago preguntas.

—¿Tienes hambre? —pregunta Saint de repente y se levanta, con la esperanza de evitar así que le haga más preguntas.

De hecho, mi estómago gruñe en ese momento con un ruido traicionero.

Salí inmediatamente después del trabajo y, como hoy hubo mucha gente en la tienda, no pude tomar más que un pequeño aperitivo durante mi turno.

—¿Qué tal unos espaguetis? ¿Te apetece?

—Suena bien —digo y me levanto también—. Te ayudo.

Saint asiente y se dirige a la cocina.

Decido que enterraremos la espada de la guerra fraternal por el resto de la noche y que en su lugar nos daremos un buen rato juntos.

Cuando Saint no me está molestando o enfadando, es un tipo bastante guay y divertido con el que me gusta reír mucho y puedo olvidar mis problemas por un rato.

11

KINGSTON



—¡Maldita sea, qué lentos! Hasta los caracoles parecen caballos de carreras en comparación con vosotros —grita el entrenador desde la banda, molesto.

El próximo partido es este fin de semana, por lo que el entrenamiento final de hoy es aún más importante para el equipo.

Repasamos las jugadas innumerables veces. Hasta que nos las sabemos de memoria incluso dormidos.

El día del partido todo tiene que salir a la perfección.

Aunque el campeonato ya ha terminado este año y, por tanto, el próximo partido es solo por el honor de los *Hornets*, me basta como motivo para querer ganar.

Los *Hornets* han ganado el campeonato este año por segunda vez consecutiva y quiero continuar con esta racha de victorias a toda costa, también fuera de temporada.

Ace Apollon, nuestro quarterback estrella, parece un hombre nuevo desde que sale con su antigua guardaespaldas, Alana Amosa. Aunque ya era una auténtica estrella antes, desde la angustiosa historia con Alana, nada ni nadie parece poder frenarlo.

—Pásala —grita en ese momento y lanza el balón de fútbol americano en mi dirección con un poderoso movimiento de brazo.

Acelero el paso y no pierdo de vista el balón ni un segundo, mientras trato de no ser derribado por los jugadores del equipo contrario.

En este caso, los jugadores del equipo contrario son algunos de mis compañeros de equipo. Llevan camisetas rojas, por lo que puedo verlos bien por el rabillo del ojo.

Los tackles hacen un trabajo sólido, así que puedo atrapar el balón con seguridad y correr hacia el campo contrario.

Justo antes de la línea de touchdown, tres jugadores se interponen en mi camino, así que le tiro el balón a Saint, que remata la jugada sin piedad.

Aplaudimos y nos damos una palmada en la cabeza satisfechos.

—Bien jugado, tío. Pase preciso —dice Saint jadeando.

—Bueno, atrapado y metido —contesto yo también un poco sin aliento.

—No está mal —grita el entrenador en nuestra dirección—. Otra vez. Todo desde el principio.

Saint y yo gemimos en silencio, pero seguimos las instrucciones del entrenador y nos unimos a Ace en nuestro punto de partida.

Ya estamos a finales de junio y cada día hace más calor en Hawái.

Apenas corre una ligera brisa y el estadio está incómodamente caldeado por el sol de esta tarde.

Mi ropa se me pega al cuerpo. Estoy deseando ducharme de una vez.

Me coloco en posición y espero el silbato del entrenador, que da la señal de ataque.

Ace consigue liberarse y dejar atrás algunas de las líneas de yarda con el balón de fútbol bajo el brazo.

Lo vigilo mientras avanzo hacia delante, pero cuando me lanza el balón en mi dirección, me taclean y caigo al suelo con fuerza.

¡Mierda!

Me examino el cuerpo y, por suerte, no encuentro ninguna lesión grave.

Me levanto entre quejidos y me preparo para otra ronda.



Una hora más tarde, me meto en la ducha humeante del vestuario y por fin puedo lavarme el sudor del cuerpo.

—¿Tienes planes para esta noche? —me pregunta Saint cuando enciende la ducha de al lado.

—Relajarme —le contesto—. Puedes venir a tomarte una cerveza.

—Cleo me ha vuelto a preguntar por el *Chateau Noir*.

Mi cabeza se gira hacia Saint y levanto las cejas sorprendido.

—¿Por qué?

Saint pone una cara de culpabilidad.

—Encontró una caja de cerillas con esa inscripción en mi apartamento y me hizo un montón de preguntas.

—¿Y qué le contaste?

Saint se encoge de hombros.

—Nada. Al menos, no más de lo que le contaste tú en su momento.

—¿Y eso la dejó satisfecha?

De alguna manera no me lo puedo creer. No de Cleo.

—Eso parece. Al principio insistió, pero cuando me cerré en banda, no volvió a preguntar.

Me enjabono y pienso en Cleo en su diminuto bikini.

Al instante, la sangre me sube a las regiones más bajas.

Oh, oh. Nada bueno.

—Tío, parece que lo necesitas urgentemente —me toma el pelo Saint señalando mi polla, que se ha quedado medio erecta bajo el agua caliente.

Joder.

No puede ser verdad.

Cuando Saint se entere de que el detonante han sido los pechos dulces y turgentes de su hermana, cuyos pezones se han dibujado bajo el escaso top del bikini, me matará.

—Nada de sexo antes del partido. Primero el trabajo, luego el placer —digo mi frase estándar.

Así es. Aunque odio que las reglas me coarten, algunas de las que me impongo a mí mismo son simplemente irrefutables.

Una de ellas es no tener sexo 48 horas antes de un partido de fútbol americano para estar perfectamente descansado y no gastar mis cartuchos antes de tiempo.

—¿Tuvo Cleo algún novio en San Diego? —le pregunto a Saint antes de darme cuenta de que no es eso lo que quería preguntar.

—No. Yo lo sabría.

—Tampoco tiene ninguno en Hawái. Es raro en una mujer de su edad. Es joven. Es guapa. Debería adquirir experiencia y disfrutar de la vida al máximo.

Saint jadea indignado.

—¿Te has quedado frito en el campo de juego o qué te pasa? No conozco a ningún hombre que sea lo suficientemente bueno para mi hermana. Además, se las arregla perfectamente sola. Me tiene a mí. No necesita a ningún otro hombre en su vida.

—Quizás en su cama.

No tengo ni idea de qué me ha pasado, pero me estoy metiendo en un buen lío al hablar tan descuidadamente.

¿Por qué coño estoy hablando de Cleo y de sexo en la misma frase?

No solo es totalmente inapropiado, sino que además es peligroso en presencia de Saint.

—Tío, hoy estás diciendo un montón de mierda. Mi hermana es una santa. Cualquiera que se atreva a tocarla se las verá conmigo, ¿entendido?

Levanto las manos en señal de calma.

—Está bien. He captado el mensaje. Ya puedes bajar la guardia.

Los ojos de Saint brillaban de ira y tenía las manos cerradas en puños, lo que no deja lugar a dudas de que debo borrar de mi mente las tetas de clementina de Cleo de inmediato. Para siempre.

Ya que estoy, también debería olvidarme de su sonrisa encantadora, sus curvas pecaminosas y su cabello sedoso.

12

CLEO



Soy una auténtica Sherlock Holmes.

Quizá debería cambiar de sector y abrir mi propia agencia de detectives.

Me doy una palmadita en la espalda cuando, en mi día libre, me paro frente al edificio de aspecto lujoso en el que se encuentra el misterioso *Chateau Noir*, sobre el que mi hermano guarda un silencio de hierro.

El sábado por la noche fui al estadio a ver el partido de los *Hornets* contra los *Chicago Chasers* y después fui con mis padres al bar habitual de los *Hornets*, donde el equipo se reúne tradicionalmente después de un partido para celebrar juntos o para animarse, dependiendo del resultado del partido.

Después de una buena hora, mi hermano y Kingston se despidieron con la excusa de que estaban cansados y querían irse a casa.

A mis padres les puede parecer, pero a mí no.

Los espié a escondidas. Se subieron a un taxi cerca del restaurante. Yo hice lo mismo.

Al final se bajaron frente a este elegante complejo de apartamentos.

Ni Saint ni Kingston viven aquí. Mi suposición era correcta.

Ambos se dirigieron con determinación hacia la entrada, donde fueron recibidos por el conserje.

Los tres se conocían, sin duda.

Así que no era la primera vez que venían.

Me acerqué sigilosamente y entrecerré los ojos.

Saint y Kingston entraron en un ascensor y desaparecieron.

Lo pensé.

¿Qué debía hacer ahora?

¿Acudir al conserje y preguntarle adónde han ido? Probablemente no me lo diría. Al contrario. Lo más probable es que me hiciera acompañar fuera del edificio.

Reuní todo mi valor y me la jugué.

Me desabroché la blusa con generosidad, pero no de forma barata, me deshice del moño y me acerqué al conserje con un contoneo de caderas, mi mejor paso de modelo y una sonrisa radiante.

—Buenas noches —susurré—. Me gustaría ir al *Chateau Noir.*

El hombre me examinó con insistencia, como si no estuviera del todo seguro de que estuviera diciendo la verdad.

—¿Cuál es la contraseña? —preguntó después de terminar de examinarme.

Mis rasgos faciales amenazaron con desmoronarse, pero me contuve y mantuve la calma.

—Para ser sincera, estoy aquí por una entrevista de trabajo. No me han dado ninguna contraseña.

El conserje puso cara de arrepentimiento.

—Lo siento. Solo puedo dejarle subir esta noche si me da una palabra clave válida. ¿Por qué no vuelve otro día? Preferiblemente durante el día. Entonces estará mucho más tranquilo.

Dicho y hecho.

Después de asegurarme que sabía dónde estaba el *Chateau Noir*, tenía que averiguar qué se escondía exactamente detrás de él.

Es bastante improbable que se haga tanto misterio en torno a un club convencional, aunque elitista.

No, creo que en este club elitista se puede hacer mucho más que bailar.

Hoy, en mi día libre, me he puesto muy elegante, pero sin mostrar demasiada piel.

Me acerco con confianza al conserje, que parece reconocerme.

—¿Cómo está usted…? —busco su placa de identificación—. ¿Andrew? —pregunto con una sonrisa cautivadora—. ¿Me deja subir hoy sin contraseña?

—¿Señorita Peters? —pregunta Andrew con un educado movimiento de cabeza.

¿Peters?

En un primer momento quiero decir que no, pero antes de que pueda pronunciar una palabra, me detengo.

Al parecer, Andrew espera que una tal Srta. Peters venga a la entrevista. O eso, o me está poniendo a prueba.

No tengo tiempo para pensarlo mucho. Así que hago caso a mi instinto y digo que sí.

—Soy yo —le sonrío.

Andrew asiente.

—De acuerdo. La señorita Ashby ya está arriba. Piso catorce.

—Muchas gracias —le digo con voz melodiosa—. Entonces no quiero hacerla esperar.

Me paso orgullosa junto a Andrew y voy hacia el ascensor, donde pulso el botón del piso catorce.

No hay nada que indique que se trata del *Chateau Noir*. Ni letrero, ni nombre, ni indicación alguna. Nada.

Parece que es realmente un lugar ultrasecreto.

Mi curiosidad crece hasta límites insospechados mientras el ascensor sube a toda velocidad.

Cuando se abren las puertas, me pongo nerviosa y siento un cosquilleo en el estómago.

Delante de mí hay un largo pasillo al final del cual hay una pesada puerta entreabierta.

Me acerco y entro.

Miro a mi alrededor con curiosidad.

Se trata de un apartamento espacioso, decorado con elegancia y estilo en tonos negros y dorados.

Estatuas de dioses desnudos y dorados en poses inequívocas se alinean junto a plumas negras, elegantes animales de bronce y pesados sofás.

Dejo que mi mirada recorra la habitación e intento darle sentido a lo que veo.

¿Qué es esto?

Definitivamente no es un club en el sentido clásico.

No hay pista de baile. La disposición del mobiliario y la decoración tampoco lo sugieren.

—Señorita Peters —oigo una voz femenina detrás de mí.

Me giro y se me acelera el corazón. Espero que mi mentira no salga a la luz.

—Hola —digo e intento sonreír.

—Me alegro de que haya podido venir. ¿Ha podido echar un vistazo ya?

—Un poco —respondo avergonzada.

Husmear por aquí sin que nadie te lo pida y que te pillen no da precisamente una buena primera impresión.

—¿Qué le parece si le doy una pequeña visita guiada? —me ofrece la mujer, que no se había presentado hasta ahora.

—Por supuesto.

Quizás con una visita guiada podría arrojar algo de luz sobre este oscuro asunto.

—Muy bien. Ya ha visto la zona de entrada y la sala de espera. A la izquierda están los reservados privados. A la derecha, las zonas de juego.

¿Zonas de juego? ¿Reservados privados?

¿Dónde me he metido?

¿Es el *Chateau Noir* un club de intercambio de parejas o un burdel de lujo?

Sigo a la señora vestida con ropa cara y con su traje de negocios blanco como la nieve hasta los reservados privados y me quedo muy sorprendida cuando descubro un colchón en forma de concha con

una piel mullida, iluminada por discretos focos en un cálido tono dorado.

Los demás reservados de las otras habitaciones están equipados de forma similar: exquisitos, elegantes y atractivos.

Se nota claramente la firma de una mujer con gusto. Una mujer con clase.

—¿Le gusta lo que ve?

Asiento.

—Sí, muy bueno.

La mujer sonríe satisfecha.

—Me interesa mucho que mis Playgirls se sientan cómodas, deseadas y seguras.

¿Playgirls?

Frunzo el ceño, desconcertada.

—¿Vamos a ver los juguetes?

—Ehm... sí, claro —balbuceo y me encojo de hombros. Al fin y al cabo, quiero parecer segura de mí misma y convincente.

La mujer, elegantemente vestida, me lleva de vuelta a la zona de estar y luego a un ala del apartamento donde hay juguetes sexuales y muebles de todo tipo.

Columpios para hacer el amor, mesas de billar, sillones, incluso aparatos de gimnasia.

—Esta zona es para las parejas que quieren divertirse en un círculo más amplio o compartir su juego erótico con otros —me aclara la señorita Ashby.

En cualquier caso, creo que la dama de blanco es la señorita Ashby de la que acaba de hablar el conserje.

—Supongo que tiene preguntas. Vayamos a mi despacho.

Sin esperar mi respuesta, la dama se adelanta con sus tacones haciendo ruido y desaparece detrás de una puerta dorada al final de los reservados privados.

La sigo y no puedo evitar que mis ojos casi absorban el entorno.

Así que aquí es donde mi hermano y Kingston pasan su tiempo libre.

Lo que hacen aquí está muy claro.

Aunque la idea de que Kingston se divierta aquí con otras mujeres debería hacerme sentir un pinchazo en el pecho, lo que siento sobre todo es un cosquilleo cálido en el bajo vientre.

—Señorita Ashby... —empiezo.

—Por favor, tome asiento —me interrumpe y me señala el sillón aterciopelado que hay en la esquina de su despacho—. ¿Agua? ¿O prefiere champán?

—Agua será suficiente, gracias —le respondo.

La señorita Ashby me sirve la bebida deseada y se sienta frente a mí.

—Bien. Antes de que me haga sus preguntas, permítame que le haga las mías.

—Por supuesto —le digo educadamente.

—Muy bien. Primera pregunta: ¿quién es usted en realidad? Porque el conserje me acaba de enviar un mensaje diciendo que la señorita Peters está esperando en el vestíbulo. Su vuelo ha tenido retraso.

Me muerdo el labio inferior y me sonrojo ligeramente.

—Me... me llamo Cleo.

—¿Es periodista, Cleo? —pregunta la señorita Ashby con brusquedad.

—No. Ni mucho menos. Trabajo en una tienda de surf y soy camarera —respondo con sinceridad mientras busco en mi bolso el carné de identificación de empleado.

—Trabaja para Faith Tanner —afirma Miss Ashby con los labios apretados—. Entonces, ¿qué la trae por aquí? Parece que ya tiene trabajo.

Bueno... en realidad solo he venido para satisfacer mi curiosidad y averiguar qué es realmente el *Chateau Noir*. Ahora que ya estoy aquí y se me abren perspectivas completamente nuevas, me siento valiente. Muy valiente.

—Me gustaría ganar un dinero extra. Durante el día trabajo para Faith Tanner, pero por las noches podría trabajar para usted.

—¿Como Playgirl?

—¿Por qué no? —sonrío con confianza—. Aunque debo confesar que todavía no tengo muy claro en qué consiste este... eh... trabajo.

—¿Cómo sabe usted que existe el *Chateau Noir*? —insiste Miss Ashby sin piedad.

Uf. Hay que reconocerle una cosa a esta mujer: puede ponerse muy pesada.

—Escuché una conversación en la cafetería. Dos clientes hablaban sobre el club y dejaron una caja de cerillas con el nombre en la barra.

Sí... vale... no es del todo cierto, pero no puedo confesarle que soy la hermana de Scott Saint. Porque no quiero ni imaginarme lo que pasaría después.

Mi hermano se pondría hecho una furia. Por no hablar de la vergüenza que pasaría Kingston.

No, es completamente imposible.

Así que no me queda más remedio que mentir, por mucho que odie mentir.

Pero en este caso se trata prácticamente de una mentira piadosa. Y las mentiras piadosas están permitidas, en pequeñas cantidades.

—Así que se enteró y pensó en echarle un vistazo al club.

Asiento.

—¿Cómo ha encontrado el *Chateau Noir*? La dirección no está en la caja.

—Tengo contactos. He preguntado por ahí. Al final lo he encontrado —me hago la tranquila y misteriosa, aunque por dentro casi me hago encima porque no tengo ni idea de si se va a creer mis cuentos.

Sigue una larga pausa, cuyo silencio casi me amenaza con aplastarme.

—Supongamos que me creo su historia. ¿Por qué cree que tiene lo que hay que tener para ser una Playgirl? Y para facilitarle la respuesta, las Playgirls son mujeres seleccionadas por mí que están a disposición de los caballeros del *Chateau Noir* durante sus visitas. Su tarea es despertar su deseo, satisfacerlos y ayudarles a hacer realidad sus fantasías.

—Entiendo —murmuro.

—Tanto las Playgirls como los caballeros van enmascarados y utilizan nombres de fantasía para garantizar aún más el anonimato.

¿Enmascarados? ¿Nombres de fantasía? Mi corazón late más rápido al oír estas palabras. Si voy enmascarada, ni mi hermano ni Kingston me reconocerán. Esa sería *la oportunidad* de acercarme por fin a Kingston y, al mismo tiempo, asegurarme de que me vea como una mujer plena, atractiva y deseable.

—Al igual que nuestras Playgirls, nuestros caballeros también son seleccionados cuidadosamente. La seguridad y el bienestar de mis chicas son mi máxima prioridad, continúa Miss Ashby.

—Miss Ashby...

—Dara —me interrumpe—. Llámame Dara. Si no, me siento más vieja de lo que soy en realidad.

Observo a la elegante rubia con desdén y agarro el respaldo del sillón con las manos.

—Dara... me gustaría probar suerte como Playgirl. Parece un trabajo que podría gustarme mucho y que, además, me aportaría un buen dinero.

Dara Ashby cruza las manos sobre el regazo y me observa con insistencia.

—Bien. Entonces no perdamos más tiempo y comencemos la entrevista de trabajo aquí y ahora.

—Oh —digo, sorprendida—. Pensaba que ya habíamos terminado.

Dara sonríe con frialdad.

—Acabamos de empezar, cariño. Los caballeros del *Chateau Noir* están acostumbrados a lo mejor de lo mejor. Así que quítate la ropa. Desnúdate y camina de un lado a otro hasta que te diga lo contrario.

13

CLEO



Escucho por segunda vez el mensaje de Dara en el móvil y apenas puedo creer mi suerte.

Dejo salir lentamente el aire de mis pulmones, que ni siquiera me había dado cuenta que estaba reteniendo.

Después de posar desnuda delante de Dara con toda seriedad, me interrogó durante una hora sobre mis conocimientos de sexo y educación general.

Una extraña combinación, pero Dara dijo que sus Playgirls deben ser capaces de satisfacer a los caballeros tanto sexual como intelectualmente.

Desde política y deporte hasta arte y música, me acribilló con todo tipo de preguntas. La mayoría de las cuales parecí responder a su satisfacción.

En cuanto a mis horizontes sexuales... bueno... son extremadamente limitados, al menos si se juzga por lo que yo misma he experimentado. Por suerte Dara no lo sabe. Aunque yo misma soy muy inexperta en la cama, tengo la sensación de haber leído toneladas de libros y visto películas sobre sexo.

Como resultado, me siento muy bien informada cuando se trata de este tema. Al menos en teoría. La constatación de que hablar de

sexo en lugar de practicarlo es algo completamente distinto es algo que dejo de lado por el momento.

Mis historias parecen haber convencido y satisfecho a Dara. Igual que mi cuerpo.

También he pasado el control de seguridad, si damos crédito a su llamada.

A pesar de que temblaba y temía que todo fuera a volar por los aires.

Tuve que enseñarle a Dara mi certificado de antecedentes penales y mi DNI. Ambos fueron comprobados por uno de sus empleados.

En realidad estaba segura de que así averiguarían quién era yo. Aunque me mantengo fuera de los focos, en los que mi hermano ha estado durante años, hay alguna foto y un artículo sobre mí aquí y allá en internet.

Sin embargo, ni Dara ni su compañera de trabajo esperaban que la hermana de uno de los jugadores de fútbol americano mejor pagados de Hawai solicitara un trabajo como Playgirl en un club de caballeros de élite.

Sólo así me explico que no comprobaran mi apellido, que figura tanto en mi DNI como en mis antecedentes penales.

Por una vez, la suerte estuvo a mi favor.

Conseguí el trabajo, aunque estoy a prueba.

Me doy cuenta de lo que esto significa cuando me hundo en mi cama después de que mi euforia inicial haya disminuido.

Mi intención es acercarme a Kingston en *Chateau Noir*, pero lo que he conseguido reprimir con éxito hasta ahora es que estoy disponible para todos los huéspedes del club.

Dara me ha dicho que los hombres no pueden tomar a las mujeres así como así, que tiene que haber consentimiento mutuo, pero yo no soy tan ingenua como para creer que sólo puedo dar mi consentimiento a un hombre en todo el club.

Eso es exactamente lo que quiero, o más bien *a él*: a Kingston.

Respiro hondo y luego exhalo para calmar los latidos desenfrenados de mi corazón.

Afortunadamente, nunca he sido de las que se preocupan innecesariamente por tonterías. Soy el tipo de persona que se toma las cosas con calma en lugar de preocuparse por posibles escenarios que podrían no materializarse.

Esta vez voy a hacer lo mismo.

No voy a dejar que el hecho de haber conseguido el trabajo y, por tanto, la oportunidad de acercarme a Kingston me quite la alegría de que otros hombres también puedan desearme.

Al contrario. Lo veo como una... bueno... experiencia completamente nueva, que amplía horizontes. Eso sólo puede ser una ventaja. Después de todo, Kingston está muy por delante de mí en lo que se refiere al sexo.

Dara me informa en su mensaje de voz de que debo acudir a *Chateau Noir* dos horas antes de la apertura, el próximo sábado, para que pueda firmar el acuerdo de confidencialidad, me enseñe las instalaciones y me informe antes de que lleguen los primeros invitados.

—Ve hasta donde te sientas cómoda —me dijo—. No estás obligada a ir hasta el final si no quieres. Te sugiero que te tomes tu tiempo para hacerte una idea antes de ir a por todas.

Esta sugerencia me tranquiliza enormemente. Para ser sincera, quiero asimilar el ambiente y los acontecimientos del *Chateau Noir* antes de tomar yo misma la iniciativa.

Poder ver a los demás ocuparse de sus asuntos sin tener que implicarme directamente me parece la manera perfecta de empezar.

¿Estará Kingston?

El próximo partido *de los Hornets* es el sábado. Así que nada se interpondría en el camino de una relajada noche de sábado en el *Chateau Noir*, especialmente porque conozco la regla de las 48 horas de Kingston. Nada de sexo en las 48 horas previas a un partido. No importa si es un amistoso o un partido del campeonato.

Si es abstinente antes del partido, sin duda no lo será después.

Si tengo mala suerte, estará demasiado cansado después del partido y se saltará el sábado. Tendré que dejar que eso ocurra también. No puedo cambiarlo.

Dara me ha pedido que vaya el sábado, no puedo pedirle desde el principio que me organice también para el domingo.

Tengo que demostrar mi valía antes de exigir o pedir nada. Hasta entonces, tengo que pasar lo más desapercibida posible. No quiero llamar la atención innecesariamente y arriesgarme a que Dara descubra quién soy en realidad.

Aún faltan tres días para el sábado. Parece un plazo infinitamente largo, aunque no lo sea.

Me tumbo de espaldas en la cama y cierro los ojos.

Me brillan las mejillas. El corazón se me acelera. Mi centro palpita y se agita con anticipación.

Pronto mi vida se va a tambalear. Todas las cosas sobre las que sólo he leído en libros y visto en películas por fin se harán realidad.

Sólo puedo esperar que el hombre con el que viviré esas aventuras sea el hombre que he deseado desesperadamente durante tantos años.

14

KINGSTON



Hemos perdido el partido de hoy por muy poco, lo cual me ha enfadado y disgustado muchísimo. Teníamos que haber ganado. Los *Oklahoma Owls* no eran un rival a tener en cuenta y aun así nos han ganado. No porque fueran tan buenos, sino porque jugamos desconcentrados y descoordinados. Dejamos escapar puntos importantes.

¡Maldita sea!

Sí, vale, visto así, ahora mismo no nos jugamos nada, solo el honor. Aun así estos partidos son un entrenamiento y una preparación importante para los partidos de los campeonatos de conferencia en otoño. Tal y como hemos jugado hoy, difícilmente superaremos la fase previa.

—No pongas esa cara. Hay días así. El próximo partido será mejor. Olvídalo y sigue adelante —intenta calmarme Saint cuando salimos del bar de los *Hornets.*

—No me gusta perder —gruño—. Nunca.

—Perder es parte de la vida, igual que ganar. No se puede ganar siempre.

—¿Quién lo dice? —pregunto con dureza.

Saint sonríe.

—Necesitas relajarte urgentemente. Vamos al *Chateau Noir*. Allí podrás cambiar tu frustración por éxtasis y te sentirás mucho mejor.

—Mmm —gruño de mal humor—. No nos lo hemos ganado.

Saint me rodea los hombros y me aprieta.

—Hemos hecho todo lo posible. A veces no es suficiente. No puedes deshacer la derrota estando mal. Deja eso para el entrenador en la sesión de análisis. Créeme, no te haces ningún favor si te aferras tanto a ello.

Sé que Saint tiene razón.

No sirve de nada enfadarse con el pasado, porque nadie tiene una máquina del tiempo con la que pueda viajar atrás y cambiarlo.

Aun así... me cuesta superar las derrotas. Siempre espero lo mejor de mí y de mis compañeros.

Lo admito, a veces mis expectativas son exageradas y la decepción está asegurada, pero si no subes el listón continuamente, ¿cómo quieres progresar en la vida?

Saint se dirige a su coche y se gira hacia mí.

—Bueno, ¿cuál es el plan? Yo definitivamente voy a ir al *Chateau Noir.* Puedes venir conmigo y pasártelo bien o seguir lloriqueando y lamentándote. Tú decides.

Me meto las manos en los bolsillos y me devano los sesos.

Otra de mis características que hace que a veces me ponga yo mismo trabas es que me cuesta mucho dejar de lado mis prejuicios.

—Vamos, Kingston. Anímate —me dice Saint, que me conoce lo suficiente como para saberlo.

—Está bien —murmuro—. Te veo allí.

Saint asiente con la cabeza y se sube a su coche, que está aparcado en una zona acordonada del aparcamiento que hay detrás de nuestro bar habitual.

Saludo al vigilante, que se encarga de que no haya invitados no deseados merodeando por aquí, y hablo un poco con él.

Para las personas de la vida pública es extremadamente difícil moverse libremente y sin preocupaciones sin que los fans les molesten.

Por supuesto, es gracias a los aficionados que podemos ganarnos la vida con nuestro trabajo y hacer de nuestra pasión una profesión,

y por eso siempre dedico mucho tiempo a mis aficionados. Pero en días como estos me cuesta disimular mi frustración y responder a las molestas preguntas de los aficionados sobre el partido que hemos fastidiado.

Prefiero desaparecer y curarme las heridas en secreto.

Gente como Connor, el aparcacoches del *Ohana*, nuestro bar de siempre, me lo permite.

Por eso siempre le hago saber que valoro mucho su trabajo.

Después de charlar con Connor, me subo a mi Lamborghini y sigo a Saint por las calles de Waikiki hasta el *Chateau Noir.*



Por lo general, Saint y yo nos quedamos más tiempo en el *Ohana* antes de dedicarnos a la parte más divertida de la noche pero hoy ninguno de los dos está de humor para largas conversaciones con nuestros compañeros de equipo. Además, la derrota me ha quitado el apetito.

Hoy llegamos antes de lo habitual al local de élite. De vez en cuando nos acompañan algunos de nuestros compañeros. Saint y yo no somos los únicos jugadores *de los Hornets* que frecuentamos el *Chateau Noir*. Parece que hoy somos los únicos, aunque la noche aún es joven.

Voy directamente al bar y pido un whisky con hielo, mientras Saint se deja llevar por dos hermosas damas vestidas con un ligero velo a uno de los reservados.

A veces me gustaría ser como él. Tiene el don especial de poder ignorarlo todo en lugar de dejarse llevar por sus sentimientos. Al menos cuando se trata de fútbol. Hace poco he visto que ocurre exactamente lo contrario cuando se trata de temas relacionados con su hermana.

Me siento en uno de los taburetes del bar y me dedico a mi bebida.

Con cada sorbo que me voy tomando, la decepción por el partido de hoy va disminuyendo.

Cuando pido mi segunda copa, me siento preparado para compartir con el mundo exterior mi agitada vida emocional.

Con el vaso pesado en la mano, me giro en el taburete y dejo que mi mirada se pierda en la amplia sala.

A pesar de la máscara, reconozco a la mayoría de los hombres y mujeres. No me refiero a que reconozca de quién se trata, sino a que los reconozco de mis visitas anteriores al *Chateau Noir*.

No se me escapa que algunas de las mujeres me están observando y esperando a que les haga una señal.

Esta noche me lo tomo con calma. A diferencia de Saint, no me apetece echar un polvo rápido.

Mi mirada recorre la sala y se detiene en una figura grácil vestida con un kimono negro de encaje que entra en la sala por las puertas abiertas del balcón.

Una ráfaga de viento se lleva su largo cabello rubio, lo que hace que mi mirada se quede fascinada en ella.

Sus esbeltas piernas quedan perfectamente realzadas por unos elegantes tacones. Aparte de los tacones y del kimono, bajo el cual asoman un sujetador de encaje y unos ligueros, no lleva nada más.

De repente, se despierta mi interés y mi, hasta ahora inexistente deseo, se enciende en mí como una llama ardiente.

Nunca la había visto por aquí, lo que significa que es nueva.

Su andar ligeramente inseguro también encaja. Se mueve como si no supiera muy bien a dónde ir ni qué hacer.

Inocente y tímida.

De alguna manera, dulce. Y... caliente.

Cuando me ve, se detiene y abre sorprendida sus bonitos ojos azules.

Tengo la sensación de que conozco a esta mujer. Curiosamente, me resulta... familiar.

¿Pero de qué?

¿Habré tenido sexo con ella en el pasado? ¿Fuera del *Chateau Noir*?

A pesar de mi pasado no precisamente abstemio, recordaría a una mujer como ella. A esos ojos expresivos, que brillan con tanta intensidad y me cautivan por completo. No los habría olvidado.

Su rostro está casi completamente cubierto por una máscara negra con pedrería.

Es inusual.

Normalmente, las mujeres llevan máscaras mucho más pequeñas y menos elaboradas.

A diferencia de los visitantes masculinos adinerados, algunos de ellos famosos, a ellas no les importa si las reconocen o no.

Por eso llama tanto la atención que esta mujer tenga un gran interés en mantener su identidad en secreto.

O eso, o le gusta parecer misteriosa.

Sea lo que sea, funciona.

Tiene toda mi atención y todo mi interés.

Dejo mi copa y me levanto.

Me acerco a ella con determinación, y ella baja la mirada apresuradamente.

¿Será que su timidez es fingida?

En realidad, solo puede ser eso.

Dara nunca contrataría a mujeres inexpertas que no saben exactamente qué ofrecer a los hombres y qué influencia tienen sobre nosotros.

La inocente rubia sigue bajando la mirada cuando me paro frente a ella. Evita mirarme.

Muy interesante.

La rodeo como un felino que quiere ver de cerca a su presa sin tocarla.

Oigo cómo se acelera su respiración mientras la examino.

Le excita que la aceche.

Saberlo me da más valor.

Le quito el kimono del hombro izquierdo y acaricio suavemente con mis labios desde el omóplato hasta la base del cuello.

Huele a vainilla y... a frambuesa. Como el verano en estado puro. Como el mejor helado que puedas imaginar. Helado de vainilla con nata montada y frambuesas calientes.

Mmm. Qué rico.

Quiero más.

Mucho más.

Y lo quiero ahora.

Ahora mismo.

—Quiero estar a solas contigo. ¿Me acompañas a uno de los reservados? —le susurro al oído con voz entrecortada y espero su respuesta con el corazón palpitante.

15

CLEO



Camino nerviosamente de un lado a otro mientras espero a que llegue el ascensor. Hoy es mi primera noche en el *Chateau Noir* y, aunque se supone que debo aprovecharla para ver todo y familiarizarme con el lugar, mi corazón late con fuerza.

Una voz penetrante en mi cabeza me grita enfadada que dé la vuelta y me vaya mientras aún pueda.

No lo haré, eso seguro.

Estoy en una misión. Es más: estoy a punto de llegar a mi destino. Así que seguro que no me rendiré en los últimos metros.

Las puertas del ascensor se abren y entro con expresión decidida.

En el *Chateau Noir*, el ambiente es diferente al de mi primera visita.

Suena una música agradable y erótica. Un aroma sutil y afrodisíaco flota en el aire. Todavía no ha oscurecido, así que las luces tenues no destacan demasiado. Pero eso cambiará a lo largo de la noche.

Todavía falta un rato para que lleguen los primeros invitados. Dara me ha dicho que venga antes para presentarme a las otras chicas y ayudarme a vestirme.

—Ah, ahí estás —me saluda y se acerca a mí con aire de superioridad—. Estás muy guapa. Un poco pálida, pero es por la emoción. Vamos, tomemos primero una copa de champán.

Me coge del brazo y me lleva con suavidad pero con firmeza hasta la barra, que aún no está ocupada. Allí abre la nevera y nos sirve una copa del líquido dorado y burbujeante.

—Por una velada exitosa —brinda conmigo—. Salud.

—Salud —respondo y dejo que el líquido frío baje por mi garganta.

Cuando mi vaso está vacío y un calor agradable y relajante se extiende por mi pecho, Dara señala una zona que se encuentra detrás de su oficina.

—Vamos a buscarte un conjunto adecuado.

Para mantener el alto nivel de calidad del *Chateau Noir*, Dara pone a disposición de todas las chicas los conjuntos. Aunque *conjunto* quizá no sea el término adecuado, ya que se trata de lencería muy escasa que enciende la imaginación de todos los espectadores.

Dara busca para mí una combinación de encaje negro y la combina con un kimono y unos tacones a juego.

Me gusta su elección y, cuando me miro unos minutos más tarde frente al espejo, me sorprendo de mi transformación.

—Las mujeres nos vendemos a menudo por menos de lo que valemos —dice Dara, que parece adivinar mis pensamientos—. Mira en lo que nos podemos convertir si reconocemos nuestra propia autoestima.

Asiento con la cabeza.

—Solo falta una máscara —murmura Dara mientras rebusca en un cajón que contiene precisamente eso.

Señalo una de las máscaras

—¿Puedo quedarme con esta?

Dara frunce el ceño

—Normalmente, las chicas prefieren máscaras pequeñas para que les cubra lo menos posible la cara y el maquillaje, pero si te sientes cómoda con ella, adelante.

Agradezco la máscara y perfecciono así mi atuendo.

Sonrío satisfecha al mirarme en el espejo y en ese momento oigo voces femeninas que se acercan a la habitación.

Deben de ser mis futuras compañeras. Me dirijo a la puerta con curiosidad para presentarme.



Una hora más tarde llegan los primeros invitados de la noche. El ambiente en el *Chateau Noir* es relajado y, contrariamente a lo esperado, no se va directo al grano.

Los invitados presentes primero se toman una copa en el bar y charlan entre ellos y con algunas de las Playgirls.

Se intercambian caricias y, aquí y allá, también besos provocativos que sugieren que las cosas no van a quedarse ahí.

Me mantengo discretamente al margen y observo atentamente lo que sucede.

Kingston no ha aparecido todavía. No sé si lo hará hoy, porque según las noticias los *Hornets de Honolulu* han perdido su partido.

Por eso Kingston no está de humor para celebrar. Pero tal vez por eso se pase por aquí: para distraerse de su enfado por el partido perdido. En cualquier caso, eso espero.

Cuando las primeras parejas desaparecen en los reservados, decido tomar un poco de aire fresco en el balcón.

Allí me encuentro con una de mis compañeras, que me arrastra a una conversación y, antes de que me dé cuenta, han pasado veinte minutos.

Cuando vuelvo a entrar, el *Chateau Noir* se ha llenado. Dejo que mi mirada recorra la sala y me quedo paralizada cuando descubro a Kingston en uno de los taburetes del bar.

¡Está aquí! Está aquí de verdad.

Por lo que parece, él también me ha descubierto.

Porque su mirada está puesta en mí. Inquisitiva. Curiosa. Intensa.

¿Me habrá reconocido?

Me alegro de llevar una máscara tan grande, porque así mis mejillas enrojecidas permanecen ocultas ante él.

Incapaz de moverme, observo cómo se levanta y viene en mi dirección.

Se me seca la boca y bajo rápidamente la mirada porque mis labios empiezan a temblar bajo su mirada.

Ya no lo veo, pero lo siento. Siento cómo se detiene frente a mí y luego me rodea lentamente.

Mi pecho se eleva y desciende a un ritmo insano y mis manos se vuelven frías y húmedas.

Ahora no entres en pánico, Cleo, me digo a mí misma. *Mantén la calma.*

Me estremezco de miedo cuando me quita el kimono de los hombros y me acaricia la piel con los labios de forma provocativa.

Dios mío, qué gusto da.

Mis párpados se agitan e inclino ligeramente la cabeza para indicarle que quiero más.

Se detiene un momento en la base de mi cuello antes de llevar su boca a mi oído.

—Quiero estar a solas contigo. ¿Me acompañas a uno de los reservados? —susurra Kingston con voz ronca, lo que me hace sudar de lo lindo.

—Veo que has descubierto a nuestra nueva incorporación —oigo la voz divertida de Dara—. Por desgracia, tendrás que tener un poco de paciencia. Athena está aquí hoy por primera vez para familiarizarse con todo. No está previsto que le toque esta noche.

—¿Seguro? —pregunta Kingston con escepticismo—. Tengo la sensación de que le encantaría jugar conmigo. ¿Por qué no se lo preguntamos?

Levanto la vista tímidamente y me encuentro con los ojos vigilantes de Dara.

—¿Athena?

Quiero decir algo, pero tengo la garganta tan seca que tengo que tragar saliva.

16

KINGSTON



—Y o... —susurra con voz suave y ronca, y se aclara la garganta —. Quiero jugar.

Con estas palabras, cierro los ojos lleno de ilusión y descubro con asombro que mi enfado por haber perdido el juego se ha desvanecido por completo. En su lugar, siento excitación y deseo.

—Ven —susurro con voz ronca y tomo su mano, que está fría en la mía.

Me acompaña con las caderas balanceándose a las habitaciones privadas contiguas, pero no dice una palabra.

Cuando entramos en la habitación, cierro la puerta detrás de ella, y no se me escapa lo nerviosa que está.

Llego a la conclusión de que no está fingiendo su timidez. Esto es real. Está muy nerviosa, sea cual sea el motivo.

Quizás porque todo esto es nuevo para ella.

Se dirige a la cama, pero me pongo detrás de ella, la sujeto y apoyo la cabeza en su hombro.

—Tranquila. ¿Por qué no nos conocemos mejor?

La dirijo hacia un sofá y espero que se siente a mi lado. Pero no lo hace.

En lugar de eso, se refugia literalmente detrás del sofá y me pone los dedos índice y medio en las sienes.

Sin decir palabra, empieza a masajearme y a tocarme justo en los puntos gatillo.

—Mmm —gimo con placer—. Esto es adictivo.

Me recuesto relajado y me entrego a sus caricias.

En realidad, quería tener una conversación inocente con ella para que se le pasara el nerviosismo. Si ella misma toma la iniciativa y prefiere mimarme, no voy a insistir en hablar.

Después de un rato, sus dedos van de mis sienes a la base de mi cabeza y empieza a trabajar las zonas tensas de la parte superior del cuello.

Dios mío.

Reprimo otro gemido de placer.

¿Esta mujer trabaja de masajista durante el día?

Si es así, necesito el nombre de su salón para poder hacerme cliente habitual.

—Tienes mucho talento —suspiro—. Me siento como en el cielo.

Las manos de Athena bajan hasta mis hombros.

—Quizá debería desnudarme para que puedas tocarme mejor —susurro con tono prometedor, porque sus caricias me excitan tanto que quiero tocar y sentir a mi talentosa masajista.

—¿Por qué no me ayudas a quitarme la camisa? —la atraigo.

No se me escapa que sus movimientos circulares de mano se detienen abruptamente ante esta pregunta.

Giro la cabeza hacia ella y me doy cuenta de que ha vuelto el nerviosismo. Su cuerpo parece tenso, casi estresado. Como si mis palabras la hubieran sacado de su zona de confort y la hubieran dejado insegura.

Pero, ¿por qué?

—Ven aquí —le digo suavemente, señalando el espacio que tengo delante.

Athena da la vuelta al sofá con vacilación y se detiene ante mis rodillas.

—Acércate —le digo sonriendo, pero manteniendo las piernas cerradas para que ella tenga que abrir ligeramente las suyas.

Le pongo las manos en la parte exterior de los muslos y espero.

No se resiste. Al contrario. Por la piel de gallina que se extiende por sus piernas, me doy cuenta de que le gusta mi tacto.

Dejo que mis manos se deslicen más arriba, hacia su cintura, y finalmente tomo sus nalgas redondas y llenas, que amaso con cuidado.

Sexy.

Athena echa la cabeza hacia atrás y cierra los ojos, lo que me da más valor.

Mi mano derecha abandona su trasero y se desliza entre sus piernas ligeramente abiertas, donde se abre camino bajo el dobladillo de sus bragas hasta su dulce y ligeramente abierta entrepierna.

Con movimientos lentos, mis dedos se adentran y empiezan a frotarla en perezosos círculos.

Athena abre los ojos asustada y mira hacia mi mano, que se divierte entre sus piernas en el valle de los sueños húmedos.

—¿Quieres que pare? —susurro y me detengo.

Se muerde el labio inferior y niega con la cabeza.

—¿Quieres que siga? —pregunto para asegurarme, porque no quiero hacer nada en contra de su voluntad.

Ella asiente.

Aunque preferiría que me lo confirmara expresamente, Athena no parece ser una persona de muchas palabras y, cuando habla, lo hace en un susurro.

Es extraño.

Tal vez sea parte de su nerviosismo, que ahora mismo estoy intentando calmar.

Vuelvo a mover los dedos por su entrepierna y noto cómo se humedece muy rápido.

Interesante.

Que con mis dedos pueda excitar tanto a una mujer que su jugo del placer se deslice por mi mano sin que tenga que penetrarla con los dedos es algo nuevo.

—Inclínate y apóyate en mis hombros con las manos —le ordeno con voz ronca, porque su deseo desenfrenado me transforma en una

bestia salvaje que intento controlar desesperadamente.

Athena se inclina con las piernas temblorosas y hace lo que le pido. Su dulce aroma me envuelve y no puedo evitar hundir la cara entre sus pechos, que flotan seductoramente ante mi nariz.

Su kimono se ha deslizado, de modo que tengo sus pechos redondos y firmes justo delante de mis ojos. No son excesivamente grandes ni exuberantes, pero son absolutamente perfectos.

Lamo sus pezones a través del fino encaje y siento cómo se endurecen y se vuelven firmes bajo mis labios.

Sí, nena. Así me gusta.

Con mi mano derecha sigo rodeando la perla de Athena y meto mi dedo índice en ella, lo cual me resulta muy fácil porque está increíblemente húmeda.

Athena jadea y su garganta emite un sonido que me hace hervir la sangre.

Está excitada hasta la punta de los pelos. Su cuerpo reacciona de forma tan sensible a mis toques, que en sí son bastante inofensivos, que uno podría pensar que no está acostumbrado a este tipo de intimidad.

Eso es una tontería.

Una mujer tan atractiva, sensual y deseable como Athena seguro que practica sexo constantemente. Quien posee un cuerpo tan lujoso está hecho para ser satisfecho y dar satisfacción.

Deslizo mi mano libre hacia su pecho derecho y acaricio el sujetador para que su pecho salga y salte directamente a mi boca.

Qué rico.

¿Desde cuándo los juegos preliminares que no son mamadas son tan jodidamente calientes?

Chupo con fuerza su pezón y acaricio con mi dedo índice el contorno bajo su pecho, mientras que el dedo medio de mi otra mano se une al dedo índice en el coño mojado de Athena.

Con movimientos rítmicos, la penetro con cuidado, lo cual no es nada fácil. Esto se debe a que, aunque Athena está empapada, es increíblemente estrecha.

Esto también me sorprende.

Que algunas mujeres sean más estrechas que otras es completamente normal. ¿Pero *tan estrechas*?

Tan apretadas solo están las vírgenes, y eso lo descarto totalmente en el caso de las chicas de Dara. Sería irresponsable y totalmente inmoral.

La primera vez de una mujer debe ser especial y romántica, y a ser posible con una pareja a la que *ella misma* ame. Quedar desvirgada en el *Chateau Noir* en una follada sin compromiso es algo inimaginable.

—Arrodíllate en el sofá, cariño, para que pueda penetrarte más profundamente —le susurro a sus pechos, que realmente me han encantado.

La ayudo a colocarse en el sofá y espero a que se coloque con seguridad y con las piernas abiertas sobre mi regazo, en el que se perfila un bulto intenso.

De eso nos ocuparemos más tarde, después de que Athena experimente un orgasmo fulminante que disipe todo su nerviosismo y miedo, y le muestre que aquí, conmigo, solo le espera placer, diversión y éxtasis.

Saco la mano de sus bragas y me dedico por completo a sus pequeñas y redondas tetas durante un rato. Las masajeo, acaricio, lamo y chupo.

Athena gime embelesada y sus dedos se clavan en mis hombros.

—Veo que te gusta —sonrío satisfecho y vuelvo a centrarme en su hinchado centro—. Veamos qué te parece esto.

Vuelvo a meterle los dedos índice y corazón con la intención de hacerla saltar por encima del acantilado.

En la posición en la que se encuentra ahora puedo penetrarla más profundamente y con más fuerza, lo que me facilita llegar a su punto G.

—¿Te gusta? —murmuro junto a sus pechos y la miro provocativamente.

Su pecho sube y baja tan rápido como si acabara de terminar un maratón.

En lugar de responder, asiente con la cabeza y me mira con los párpados caídos y una mirada velada por el deseo.

—Cariño, me gustaría que me dijeras que te gusta que te folle con los dedos. ¿Me haces ese favor?

Antes de que tenga la oportunidad de responderme, mis dedos se hunden profundamente en ella y encuentran una resistencia que me deja paralizado.

Esto... esto no puede ser.

Levanto la cabeza de golpe y quiero decir algo, pero las palabras se me quedan atascadas en la garganta.

Athena me mira desde arriba y en sus ojos puedo ver que lo que sospecho es cierto. Que no me lo estoy imaginando.

Que por un momento estuve a punto de robarle a una virgen inocente precisamente eso: su inocencia.

¿Qué diablos está pasando aquí?

17

KINGSTON



—Por favor, dime que no es verdad —digo, pero suena más bien como un susurro.

Le quito la mano y le rodeo, literalmente, los muslos desnudos.

Ella guarda silencio.

Otra vez.

—Cariño, por favor, dime que no eres virgen, ¿vale? Por favor, dime que me equivoco.

Sé que *no me* equivoco, pero hay algo dentro de mí, una pequeña chispa de esperanza que quiere precisamente eso: que me equivoque en mi conclusión.

Athena se levanta de mi regazo con las piernas temblorosas y se ata el kimono con movimientos nerviosos.

—¿Puedes hablar conmigo, por favor? Necesito entender lo que está pasando. Si eres virgen, ¿qué haces aquí? ¿Por qué trabajas aquí? ¿Por qué no me avisaste? ¿Lo sabe Dara?

Veo cómo Athena traga saliva y abre la boca. Parece que por fin quiere decir algo. Ya era hora. No, más bien: ya es hora.

En cuanto un sonido sale de su garganta, se tapa la boca con la mano como si se hubiera sorprendido y niega con la cabeza con los ojos entrecerrados y enrojecidos.

Luego da media vuelta y sale corriendo de la habitación.

Mierda.

La miro perplejo y, siguiendo mi primer impulso, quiero ir tras ella. Entonces, justo cuando me levanto y me arreglo los pantalones, me arrepiento.

Algo no va nada bien. Al seguir a Athena y llamar así la atención, no le estoy haciendo ningún favor.

Estoy bastante seguro de que Dara no tiene ni idea del secreto de Athena.

De ninguna manera la habría contratado. Eso sería irresponsable.

Me gustaría preguntarle a Dara, pero eso haría que Athena se descubriera, y eso no me parece correcto, por las razones que sean.

Lo pienso y lo vuelvo a pensar, pero no me decido. En mi cabeza no hay más que interrogantes.

Pensativo y con las manos hundidas en los bolsillos, salgo del reservado y vuelvo al bar.

No veo a Athena por ningún lado, aunque la busco con atención.

Mientras tanto, el club está muy animado, por lo que Dara está ocupada y no se da cuenta de que nosotros, o yo, hemos vuelto del reservado con una rapidez llamativa.

Pido una copa y dejo que mi mirada recorra la sala sin llamar la atención, buscando a Athena.

En vano.

Recorro la sala discretamente y miro incluso en los diferentes balcones, pero no la encuentro por ninguna parte.

¿Dónde diablos se habrá metido?

¿Por qué ha huido de mí?

Y sobre todo: ¿qué quería en el *Chateau Noir* una virgen inexperta como ella?

Preguntas y más preguntas para las que no encuentro respuesta y que me están volviendo loco.

Ni siquiera el segundo whisky con hielo me ayuda.

—Eh, tío, ¿qué tal?

Me giro hacia la conocida voz y descubro a un Saint visiblemente relajado y satisfecho, apoyado despreocupadamente en la barandilla y mirando hacia los rascacielos iluminados de Waikiki.

—He tenido... —empiezo a decir, pero me interrumpo porque otras dos personas entran en el balcón.

—¿Que tenías? —pregunta Saint acercándose a mí.

Observo a las dos personas con el rabillo del ojo y decido que este no es el lugar adecuado para hablar de lo que me ha pasado.

—¿Qué tal si nos tomamos una cerveza en mi casa? Parece que has conseguido lo que necesitabas, así que podemos terminar la noche relajados en mi casa, ¿no?

—No puedo estar más relajado de lo que estoy ahora —ríe Saint —. Pero por mí vale. Vámonos. El conserje puede pedirnos un coche. Definitivamente he bebido demasiado para conducir.

—¿Me estás tomando el pelo, verdad? —exclama Saint incrédulo, apoyando los codos en los muslos.

—No, en absoluto. Créeme, sé lo absurdo que suena, pero te aseguro que la chica era virgen.

Niego con la cabeza.

—¿Has hablado con Dara de esto? ¿Le has preguntado qué pasa?

—No. Estoy bastante seguro de que Dara no sabe nada de esto y probablemente no deba saberlo. No sé por qué.

—Kingston —susurra Saint con insistencia—. Tienes que contárselo. Lo contrario sería irresponsable.

Frunzo los labios y aguanto la mirada de Saint.

—¿Qué diablos estás tramando? —pregunta Saint, que me conoce lo suficiente como para saber que no tengo intención de informar a Dara de lo de Athena.

—Quiero respuestas, Saint —le respondo con firmeza—. De Athena.

Saint arquea las cejas y me mira con cara de incomprensión.

—Pero ¿por qué? ¿Qué te interesa?

Bueno, eso no lo sé muy bien. Pero por alguna razón que no entiendo, me preocupa aclarar este asunto personalmente con Athena.

—No tengo ni idea —confieso con sinceridad—. Pero hay algo entre nosotros... una... una extraña familiaridad. Casi me parece que la conozco, lo cual es completamente absurdo. Sin embargo, tiene algo que no me deja en paz y que tengo que averiguar a toda costa.

Saint resopla divertido.

—¿Te han dado una paliza hoy en el partido contra los *Oklahoma Owls*, King? Estás diciendo un montón de tonterías, ¿te das cuenta?

Me recuesto en el sillón y miro el horizonte que se dibuja frente a mi balcón.

Saint tiene razón. Parezco un loco. Lo que digo no tiene sentido.

Aun así... me mantengo firme. Tengo que hablar con Athena y encontrar respuestas a mis preguntas. Lo más rápido posible.

18

CLEO



Esta tarde estoy echando una mano en la cafetería porque hay un infierno de jaleo debido a una competición de surf.

Estoy agradecida y contenta por ello.

Mucho.

Así al menos no me pongo a darle vueltas a lo de anoche.

¡Dios!

Solo de pensar en estas dos palabras: *ayer por la noche*, me pongo muy nerviosa porque en mi cabeza se activa la película porno de Kingston y yo en bucle continuo, hasta el más mínimo detalle.

Kingston, que me mima las tetas con tanta devoción. Kingston, que me estimula con sus dedos con tanta habilidad. Kingston, que con su estilo dominante y masculino me da órdenes tan sexys que se me empiezan a doblar las rodillas.

¡Argh! Estaba a punto de correrme cuando mi himen, aparentemente intacto, le reveló lo que quería ocultar a toda costa de él y de todos los demás.

Sí, vale. Todavía soy virgen.

Eso no significa que sea inocente. En el pasado he experimentado con hombres, pero no de esa manera.

¿Por qué?

Bueno, porque... porque he estado esperando al hombre adecuado. Para mí sigue siendo Cassian Kingston.

Totalmente inalcanzable, claro.

Lo que me hizo en el *Chateau Noir* se acercó como un demonio a mis sueños más atrevidos. Más de lo que jamás hubiera podido imaginar.

Bajo ninguna circunstancia debo pensar en sus labios calientes, que chuparon de mí con tanta avidez. En sus dedos, que estaban en camino de catapultarme al universo.

Cada vez que esto ocurre, oscilo entre la excitación, el desmayo y la vergüenza. Lo hago a intervalos tan rápidos que todo mi entorno se vuelve una masa borrosa. Este estado, junto con más de treinta grados a la sombra y la deshidratación debido a las constantes idas y venidas entre la cocina y la terraza, no es una mezcla saludable.

Me froto la frente con el dorso de la mano y me apoyo en una de las mesas de madera que acaba de quedar vacía.

—¿Todo bien? —oigo preguntar a alguien.

Abro los ojos entrecerrados y veo a un surfista rubio con una camiseta de tirantes y unos pantalones cortos azules que me mira con preocupación.

—Estoy bien —murmuro y me esfuerzo por sonreír.

—Pues no lo parece —responde él y me acerca una silla—. Siéntate. Voy a traerte algo fresco para beber.

—No hace falta, gracias. Si alguien tiene que traerle algo de beber a alguien, soy yo quien debe hacerlo, no al revés.

El tipo del surf sonríe torcido.

—Propongo lo siguiente: *yo te* traigo algo de beber ahora y luego *tú me* traes algo a mí. ¿Trato hecho?

Quiero objetar algo, pero ya se ha ido hacia la cocina.

En realidad quiero ir tras él, pero mi circulación me está diciendo que debería tomarme un breve descanso.

Echo un vistazo al reloj y veo que llevo seis horas trabajando sin parar. Ha habido demasiado ajetreo como para poder tomarme un descanso y comer algo. Un error, como ahora resulta.

Ni un minuto después, el atractivo surfista que se presenta como Tim vuelve y pone una Coca-Cola y un sándwich sobre la mesa.

—Gracias —digo sinceramente y cojo el refresco.

Tim me guiña un ojo y se sienta a mi lado.

—De nada.

—¿Vas a participar en la competición? —le pregunto entre bocado y bocado, señalando con la barbilla la concurrida playa.

Tim niega con la cabeza.

—Normalmente sí, pero me lesioné la rodilla en el último concurso y tengo que curarme primero. Si tengo suerte, estaré listo para volver a competir dentro de dos semanas.

—Lo siento por ti.

—No pasa nada. Ahora puedo pasar el rato tranquilamente con una chica guapa. Todo tiene su lado bueno, como ves.

Sonrío ante el descarado encanto de Tim y bebo otro trago de mi Coca-Cola.

—¿Vives en Hawái? Bueno, ¿de forma permanente? —me pregunta con sincero interés.

Asiento.

—Sí, así es. ¿Y tú?

Tim asiente con la cabeza.

—Yo también. Si es así, ¿quizá podríamos quedar para ir a surfear? Siempre y cuando surfees.

—Surfeo, pero no contigo —gruñe una voz muy familiar detrás de mí.

Me giro en la silla y me encuentro con la mirada desconfiada de Saint.

—¿Es tu novio? —pregunta Tim—. Lo siento, no sabía que estuvieras pillada.

—No lo estoy —le informo y le lanzo una mirada furiosa a mi hermano—. Este es mi pesado hermano.

—¿No quieres presentarnos? —gruñe mi hermano y se interpone entre Tim y yo.

Solo entonces descubro que no ha venido solo, sino que viene acompañado de Kingston.

De repente, siento una mezcla de emociones.

Le echo un vistazo rápido a Kingston para ver si me ha reconocido en el *Chateau Noir*, pero parece estar tan relajado y

divertido como siempre.

No se comportaría así si supiera que soy Athena.

Exhalo aliviada y dirijo mi atención a Saint que, aclarando la garganta, me recuerda que todavía está esperando una respuesta por mi parte.

—No, no quiero presentaros —le susurro—. ¿Qué haces aquí?

Saint se tensa visiblemente y está a punto de soltarme un sermón cuando Kingston interviene.

—Queremos ver la competición. Saint ha dicho que Faith también participa, ¿verdad, Saint?

—¿Desde cuándo te interesa el surf profesional? —pregunto con recelo.

Kingston se ríe en voz baja, lo que le vale una mirada de advertencia por parte de Saint.

—Estamos en Hawái. Aquí todo el mundo se interesa por el surf.

Resoplo incrédula. ¿A quién quiere engañar mi hermano?

—Si estás aquí por Faith, no le gustan los tipos como tú.

Saint se cruza los brazos a la defensiva y entrecierra los ojos.

—¿Qué quieres decir con que *no le gustan los tipos como yo*? ¿Qué tipo crees que soy?

Frunzo el ceño, irritada, y me levanto.

—En cualquier caso, no es *tu tipo*. Tú representas todo lo que ella no quiere. Así que ni te molestes. ¿Me disculpáis? Tengo que seguir trabajando.

A Tim le digo:

—Gracias por la Coca-Cola y el sándwich. ¿Qué te apetece?

Tim también se levanta y me dedica una sonrisa juvenil.

—Yo también tengo que irme pero ya te diré qué me apetece. Sé dónde trabajas. Bueno, pues nos vemos.

Se da una palmada en la frente, asiente con la cabeza a Kingston y a Saint y al momento desaparece entre la gente de la playa.

—Ese tío no es lo bastante bueno para ti —le oigo quejarse a Saint detrás de mí.

Suspiro resignada y hago un gesto de *blablabla* molesta antes de girarme hacia él.

—¿No tenéis miedo de mezclaros con la gente así como así? ¿Y si hay fans entrometidos?

Saint señala la gorra de béisbol que llevan él y Kingston. Y unas gafas de sol de espejo.

Bueno... quien esté familiarizado con el fútbol americano los reconocerá de todos modos. Solo queda esperar que los surfistas, tan tranquilos por lo demás, no se asusten hoy porque haya dos famosos futbolistas entre los espectadores.

—¿Cuánto tiempo te queda de turno? ¿Quizás quieras acompañarnos? —pregunta Kingston mirando hacia la playa.

¿Acompañarles? Mejor no.

Mientras no controle mis emociones, no debería acercarme a Kingston. Con el latido de mi corazón en su presencia, corro el riesgo de que lo oiga.

—Gracias por la oferta, pero me necesitan aquí todavía un rato —me defiendo e indico la cocina—. Pues eso, hasta luego.

No espero la respuesta de Saint y Kingston, sino que me apresuro a la cocina, donde me escondo en un rincón y respiro hondo.

Hay que tener en cuenta que Kingston seguramente no me reconoció en el *Chateau Noir*. Al parecer, tampoco le habló a Dara de su descubrimiento virginal, porque, contra todo pronóstico, ella no me echó ni me dijo nada.

Pero, ¿por qué?

¿Por qué Kingston se guardó el incidente para sí?

Para obtener la respuesta a esta pregunta, no me queda más remedio que volver al *Chateau Noir*.

Una perspectiva que hace que se me ericen los vellos de los brazos.

19

KINGSTON



Normalmente, solo voy al *Chateau Noir* de vez en cuando, pero desde el incidente con Athena, soy casi un cliente habitual. No porque mi apetito sexual haya aumentado de repente, sino porque estoy esperándola a *ella,* a Athena.

Esta noche también estoy sentado en la barra charlando con una de las chicas, mientras mi mirada se pasea por el local.

—¿Nos retiramos los dos a uno de los reservados? —me susurra Giulia en ese momento con aire de coquetería—. Si quieres, invitamos también a Lillian. Se que gusta mucho.

Tentador. Realmente tentador retirarme al área privada con dos de estas atractivas acompañantes y darme un buen revolcón.

Eso significaría que ya no tendría la habitación a la vista y que, mientras tanto, alguien más podría haberse llevado a Athena.

Aunque, si ella estuviera aquí esta noche, ya debería haberla visto. Las chicas de Dara suelen llegar mucho antes que los invitados masculinos.

—¿Athena trabaja hoy? —le pregunto a Giulia y me giro hacia ella.

Me mira sorprendida.

—¿Quién?

—Athena. La nueva.

Giulia se encoge de hombros y pone cara de ofendida.

—¿Por qué preguntas por Athena si puedes tenerme a mí?

Le acaricio la mejilla en señal de reconciliación y sonrío.

—Los celos no te favorecen, Giu. Tengo que hablar con Athena, nada más.

Los hombros de Giulia se relajan un poco y señala a Dara, que acaba de entrar en la habitación.

—Deberías preguntarle a Dara. Ella se encarga de distribuir a las chicas y sabe quién trabaja y cuándo.

Sí, eso es lo que he estado pensando, pero luego lo he descartado porque no quiero llamar la atención. Si pregunto por Athena, Dara querrá saber por qué y no puedo darle una respuesta, por más que lo intente. Al menos, una respuesta sincera.

Estoy a punto de responderle a Giulia cuando Athena aparece detrás de Dara.

Mis ojos la captan inmediatamente y se fijan en ella, siguen cada uno de sus movimientos.

Hoy lleva un body rojo de encaje con unos zapatos de tacón de charol rojo a juego.

Su larga melena rubia cae en suaves ondas sobre sus hombros.

Guau.

Parece increíblemente sexy y al mismo tiempo extremadamente inocente, lo cual, como ya sé de primera mano, es cierto.

Esta combinación extremadamente rara y profundamente atractiva hace que atraiga la atención de numerosos invitados en un abrir y cerrar de ojos.

Por el rabillo del ojo veo cómo tres de ellos se ponen en movimiento para atraparla.

Joder.

—Athena —grito más fuerte de lo previsto y me aseguro así una pequeña ventaja sobre los demás invitados.

Cuando Athena me descubre, se sobresalta asustada, pero aguanta mi mirada.

Salto de mi taburete y corro hacia ella sin apartar la vista de ella ni un segundo.

Cuando llego a su lado, me inclino hacia su oído y finjo querer darle un beso en la mejilla. En lugar de eso, susurro suave pero insistentemente:

—Si no quieres que te delate aquí y ahora delante de Dara, ven conmigo con una bonita sonrisa.

Athena se tensa visiblemente ante mi amenaza, pero asiente con la cabeza.

Bien.

Le cojo la mano y la llevo a los reservados privados, donde cierro la puerta detrás de ella y me apoyo contra ella para que no pueda escapar de nuevo.

Necesito respuestas urgentemente. Ella me las dará esta noche.

—Hola —le digo suavemente para indicarle que no estoy enfadado y que no tiene que tenerme miedo—. ¿Cómo estás?

Athena no responde. Me mira como un ciervo asustado bajo los focos y hace como si no entendiera el idioma que hablo.

—Tenemos que hablar. La última vez te fuiste tan precipitadamente que no tuvimos oportunidad de terminar nuestra conversación.

Huir sería más acertado, pienso, pero me lo guardo para mí.

Athena sigue en silencio y tiene un aspecto divino. Para comérsela. Si no fuera por ese pequeño detalle de que es virgen.

—Los dos sabemos que eres virgen, Athena. Me gustaría saber por qué trabajas en *Chateau Noir*, cuando es evidente que no tienes experiencia en este campo. ¿Te obliga alguien a hacerlo? ¿Tienes problemas? ¿Problemas de dinero? ¿Deudas? Sea lo que sea, puedes contármelo. Encontraremos una solución que no implique que pierdas tu virginidad de una manera tan primitiva y sin valor.

Los ojos de Athena se abren como platos. Al parecer, mis palabras la han sorprendido.

Espero. Espero a que ella hable. A que finalmente responda algo. Pero ella permanece en silencio.

Me alejo de la puerta y me acerco a ella con determinación. Athena retrocede, pero solo hasta que siente la pared del otro lado de la habitación en su espalda.

Apoyo las manos a ambos lados de su cabeza contra la pared e inclino mi cara hacia la suya, de modo que estamos a la misma altura.

El dulce y femenino aroma de Athena fluye hacia mi nariz y hace que mi piel se erice.

Además, sus grandes e intensos ojos brillantes. Su respiración superficial y rápida, bajo la cual sus pechos firmes y turgentes suben y bajan.

Luego está ese atuendo pecaminoso y, al mismo tiempo, angelical.

Suspiro.

Qué tentación tan seductora.

Si no tengo cuidado, no solo perderé la cabeza, sino también el control y haré lo que más le gusta al diablo que hay en mí: robarle la virginidad a Athena.

A mi manera.

20

CLEO



Kingston está tan cerca de mí que puedo sentir su aliento a menta y whisky en mi mejilla.

Esto me pone nerviosa. Más nerviosa de lo que ya estoy. Esto me dificulta encontrar una respuesta a la pregunta de cómo salir de esta situación sin revelarle quién soy.

Una cosa está clara: en cuanto empiece a hablar, me desenmascarará.

Claro, puedo susurrar. Como la última vez, pero eso sería una tontería.

Me quedo callada mientras sigo buscando desesperadamente una salida.

Kingston me pasa el dedo índice por la mejilla, baja hasta la barbilla y me la levanta.

—No tienes que tener miedo. No te haré daño. Al contrario. Quiero ayudarte.

Uf.

Sus palabras suaves hacen que mis rodillas empiecen a temblar y aprieto el trasero contra la pared para no resbalar.

Kingston parece pensar que alguien me está presionando y obligando a estar aquí pero yo estoy aquí por voluntad propia.

Por él.

No puedo decírselo.

Dios, sería absolutamente vergonzoso.

Tal y como está mi situación actual, no me queda otra opción.

¿O sí?

—Por favor, déjame ir. Nadie me obliga a estar aquí —susurro y rezo para que no me reconozca por mi voz.

Por desgracia, conozco a Kingston lo suficientemente bien como para saber que lo más probable es que no acceda a mi petición.

Y así es.

Él niega con la cabeza con decisión y se acerca.

Más cerca.

Demasiado cerca.

Oh, oh.

—Quiero respuestas. Dime por qué haces esto, siendo aún virgen.

—Una vez que tenga sexo, ya no lo seré —contesto en voz baja —. No tiene nada de malo.

Kingston resopla con desdén.

—Yo no lo veo así. Si el hombre con el que tienes tu primera vez no sabe que es tu primera vez, puede hacerte mucho daño, aunque sea inconscientemente. El sexo debería ser justo lo contrario: relajante, satisfactorio, placentero.

—Entonces *deberías* desvirgarme, porque tú sí lo sabes —le digo en un susurro, y me sorprendo a mí misma de mi valentía.

Kingston se queda boquiabierto al oír mis palabras.

Está claro que no le desagrada la idea y que él mismo ya ha pensado en ello.

Entonces, ¿a qué estamos esperando?

—Escucha, Athena. Normalmente solo me acuesto con mujeres experimentadas que saben lo que hacen y lo que quieren. No soy un príncipe azul romántico que te cubrirá de rosas —dice Kingston mirándome fijamente—. Sin embargo, tampoco quiero que te dejes llevar y que un huésped ignorante del *Chateau Noir* te robe la virginidad con dolor. Así que...

—¿Y? —susurro esperanzada.

—Y vamos a negociar.

Parpadeo y me muerdo el labio inferior con expectación. ¿Qué quiere decir Kingston con *negociar?*

—Necesito saber más sobre ti. Necesito verte la cara. Si lo hacemos, no será de forma anónima. Necesito reconocer cada uno de tus movimientos para saber hasta dónde puedo llegar sin hacerte daño.

¿Que vea mi... mi cara?

¡De ninguna manera!

Cuando Kingston descubra quién soy, se va a asustar.

Antes de que pueda responderle, ya me ha puesto las manos en la mascarilla y me la ha tirado por el pelo.

Me quedo helada.

Me da frío. Mucho frío. Luego, como si me hubiera alcanzado un rayo, calor. Hace un calor abrasador.

A Kingston le pasa lo mismo.

Me mira con la boca abierta, atónito, y parece que se le ha olvidado respirar.

—Cleo —dice al cabo de un rato en voz baja—. ¿Qué coño pasa?

Trago saliva. Pero no sirve de nada. Mi garganta sigue pareciéndose al desierto de Atacama.

—¿No es obvio? —murmuro avergonzada y exhalo ruidosamente.

—¿Es *tan obvio* por qué te contratan en el *Chateau Noir* como Playgirl para acostarte con hombres desconocidos? ¿Y eso a pesar de que nunca antes has tenido sexo? No, lo siento. No lo es. Tienes que explicármelo.

Kingston suena enfadado. Y conmocionado. Su voz es cortante.

Bueno... ¿quién puede culparle?

Al fin y al cabo, se acaba de dar cuenta de que no hace mucho tiempo le hizo el amor con la boca y con las manos a la hermana pequeña de su mejor amigo.

La mujer que en realidad está totalmente prohibida para él.

—Estoy aquí por ti —susurro y siento cómo mi corazón se detiene durante dos compases al escuchar esta confesión.

Ahora ya está.

Por fin.

Después de todos estos años.

Y se siente... me escudo en mi interior. Sí, se siente de alguna manera... liberador. Es liberador no tener que esconderse más.

—¿Estás aquí por *mí*? —Kingston repite mis palabras y me mira con cara de desconcierto—. ¿Qué quieres decir?

—Estoy aquí porque quería que me vieras.

Kingston levanta las cejas, irritado.

—Cleo... nos vemos todo el tiempo.

Sacudo la cabeza con resignación. Realmente no tiene ni la más remota idea de los sentimientos que tengo hacia él.

Vaya.

—Quería que me vieras como *una mujer*, Kingston. Como una mujer adulta y atractiva con necesidades. No como la hermana pequeña de tu mejor amigo.

Kingston se queda con la boca abierta. Asombrado, da un paso atrás.

—Mierda, Cleo... ¿no querrás decirme que…?

—¿...que me gustas? Pues sí. Eso es, Cassian. Eso es lo que quiero decirte. Me gustas. Desde la primera vez que te vi.

21

KINGSTON



No recuerdo cuándo me he sentido tan conmocionado y paralizado en mi vida como en ese momento.

Miro atónito a Cleo, que está de pie frente a mí en ese soplo de nada, e intento comprender lo que he oído y visto en los últimos minutos.

Cleo es Athena.

Increíble, pero explica por qué me resultaba tan familiar y tan conocida.

Poco a poco, mi mente se da cuenta de la magnitud de esta catástrofe. Si Cleo es Athena, entonces... entonces significa que me he acostado con la hermana pequeña de mi mejor amigo. Que le he metido los dedos en la entrepierna, sí, en su coño empapado, y que le he chupado con avidez sus tentadoras tetas.

Se me cae la cara de vergüenza.

¡Joder!

¡Joder, joder, joder!

Saint me va a matar. Pero antes me va a castrar.

Exhalo ruidosamente y me rasco el pelo.

¡Esto no puede ser verdad!

¿En qué estaba pensando Cleo?

Se coló a propósito en el *Chateau Noir* para seducirme, porque sabía que nunca lo conseguiría de forma normal.

Sí, vale, al final *yo mismo* fui al club a *verla* y le pregunté si quería acompañarme, pero solo porque no sabía quién era en realidad.

Para mí era un ángel rubio y sexy con un traje de diablo pecaminoso que puso mi polla en un estado de agitación tremendo.

Todo esto nunca habría sucedido si hubiera sabido, o incluso si hubiera sospechado, quién se escondía en realidad detrás de Athena.

—¿Te das cuenta de la mala situación en la que me has metido? ¿Cómo voy a poder volver a mirarle a los ojos a Saint? —le digo furioso.

—Era mi única oportunidad de acercarme a ti —contesta ella—. Y que te gustara divertirte conmigo es indiscutible. En el *Chateau Noir* me viste por primera vez como lo que soy: una mujer adulta con necesidades. Así que mi acción al menos no fue en vano.

Respiro hondo. Luego vuelvo a exhalar, porque estoy a punto de explotar.

—Tu *acción,* como tú la llamas, me ha metido en un lío, Cleo. Me va a costar mucho fingir ante Saint que esto nunca ha pasado. La verdad es que tengo otras preocupaciones. La próxima temporada de fútbol, por ejemplo.

Cleo abre los ojos con indignación.

—¿Quieres fingir que esto nunca ha pasado?

—Por supuesto —respondo con desdén—. ¿Qué otra cosa iba a hacer? Eres la hermana pequeña de mi mejor amigo y, por tanto, tabú. Nada ha cambiado. La amistad con Saint es demasiado importante para sacrificarla por acostarme con su hermana.

Cleo cruza los brazos sobre el pecho, lo que pone perfectamente en escena sus bonitos pechos, que intento dejar de mirar con lujuria a toda costa.

—¿Entonces admites que no te desagradaría tener sexo conmigo?

¿Admitirlo? Claro que no. Aunque sea cierto.

—No hace falta que discutamos eso, porque no está en absoluto sobre la mesa. El hecho es que los dos tenemos que olvidar lo que pasó en el *Chateau Noir* cuanto antes. No ha pasado nunca, ¿entendido? Y que quede claro: no vas a volver a trabajar aquí. Ahora te acompaño a casa, te dejo allí y con esto se acaba esta idea descabellada de una vez por todas. ¿He sido claro?

Cleo entrecierra los ojos enfadada. No le gusta que le den órdenes pero eso no me importa en este momento. Después de lo que se ha permitido, puede dar gracias de que no se lo cuente a su hermano.

Aunque eso sería como entregarme yo mismo al verdugo, se lo merece.

¡Mierda!

Simplemente no puedo ni quiero creer lo que ha hecho y... lo que he hecho yo.

Rechazo con decisión el recuerdo de mi boca en sus tetas y me sueno la nariz.

—¿Podemos irnos ya? —digo tajante, señalando la puerta.



—¿Qué te pasa, tío? —grita Saint cuando el balón de fútbol americano que acaba de lanzar golpea con fuerza mi casco y cae al suelo.

No lo vi venir.

Una vez más.

Hoy estoy más despistado que nunca.

Eso no solo se lo nota a Saint, sino también al entrenador, que se acerca a mí con pasos enérgicos y se planta amenazador ante mí.

—Con ese comportamiento, estarías mejor en el equipo infantil que en el equipo profesional. Sea lo que sea lo que te está jodiendo el cerebro, Kingston, haz que se acabe de una vez. No te pagamos

un sueldo millonario para que hagas el payaso del estadio, ¿entendido?

—Sí, entrenador —murmuro y me agacho para recoger el balón del suelo—. Lo siento, entrenador.

—Deja de disculparte y empieza a jugar. Venga, ¿a qué esperas? ¿A que llueva o qué? —protesta el entrenador y se aleja sacudiendo la cabeza.

Apenas se ha ido, Saint viene hacia mí trotando.

—¿Ha pasado algo, tío? —me pregunta preocupado.

Sí, claro. Le he chupado las tetas a tu hermana y le he acariciado el coño mojado mientras me imaginaba metiéndole la polla y follándola a gusto.

Si lo digo en voz alta, Saint me mata aquí mismo, en el césped.

Por necesidad, le miento a mi mejor amigo y me siento como el último de los capullos.

—Asuntos familiares molestos que me preocupan.

Eso no es del todo mentira. Solo que no se trata de *mi propia* familia, sino de *la suya*.

—Si puedo ayudarte en algo, dímelo, ¿vale?

Asiento y le doy una palmada en el hombro en señal de agradecimiento.

—Ahora sigamos. El entrenador parece que vaya a explotar en cualquier momento —murmuro señalando con la barbilla la línea de banda.

Cuanto menos hable con Saint, mejor.

En su presencia me siento muy incómodo. La única culpable de ello es Cleo.

Gracias a su acción, apenas puedo mirar a los ojos a mi mejor amigo, y mucho menos pasar tiempo con él.

Siento cómo la rabia apenas disimulada hacia Cleo vuelve a surgir en mí.

Todavía no puedo creer lo que ha hecho y lo vehemente que ha defendido su maldita acción.

Como si se viera en lo cierto.

Resoplo enfadado. No es más que una mierda, pero desde luego no tiene razón.

No le sirve de nada que esté prohibido que se vea tan caliente y que huela y sepa igual. Que su cuerpo se haya sentido maravillosamente tierno y perfecto en mis manos tampoco cambia el hecho de que nada de esto debería haber pasado.

—¿Listo? —me grita Saint y me saca de mis pensamientos confusos sobre Cleo, que me superan por completo.

—Listo —le respondo y ahuyento los fantasmas persistentes de mi cabeza.

Al menos por el momento.

No hay duda de que volverán para seguir persiguiéndome sin piedad.

22

CLEO



—¿Qué te pasa, Cleo? ¿Por qué estás tan deprimida desde hace unos días? —me pregunta Faith cuando los últimos clientes abandonan la tienda.

Suspiro con desgana.

—Lo siento. Pensaba que no se me notaba.

Faith sonríe con indulgencia.

—Sería una mala jefa si no me diera cuenta de que algo le preocupa a una de mis empleadas. ¿Te apetece tomar algo? Vamos a la cafetería y charlamos un rato. No tienes por qué decirme qué es lo que te preocupa si no quieres.

Le devuelvo la sonrisa con gratitud.

—Muchas gracias. Acepto encantada tu oferta.

Faith asiente.

—De acuerdo, pues cerremos la tienda y vámonos.

Media hora después, estamos sentadas en el porche de Faith's Café con un té helado y mirando al mar.

—Es Kingston —digo finalmente.

—¿El receptor abierto de los *Hornets de Honolulu*? ¿El mejor amigo de tu hermano?

—Ajá —asiento—. Me gusta desde que mi hermano me lo presentó. Por desgracia, no quiere saber nada de mí.

Faith da un sorbo a su té helado y me mira de reojo.

—¿Porque eres la hermana pequeña de su amigo, supongo?

—Sí —gimo molesta—. Para él siempre fui eso: la hermanita pequeña y mona de su mejor amigo. No se ha dado cuenta de que ahora soy una mujer adulta y de pleno derecho. Que tengo pechos y una vagina, ¿entiendes?

Faith se ríe.

—Claro. ¿Y eso es lo que te preocupa? A mí me parece que este enamoramiento no correspondido lleva años. Entonces, ¿por qué te preocupa tanto ahora?

Me muerdo el labio inferior y me pregunto si puedo confiarle a Faith lo que he hecho. Hasta ahora no se lo he contado a nadie y en realidad quería dejarlo así. Pero hay una voz suave, apenas audible, en mi interior que me susurra que me haría bien confiar en alguien.

Entonces, ¿por qué no en Faith?

Me cae bien y confío en ella. Además, es imparcial y no tiene prejuicios. Podrá darme una opinión honesta y neutral.

Así que reúno todo mi valor y le cuento lo que ha pasado en el *Chateau Noir*.



Faith me mira boquiabierta y sin decir palabra.

Ya conozco esta reacción.

De Kingston.

Faith no parece menos sorprendida que él.

Genial.

Al parecer, con mi acción he metido la pata hasta el fondo.

Yo solo quería despertarlo. A Kingston.

Demostrarle que soy mucho más de lo que él ve en mí.

—Cleo... yo... —balbucea Faith—. Tú... bueno... vaya. Sinceramente, ahora mismo no sé qué decir.

Me recuesto en la silla y miro el sol poniente.

—Entiendo que te cabrees mucho cuando siempre te pasan por alto o no te consideran de pleno derecho, pero sí que has metido en un buen lío al amigo de tu hermano. Y a propósito.

Me estremezco, culpable.

Faith tiene razón. Lo que he hecho no ha sido justo para Kingston.

De alguna manera, aquella noche todo se fue de las manos. No sé qué esperaba, al fin y al cabo, en un club como el *Chateau Noir* siempre se acaba teniendo sexo. Por eso debería haber contado con intimar con Kingston. En el fondo también lo deseaba.

No podía imaginar que se me echaría encima y me llevaría inmediatamente a su reservado privado para hacerme correr.

Claro que no me resistí. Participé de buena gana. Sin duda habría llegado al extremo, porque es exactamente lo que he deseado durante años.

Por supuesto, eso no lo mejora. Tampoco es una disculpa.

Todo el anhelo y el deseo reprimidos de los últimos años se descargaron de repente en esa habitación aquella noche. No pensé, solo sentí.

Maldita sea, se sintió tan bien. Simplemente divino. Cómo me hubiera gustado tener más de eso.

Pero eso ya se ha acabado para siempre.

—Si antes parecía improbable que pudiera interesarse por ti, ahora lo considero casi imposible —confirma Faith compasiva mi propia suposición.

—Sí, lo sé —suspiro y vacío mi vaso—. No estaba destinado a ser.

—¿Sabes qué te ayuda a superar el desamor? —intenta animarme Faith.

La miro con cara de interrogación e interés a la vez, porque cualquier consejo que me saque del pozo depresivo en el que me encuentro ahora me viene de perlas.

—Un ligue. Esta noche hay una hoguera con música en la playa, no muy lejos de aquí. La han organizado unos colegas míos. ¿Por

qué no te pasas? Es la oportunidad perfecta para cambiar de aires. Algunos de ellos son muy guapos y todos están en forma. No tienes por qué encontrar al príncipe azul, pero al menos un poco de distracción.

Inclino la cabeza y reflexiono.

Para ser sincera, no me apetece, pero, ¿por qué no?

De todos modos, no tengo nada mejor que hacer.

Le envio un mensaje a Dara diciéndole que trabajar en *Chateau Noir* no era para mí. Ahora que Kingston me ha desenmascarado, ya no tengo ningún motivo para seguir allí.

Estar en mi habitación deprimida no me ayuda en absoluto.

¿Por qué no aceptar la oferta de Faith y salir un poco?

Faith es muy simpática, así que supongo que sus amigos también lo serán.

—Me encantaría ir —le digo y le pido a Faith que me dé la dirección—. Gracias por dedicarme tu tiempo.

—De nada —me guiña un ojo Faith—. Anímate. Todo irá bien. Ya lo verás. Deja que la vida siga su curso. Forzar las cosas no sirve de nada.

Sí, es verdad.

El ser humano es impotente ante el curso de la vida y la voluntad de la naturaleza. Así que decido seguir el consejo de Faith: dejar que la vida siga su curso y confiar en que todo sucederá exactamente como y cuando debe suceder.

23

KINGSTON



Entro en el estadio de los *San Francisco Flippers* e intento ignorar los gritos de los espectadores: una mezcla de vítores de nuestros fans y abucheos de nuestros oponentes.

A algunos jugadores de fútbol americano ese alboroto les ayuda. Les motiva. Les estimula. Les empuja.

Yo necesito sentir paz interior durante un partido de fútbol americano.

Desconecto de todo lo que me rodea y me sumerjo por completo en mi propio mundo, donde me concentro en lo que de verdad importa: ganar.

Hace un calor bochornoso y está nublado en el sábado por la tarde. El calor es agobiante y hace que a los jugadores se les caigan gotas de sudor por la frente.

Cierro los ojos e inspiro profundamente mientras espero a que se decida qué equipo empieza.

Son los *Flippers*, lo que significa que nuestra defensa sale primero al campo.

Corro hacia la línea de banda y observo cómo se posiciona nuestra defensa y cómo hace lo mismo el ataque de los *Flippers*.

Ahora los *Flippers* tienen cuatro intentos para cruzar la línea de diez yardas y luego anotar tantos touchdowns como sea posible hasta el final del cuarto.

Espero que fracasen ya en el primer obstáculo. Nuestra defensa es fuerte. No se lo pondrá fácil a los *Flippers*, pero nuestros oponentes también están en forma y bien posicionados estratégicamente. Lucharán hasta el último segundo. Eso está bien, porque una victoria es más bonita cuando hay que ganársela con esfuerzo.

En el último intento, los *Flippers* consiguen llegar a la línea de 10 yardas, lo que les permite ir a la caza de puntos durante el resto del cuarto.

Su quarterback es joven y ágil, por lo que los chicos de nuestra defensa se centran principalmente en él.

Le taclean con fuerza y lo derriban bruscamente, por lo que apenas puede avanzar.

Ace Apollon, nuestro quarterback estrella, se va a enfrentar a un trato similar. Una mirada de reojo me dice que él piensa lo mismo y se está preparando mentalmente.

Saint y yo haremos todo lo posible por quitarle el objetivo de encima, llevándole el balón lo más lejos y rápido posible. Para ello, solo tiene que conseguir pasarnos el balón antes de que lo derriben.

—Ataque, preparados —grita el entrenador.

Tomo un último sorbo de la botella de agua, respiro hondo y corro hacia el campo, donde me coloco en posición con los demás jugadores del ataque.

Al igual que los *Flippers* en el cuarto anterior, los *Hornets* tienen que conseguir atravesar la línea de 10 yardas en cuatro intentos. Sólo entonces comienza el juego de carrera. Excepto en los raros casos en los que podemos liberarnos en las primeras jugadas, pero eso es bastante improbable con un rival como los *Flippers*.

Me agacho y me preparo para un combate duro y agotador.

La adrenalina corre por mis venas y me hace sentir como si estuviera en un túnel que empieza a girar en espiral y me concentra por completo en lo que ocurre en la cancha.

¡Vamos *Hornets*!



—Hoy estás mucho mejor que después del partido contra los *Oklahoma Owls* —me toma el pelo Saint al final del partido.

Estamos sentados en una furgoneta con las ventanillas tintadas y nos llevan a un restaurante cerca del famoso Fisherman's Wharf en el centro de San Francisco, donde el entrenador ha organizado una cena con pescado fresco para el equipo antes de volver al aeropuerto y a Hawái más tarde.

—Esto se debe a que hoy no hemos jugado como los últimos idiotas —gruño.

De hecho, hemos ganado por poco a los *Flippers.* Solo lo hemos conseguido porque cada jugador ha dado lo mejor de sí mismo y hemos formado un equipo digno de ser mostrado.

—¿Tienes planes para el fin de semana? —me pregunta Saint mientras toca algo en su reloj deportivo.

—Nada del otro mundo. ¿Y tú?

—La jefa de Cleo organiza una competición benéfica de surf y Cleo quiere que me presente. Por una buena causa y tal. Sacar fotos, firmar autógrafos... cosas así.

—Y has aceptado porque crees que así podrás ganarte a Faith Tanner para poder meterte en sus bragas más rápido. ¿Tengo razón?

Saint sigue jugando con su reloj y, aunque intenta sonar enfadado, se nota claramente la diversión en su voz.

—No es exactamente así.

—¿Entonces cómo es?

Levantó las cejas divertido.

Por fin deja en paz su reloj de pulsera y me mira.

—Mis padres dicen que Cleo está últimamente siempre con un tipo. Creen que están saliendo. He descubierto que es uno de los surfistas que frecuentan el café de Faith. Este evento es la excusa perfecta para investigar un poco más a fondo al tipo. Sobre todo porque Cleo me ha invitado a mí.

—¿Cleo... está saliendo con alguien? —exclamo sorprendido.

No sé por qué me sorprende tanto. Al fin y al cabo, sé por experiencia propia lo sexy y atractiva que es.

—Eso parece. ¿Quieres venir conmigo a investigar a ese tipo?

En realidad, no es una buena idea porque hace solo unos días que puedo volver a mirar a Saint a los ojos sin sentirme mal por haberme tirado a su hermana, aunque fuera inconscientemente.

Para superar ese trauma y no dañar más mi amistad con Saint, debería mantenerme alejado de Cleo. Lo más que pueda.

—Voy contigo —me oigo decir en contra de mi decisión racional.

No es buena idea.

Y, sin embargo, estas palabras salen claramente de mi boca.

¡Mierda!

¿Qué demonios?

No sé por qué tengo tantas ganas de acompañar a Saint.

O sí... ¿lo sé?

¿Es posible que no me dé completamente igual con quién sale Cleo?

¿Es posible que no quiera que pierda su virginidad con un imbécil cualquiera?

¿Y es posible que la sucia y absolutamente prohibida idea de desvirgarla yo mismo siga rondando en lo más profundo de mi mente?

Si es así, estoy en un aprieto mucho mayor de lo que quiero admitir.

24

CLEO



Para hablar con mi hermano de los detalles del próximo evento benéfico, me tomo la molestia de ir al estadio de los *Hornets de Honolulu*.

Últimamente, debido a sus entrenamientos diarios y a los constantes partidos fuera de casa, apenas lo veo.

En realidad, debería alegrarme de ello porque si no veo a Saint, tampoco me encuentro con Kingston.

Aunque me duele saber que nunca llegaremos a ser más de lo que pude experimentar en el *Chateau Noir*, tal vez sea mejor así.

Cuanto menos me lo encuentre, más fácil me resultará quitármelo de la cabeza.

No es que esta estrategia haya funcionado en el pasado. Después de todo, mi estancia en San Diego tampoco logró el resultado deseado. He decidido intentarlo de nuevo con el *quitármelo de la cabeza*. Esta vez con la certeza de que Kingston me rechazó de forma rotunda.

No me quiere.

Al menos no como yo lo quiero a él.

Lo dejó más que claro.

Si durante mi estancia en San Diego aún tenía la esperanza de que algo pudiera surgir entre nosotros, ahora la he enterrado.

Me siento con mi hermano en el pequeño bistró de los *Hornets* y hablo con él sobre el desarrollo del evento y las expectativas que tenemos puestas en él.

Fue idea de Faith incluirlo y, aunque al principio no me entusiasmó la idea, tengo que darle la razón en que un invitado sorpresa famoso en la playa de Haleiwa no puede hacer daño.

—Hola —saludo a mi hermano y le doy una palmada en el brazo —. Buen partido en San Francisco.

—Gracias —murmura y se sienta frente a mí.

La camarera se acerca a nuestra mesa y pedimos lo que queremos, mientras yo extiendo mis documentos sobre la mesa frente a Saint.

—Parece muy profesional y complicado —se sorprende.

—Bueno, no es una minucia, sino un evento que hay que tomarse en serio para la protección del medio ambiente frente a la costa de Hawái.

Saint se muerde el labio inferior y asiente.

—Entiendo.

—¿Te estás burlando de mí o qué?

Me recuesto en la silla y cruzo los brazos sobre el pecho.

—De ninguna manera. Me parece genial que te comprometas tanto con esto. ¿Te queda tiempo para tu vida privada además de tu trabajo?

—Pellizco los ojos y miro a Saint con recelo. Su tono de voz es demasiado inocente para que la pregunta suene casual.

—¿Qué quieres preguntarme en realidad, hermanito?

Saint pone una mueca y cruza las manos detrás de la cabeza.

—¿Tan fácil es adivinar lo que pienso? —se ríe.

—Eres mi hermano. He tenido que aguantarte desde que nací. ¿Qué te crees?

—Vale. Mamá y papá dijeron que hay alguien en tu vida.

Inclino la cabeza y entrecierro los ojos un poco más.

—Claro que sí. Están mamá, papá y tú —me hago la tonta a propósito.

Saint pone los ojos en blanco.

—Un chico. Dijeron que estabas saliendo con alguien.

La camarera nos trae las bebidas y espero a que se vaya para responderle a Saint.

—No es asunto tuyo, pero como sé que no vas a dejar de preguntar: sí, he conocido a alguien. Pero *salir juntos* es decir demasiado. Me parece simpático. Nada más. Quizás surja algo más, quizá no. De momento, simplemente pasamos tiempo juntos de vez en cuando. Como amigos normales.

Ahora le toca a Saint entrecerrar los ojos.

Parece que no está seguro de si creerme o no.

Yo le estoy diciendo la verdad.

En la hoguera a la que me invitó Faith, me encontré con Tim y estuve hablando con él un buen rato. Parece simpático. No hay ningún enjambre de mariposas como el de Kingston, pero puede que estén volando y aún no hayan aterrizado.

Para ser sincera, no sé mucho de esto porque, desde que me interesan los hombres, solo he tenido ojos para Kingston.

—¿Me lo presentarás en el evento? ¿Estará allí?

Ajá. Así que de ahí viene el viento.

—Por eso has aceptado venir al evento. No porque tengas un buen corazón y te interese el medio ambiente, sino para hacerme sombra.

Saint se echa a reír a carcajadas.

—Siempre tan dramática, hermanita. Sabes que tengo un corazón de oro. El bienestar del medio ambiente es lo primero para mí. El resto es secundario.

—Claro —gruño molesta porque no me creo ni una palabra de lo que dice Saint.

—Dale las gracias a mamá y a papá. Ahora no te enfades, vamos a hablar de lo que tienes que hacer por mí. Tengo otra cita más tarde y tengo que irme ya.



Después de despedirme de Saint, espero a Tim delante del estadio.

He venido en autobús porque mi coche no me ha funcionado esta mañana y mi padre se ha ofrecido a echarle un vistazo por la tarde. Ha sido una odisea que ha durado una eternidad porque he tenido que hacer dos transbordos.

Tim se ofreció a recogerme y llevarme a casa.

Ya lleva veinte minutos de retraso y aún no ha leído el mensaje que le envié.

¿Le habrá surgido algo?

Estoy mirando de nuevo el móvil cuando un coche se detiene a mi lado. Levanto la vista contenta, porque supongo que es Tim pero cuando veo el flamante coche de lujo aparcado en la acera, mi risa se desmorona como un castillo de naipes con una ráfaga de viento.

Kingston.

Justo él.

El cristal tintado del coche de lujo se baja y aparece Cassian Kingston, con unas gafas de sol de espejo en la nariz.

—Hola —saluda—. ¿Qué haces aquí?

Me acerco al coche y me apoyo en el marco de la ventana para no tener que gritar por la calle.

—He quedado con mi hermano —le informo.

—¿Y por qué estás ahora delante del estadio como si te hubieran pedido que fueras y no te hubieran recogido?

Paso incómodamente de un pie a otro. No quiero que Kingston se entere de que Tim me ha dejado plantada.

—Estoy esperando a que alguien me lleve.

—¿Has pedido un Uber o qué? —insiste.

—Algo así —murmuro.

—¿Qué pasa con tu coche?

Me encojo de hombros.

—Está en huelga.

—¿Y adónde quieres ir? ¿A casa?

—Asiento.

—Pues cancela el Uber. Yo te llevo.

Me sobresalto y niego con la cabeza enérgicamente. ¿En un coche con Kingston? ¿En un espacio tan reducido? ¿Después de todo lo que ha pasado entre nosotros? No me parece una buena idea.

—Gracias por la oferta, pero prefiero esperar.

Kingston se quita las gafas de sol y levanta una ceja.

—Tu hermano se va a enfadar mucho si te dejo aquí, así que sé buena chica y sube, Cleo.

—¡Y una mierda! —gruño desdeñosamente y me alejo del marco de la ventana.

—Si otra vez solo vas a hablar de mi hermano, déjame en paz, Kingston, ¿vale? No puedo oírlo más. Y no quiero.

—Cleo —me llama Kingston—. Vamos, ya sabes lo que quiero decir.

—Sí, lo sé. Ahí está el problema. En todo lo que tiene que ver conmigo, lo único que te importa es la amistad con mi hermano. Siempre se trata de él. Nunca de mí.

—Eso es una tontería —contesta Kingston y se baja del coche. Rodea a toda velocidad su bólido y corre tras de mí—. Quédate quieta, Cleo.

Así lo hago.

No porque sea una esclava de sus órdenes, sino porque sería infantil huir de él. Y si hay algo que no soy, es infantil.

Estoy enfadada y molesta, sí, pero si hay algo que llevo años intentando desesperadamente demostrarle a Kingston, es que ya no soy una niña, sino una mujer adulta.

—Quiero que llegues sana y salva a casa, Cleo. Esto no tiene nada que ver con mi amistad con Saint, sino únicamente con que me importas, ¿de acuerdo? Así que ven conmigo y deja que te lleve —susurra mientras me agarra suavemente de la muñeca.

En ese momento, las mariposas que brillan en ausencia en Tim vuelan por mi estómago y hacen que todo se tambalee.

Mierda.

Demasiado para *desamor.*

En ese momento, siento cómo vibra mi móvil en el bolsillo del pantalón. Lo saco con la mano libre y descubro un mensaje de Tim.

Lo siento, me he retrasado y no llegaré hasta dentro de media hora. Lo siento. Te compensaré, dice.

Suspiro.

Parece que mi coche compartido acaba de estropearse.

No tengo tiempo para esperar otra media hora aquí. Le he prometido a Faith que haría algunos preparativos para el evento, que encargaría folletos y que me pondría en contacto con la banda. No podré hacerlo si tengo que quedarme aquí otra media hora.

Por mucho que me pese, no me queda más remedio que aceptar la oferta de Kingston y dejar que me lleve a casa.

Desbloqueo el móvil y le escribo a Tim para decirle que he encontrado otro coche.

Luego me giro hacia Kingston, que me mira por encima del hombro con las cejas fruncidas.

¿Habrá leído en secreto lo que le he escrito a Tim?

En cualquier caso, no parece muy contento, y eso que hasta hace un momento parecía estar de muy buen humor.

—¿De verdad te parece bien llevarme? —le pregunto—. Para tí es un poco lejos.

Kingston me agarra con más fuerza la muñeca y, sin mediar palabra, me arrastra como a un neandertal hasta su coche.

Supongo que eso es suficiente respuesta.

25

CLEO



Hoy es el día del evento benéfico que ha organizado Faith, así que llevo desde primera hora de la mañana ayudando a Faith y al resto del equipo con los últimos preparativos.

Cuando llegan los primeros invitados, hacia las cinco de la tarde, estoy agotadísima. Y eso que esto no ha hecho más que empezar.

—Si quieres, puedes darte una ducha rápida y refrescarte —me ofrece Faith.

Acepto agradecida la oferta y corro a las duchas, donde dejo que el agua fría refresque mi piel y cierro los ojos por un momento.

Un error.

Como suele suceder cuando hago eso, Kingston aparece ante mis ojos.

Kingston, mientras conduce despreocupadamente su rugiente coche deportivo por las calles de Oahu y parece tan relajado y tranquilo como si nunca hubiera pasado nada entre nosotros.

Ni él ni yo mencionamos los acontecimientos del *Chateau Noir* aquella tarde.

Kingston parecía hablar en serio cuando dijo que debíamos olvidar cuanto antes nuestro precario encuentro.

Al parecer, lo consiguió sin problemas.

Yo, por desgracia, no.

Todavía sueño con sus manos sobre mi cuerpo y con su boca en mis pechos.

Abro los ojos de golpe y sacudo la cabeza.

Ahora no es ni el momento ni el lugar para pensar en Kingston.

Además, he quedado con Tim después del evento. Queremos ir a algún sitio a cenar juntos, porque aquí seguro que no voy a tener tiempo.

¿Por qué no puedo levantar ni una sola mariposa en presencia de Tim?

Es simpático. Divertido. Con sentido del humor. Parece que realmente se interesa por mí.

Las condiciones óptimas para una relación.

En realidad.

Por desgracia, falta la chispa que encienda la llama. Hay mucha leña, pero ni un solo fósforo para encenderla.

Me visto rápidamente, me arreglo el pelo y me maquillo con moderación, ya que estoy bastante bronceada gracias a las muchas horas que he pasado al sol.

De buen humor, me uno a los primeros invitados y ayudo en lo que puedo.

Al cabo de un rato, descubro a Saint. Con unos pantalones cortos y una camiseta informales, se me acerca y me sonríe con una media sonrisa.

—Aloha —me grita—. Menudo jaleo hay aquí.

—Faith ha conseguido que dos guardias de seguridad te acompañen por encargo de su padre. Se encargarán de que nadie se te acerque demasiado. Como hemos avisado de tu visita, seguro que habrá algunos fans entre los asistentes. No queremos correr ningún riesgo.

El padre de Faith es dueño de una empresa de seguridad privada para la que también trabajó la novia del quarterback de los *Hornets*. Esto nos facilita enormemente la tarea de garantizar la seguridad de los VIP.

—Gracias —dice Saint y mira a su alrededor—. ¿No crees que debería hablar antes con Faith? Al fin y al cabo, es su evento y

quiero asegurarme de que cumplo con sus expectativas.

Me contengo una sonrisa y asiento con seriedad, porque no quiero enfadar a mi hermano. Hoy no. No en este evento tan importante.

Está claro que Faith Tanner le ha tomado el pelo.

Pobrecito. Porque con Faith no va a conseguir nada. Pero mejor no se lo digo.

—Ven, te llevaré hasta ella —le digo en su lugar y busco a Faith con la mirada.

Luego los dejo solos y vuelvo al trabajo.

Hace un tiempo estupendo y el calor de la mañana se va transformando a medida que avanza la tarde en una agradable sensación térmica. El suave viento vespertino que acaricia mi piel y el aroma a agua de mar, palmeras y barbacoa completan la estimulante sensación de felicidad que solo el verano es capaz de provocar.

El tiempo vuela en un abrir y cerrar de ojos y, antes de que me dé cuenta, el evento está llegando a su fin.

Entre barbacoas, acrobacias de surf, música, entrevistas, rifas y sesiones de fotos, el evento se convierte en un éxito total. Incluso el periódico local está allí para informar sobre ello.

Me alegro mucho por Faith. Para ella, la protección del mar y de sus habitantes animales es extremadamente importante. Por supuesto, a mí también me importa, pero Faith es una con el agua. Vive para el agua y con el agua. Por lo tanto, es algo muy importante para ella y estoy orgullosa de poder contribuir a ello.

Entre los invitados que aún están presentes, veo a Tim, que se acerca a mí y me rodea amigablemente los hombros con el brazo.

—¿Podemos irnos ya?

—Miro a mi alrededor con expresión inquisitiva.

—Creo que no tardaremos mucho más. Dame media hora más.

—No hay problema. ¿Puedo hacer algo útil?

Niego con la cabeza.

—Eres muy amable, pero no hace falta. Diviértete.

Doy otra vuelta y, cuando me detengo frente a la tienda de surf de Faith, descubro a Saint hablando con Tim.

Oh, no.

Esto no puede ser verdad.

Y lo que es aún peor: los dos no están solos.

Kingston también está con ellos.

No sabía que él también iba a venir al evento. En cualquier caso, no me había fijado en él. Tampoco es que hubiera prestado atención. Al fin y al cabo, no contaba con él y estaba muy ocupada.

Después de preguntarle a Faith una vez más si todavía me necesitaba y de que ella me despidiera agradecida, me uno al grupo de tres que sigue allí donde los acababa de ver juntos.

—Podemos irnos —informo a Tim y asiento brevemente a Kingston y a mi hermano.

—Nos estamos divirtiendo mucho. Quédate un rato más. Ahora que se han ido todos, esto está muy tranquilo —contesta Saint, cuya inquisición evidentemente aún no ha terminado para Tim.

Bueno, mala suerte para él.

Tiene que aprender de una vez por todas que mi vida amorosa no es asunto suyo. Yo tampoco me meto en la suya.

Bueno, vale. A veces, tal vez.

Pero definitivamente no le digo con quién puede salir y con quién no. Debería tomar ejemplo de mí.

—Faith te estaba buscando. Será mejor que vayas a verla. Seguro que quiere darte las gracias —le miento y ni siquiera me siento mal por ello.

Quizá porque sé que a Saint le vale cualquier excusa para estar cerca de Faith.

De hecho, funciona.

Saint mira a su alrededor en busca de algo y se pone en marcha.

—No quiero hacer esperar a Faith. Seguro que está agotada y se alegrará de irse a casa.

Sin embargo, en lugar de acompañar a mi hermano, Kingston se queda donde está. Su mirada se posa sobre mí de forma insondable, pero no dice una palabra.

La intensidad de su mirada láser me hace sentir muy incómoda.

Me siento como si hubiera hecho algo prohibido. Por una vez, no es así.

No hay razón para sentirse atrapada.

Sin embargo, me siento de esa manera.

—No sabía que también vendrías —le digo sin compromiso, porque no quiero dejarlo plantado.

—Tenía mis razones —responde lacónicamente, sin dejar de mirarme fijamente, mientras ignora por completo a Tim.

—Entiendo —murmuro—. Bueno, pues... nos vamos. Nos vemos.

Kingston se limita a asentir, pero ahora su mirada se desvía de mí hacia Tim.

—Asegúrate de que esta vez sí que vuelva a casa. Si la vuelves a dejar plantada, tendrás un problema. Y será conmigo. ¿Está claro?

Me sonrojo avergonzada mientras Tim se pone tenso a mi lado.

—No ha sido a propósito. Me han retenido... —intenta explicarse.

—Me da igual —le corta Kingston—. A una mujer como Cleo no se la hace esperar. Recuérdalo.

—No pasa nada —intervengo—. A veces surgen imprevistos. Lo entiendo.

—Yo no lo veo así —me contradice Kingston, entrecerrando los ojos con malicia.

—Como tantas otras cosas —le susurro y me doy la vuelta—. Vámonos, Tim.

No sé por qué de repente estoy tan irritada y furiosa pero lo estoy.

¿Quizá porque Kingston se atreve a hacerse el protector, aunque no tiene ningún derecho a hacerlo?

¿Por qué se permite juzgar a Tim, aunque no lo conoce?

¿Por qué se atreve a amenazar a Tim y casi me hace sentir tan avergonzada que me hundo en el suelo?

¿Qué es lo que se propone?

Exhalo con irritación mientras me dejo caer en el asiento del copiloto del coche de Tim y cierro la puerta de un golpe.

—Oye —susurra Tim con tono conciliador mientras me acaricia la mejilla con el dedo—. Pareces muy estresada.

—Lo estoy —gruño—. Siento que mi hermano y Kingston te hayan hecho pasar un mal rato.

—No pasa nada —dice Tim, inclinándose hacia mí.

De repente, está muy cerca de mí. Demasiado cerca.

—Sé cómo puedo hacer que te relajes —sonríe y empieza a besarme el cuello sin que se lo pida, mientras su mano se desliza hacia mi rodilla y de ahí entre mis muslos.

Me pongo rígida y estoy demasiado sorprendida por este acercamiento repentino e inesperado como para moverme.

—Llevo tanto tiempo esperando poder hacer esto por fin —murmura Tim en mi cuello—. Me has puesto tan cachondo todo este tiempo.

Su mano sigue deslizándose por mi muslo mientras su boca se acerca a mi oreja.

—T... Tim —balbuceo—. Yo... esto... no quiero, ¿vale? —por fin consigo salir de mi estado de shock.

Lo que está haciendo no me gusta. No está bien. No quiero que me bese. Que me toque. Así no.

—Eres de las tímidas. Ya me he dado cuenta. Pero no temas. Te gustará —me susurra prometedoramente al oído e interpreta la piel de gallina que se extiende por mi cuerpo como un signo de placer y excitación. Se ríe en voz baja y se pasa la mano libre por ella.

Mi mano, por el contrario, busca el pomo de la puerta.

Tengo que salir de aquí.

Inmediatamente.

Me entran náuseas y todo empieza a dar vueltas.

El aire está viciado y es muy fino. Siento calor y se me traba la garganta. Me retumba el estómago y me suda la piel.

El corazón me late con fuerza y de repente mi cabeza se vuelve loca y me transporta directamente de vuelta a San Diego. O, más concretamente, a mi infierno personal.

Cada vez más desesperado, busco el pomo de la puerta. No lo encuentro. Mi mano tiembla y está empapada en sudor. Además, mi cabeza zumba y no puedo orientarme, ni siquiera sé a qué altura está el pomo de la puerta.

Ahora soy incapaz de hablar. Si no, le pediría a Tim que parara porque él entiende mi silencio como un consentimiento, lo que le anima a seguir. A seguir besándome. A seguir tocándome.

Cierro los ojos, solo para volver a abrirlos de par en par poco después porque cuando cierro los párpados, veo lo que pasó en San Diego.

Mi peor pesadilla, que se repite aquí.

Golpeo el cristal del coche con la palma de la mano.

Necesito aire.

Aire.

Estoy a punto de asfixiarme, pero, curiosamente, no sale ni un solo sonido de mi garganta.

Es como si no tuviera voz.

Y eso es lo que debería hacer precisamente: hablar. Hablar. Gritar. Hacerle entender a Tim con insistencia que no quiero esto.

Pero mi voz se ha tragado y mis miembros han perdido toda su fuerza.

Estoy a punto de caer en el vértigo cuando de repente siento una corriente de aire en el pelo y al momento siguiente me sacan a rastras del coche.

¡Aire!

Por fin.

Mi salvación.

26

KINGSTON



Vago de mal humor y absorto en mis pensamientos hacia el aparcamiento donde está mi coche cuando, por el rabillo del ojo, oigo algo que me parece extraño.

Mi mente no se da cuenta, pero mi instinto sí.

Levanto la vista y descubro una mano que se aprieta con fuerza contra el cristal del viejo Chevy aparcado en segunda fila.

Aunque en realidad no es asunto mío, me acerco al coche y descubro, para mi horror, a Cleo, que intenta escapar del interior del coche presa del pánico mientras Tim la ataca.

Por un momento me quedo paralizado, pero luego todo sucede muy deprisa: de un tirón abro la puerta del coche, agarro a Cleo y la saco fuera.

La levanto en brazos, compruebo que todavía respira y la llevo directamente a mi coche.

Por suerte, hoy he venido con mi todoterreno. Así puedo tumbarla en el asiento trasero para que esté cómoda y su circulación vuelva a ponerse en marcha.

Subo al coche y le hablo en voz baja. Dejo la puerta abierta para que entre aire fresco.

—Cleo, cariño. Todo va bien. Estoy aquí. No tengas miedo.

Cleo respira muy rápido. Está a punto de sufrir un ataque de pánico. ¿Qué diablos está pasando aquí?

Me giro hacia el coche del que la he sacado y veo a Tim acercándose.

Salto del coche en un abrir y cerrar de ojos y me pongo delante de Cleo para protegerla. No se acercará más a ella, eso seguro.

—¿Qué coño le has hecho? —le grito furioso.

Tim parece sorprendido y también algo horrorizado. No me parece el tipo de persona que viola a mujeres indefensas, pero algo ha salido muy mal aquí y debería haberse dado cuenta de que a Cleo no le gustaba lo que le estaba haciendo.

En lugar de parar, simplemente ha seguido.

—Solo quería meterle mano y darle un besito —se justifica—. Pensé que ella también quería.

—Si no sabes la diferencia entre una mujer excitada y una asustada, será mejor que te dejes la polla en los pantalones, joder.

—Lo siento, tío... ella no ha dicho *que no*. Al menos no del todo. Pensaba que solo era tímida.

—¿Te fijas solo en lo que dice tu pareja cuando tenéis sexo o qué? Maldito inútil. Dale gracias a Dios que no te estoy dando una paliza ahora mismo. Ahora lárgate antes de que cambie de opinión.

Tim levanta las manos en señal de calma y retrocede lentamente.

—Está bien. Tranquilo. No te preocupes.

—Tranquilo, ya te daré yo —gruño amenazador—. Y que quede claro: no vuelvas a acercarte a Cleo, o nos veremos las caras. ¿Entendido?

Tim asiente con un movimiento imperceptible, sube a su coche y se aleja a toda velocidad levantando una nube de arena con sus neumáticos.

Menudo perdedor de mierda. Encima un novato arrogante y egoísta.

Vuelvo a subir al coche, donde Cleo ya se ha recuperado. Está sentada en el asiento trasero, con la cara enterrada entre las manos. Está temblando de miedo.

—Oye —susurro suavemente—. Tranquila, cariño. Estoy aquí.

—No es culpa suya —sequea con resignación—. Tim no ha hecho nada malo.

—Te tocó aunque no querías. Cleo, cariño, ha hecho muchas cosas mal, créeme. No tienes que defenderlo.

—Pero no le dije claramente que no quería. Yo... simplemente no pude. Quería, pero mi voz... se me fue. No pude decir nada.

La rodeo con mis brazos y la estrecho contra mi pecho.

—Una mujer no tiene por qué decir nada para que un hombre se dé cuenta de que no le gusta lo que está haciendo. El lenguaje corporal de una mujer dice mucho de cómo se siente, ¿sabes?

Cleo guarda silencio, pero no se me escapa.

La suelto un momento para cerrar la puerta detrás de mí y así evitar miradas indiscretas. Luego la rodeo con los brazos de nuevo y la abrazo hasta que su cuerpo deja de temblar y su respiración se calma.

—¿Ya estás mejor? —susurro en su pelo y apoyo la barbilla en su coronilla.

Nunca se lo mostraría, pero esta situación también me ha afectado mucho. Ver a Cleo tan asustada y en pánico me ha provocado una náusea sorda que solo se me va poco a poco, sabiendo que Cleo ya está mejor y a salvo.

Cleo asiente en silencio y se separa de mí.

—Lo siento. No quería causarte problemas.

Le quito de la cara un mechón de pelo que se le ha pegado a la mejilla y le sonrío con indulgencia.

—Tú no eres el problema aquí. No has hecho nada malo, ¿vale? Por favor, deja de decirte eso a ti misma.

Cleo se frota la cara y suspira.

—Hay... hay una razón por la que he reaccionado de forma exagerada en lugar de decirle a Tim claramente que no quiero hacerlo.

Sus palabras me hacen prestar atención.

¿Y cuál es esa razón?

—¿Quieres contármela? —insisto cuando Cleo deja de hablar.

—Aquí no —murmura.

—Vale. Entonces vamos a mi casa. Pido algo de comer y hablamos. No discutas —le respondo, pero espero unos segundos para asegurarme de que no estoy presionando a Cleo con mi propuesta.

Me mira con los ojos muy abiertos y traga saliva.

—¿A tu casa? ¿Estás seguro? Yo... nunca he estado en tu casa.

—Siempre hay una primera vez. Y el italiano que hay a la vuelta de la esquina hace la mejor pizza, así que vamos.

Abro la puerta trasera del coche, salgo y ayudo a Cleo a bajar, antes de abrirle la puerta del copiloto y esperar a que se abroche el cinturón. Luego voy al lado del conductor, me subo y arranco.



Cleo está sentada en el sofá de mi salón y mira a su alrededor con interés.

—Qué bonito tienes esto —dice con admiración.

Prefiero no decirle que se lo debo únicamente al buen gusto de una empresa de decoración, porque no tenía ganas de ocuparme yo mismo de ello.

En su lugar, me limito a sonreír y le entrego la carta del restaurante italiano que hay cerca de mi casa.

—Elige lo que quieras.

Cleo me quita el folleto, y su mano roza la mía y se queda un momento demasiado tiempo en ella.

Aunque me doy cuenta, no le retiro la mano. Y eso que debería.

Me carraspeo y voy a la cocina a por bebidas.

—¿Qué quieres beber? —le pregunto y cojo una cerveza de la nevera.

—Da igual —me contesta, lo que me hace sonreír.

—*No importa*, lo siento —le digo, y cojo una Coca-Cola. Esto hará que su nivel de azúcar en sangre vuelva a la normalidad, aunque ya me parece mucho más en forma que una hora antes.

Cuando vuelvo a la sala de estar, le doy la Coca-Cola a Cleo y pido nuestras pizzas al italiano.

Luego me siento con ella en el sofá y la miro expectante.

—Bueno... ¿me vas a decir por qué hoy has reaccionado con tanto pánico?

Cleo se cruza de brazos y se cubre los muslos desnudos con la manta de lana que solo uso cuando me quedo dormido delante de la tele viendo el fútbol.

—¿Tienes frío? —le pregunto mientras la examino meticulosamente.

Lleva pantalones cortos y una camiseta sin mangas. En realidad, es un conjunto perfecto para el verano hawaiano pero ya es tarde y el aire acondicionado de mi apartamento está encendido.

—No pasa nada —susurra mientras se frota los brazos.

Me dirijo a mi dormitorio y cojo una sudadera con capucha del armario, que le tiendo con gesto amable. Observo pensativo cómo se la pone.

Llevar a Cleo a mi casa no estaba planeado. Nunca llevo a una mujer a mi casa.

¿Por qué precisamente a Cleo?

Podría haberla llevado a casa o haberla invitado a un restaurante. ¿Por qué a mi casa?

Porque sabes que aquí está a salvo, oigo una voz suave en mi interior.

Y sí, es cierto. Saber que Cleo está a salvo es de suma importancia para mí. Esta necesidad de protegerla... ya estaba ahí cuando mi mente no tenía ni idea de que se escondía en el *Chateau Noir* tras la máscara de Athena. Pero mi intuición... ella debía saberlo. Por eso he sentido esta íntima confianza hacia ella.

La conozco. Es importante para mí.

Me dejo caer en el sofá y espero pacientemente a que Cleo empiece a hablar.

—Yo… —empieza, pero luego se interrumpe y aprieta los labios avergonzada.

Respira hondo y me mira directamente a los ojos. Brillan con tanta intensidad como el agua frente a Waikiki bajo el sol radiante

del mediodía.

Siempre me llamó la atención, pero nunca me había permitido sentirme atraído por esos ojos. Verla como lo que es: fascinante.

—Ya sabes que estoy colada por ti desde que mi hermano nos presentó —dice Cleo, ruborizándose.

Solo asiento y no respondo nada, porque este conocimiento todavía me deja alucinado. Normalmente me doy cuenta cuando una mujer está interesada en mí. Con Cleo... no tenía ni idea, lo que quizás se deba a que nunca he considerado que pudiera estar interesada en mí. Después de todo, soy el mejor amigo de su hermano mayor.

—Otros tipos nunca me han interesado. Por eso me he desarrollado tarde en *ciertas cosas*.

—¿Sexo? —pregunto con cautela, a lo que Cleo responde con un sonido de asentimiento.

—Por ejemplo, sí. Siempre quise hacerlo contigo. Y así ha ido pasando un año tras otro sin que pudiera adquirir experiencia en este sentido.

Me quedo callado porque no sé qué responder.

—Cuando me fui a San Diego, me propuse dejarlo atrás de una vez por todas.

Y ahí está de nuevo... esa frase de mierda que me saca de quicio: *dejarlo atrás.*

La primera vez no se deja atrás así como así.

Sí, vale, por lo general el sexo no tiene un significado profundo para mí. Tengo sexo intrascendente para satisfacerme mental y físicamente. Nada más.

En otras palabras: no hago el amor, follo.

Cuando se trata de la primera vez, especialmente con una mujer... entonces no debería ser algo intrascendente.

Que Cleo lo vea de otra manera me enfurece de verdad.

Ella es especial. Por lo tanto, su primera vez también debería ser especial, y el que se la dé también. Aunque en realidad es más bien al revés: no es el tipo que la desvirga el que le da algo, sino Cleo a él.

Su virginidad. Su inocencia. Su confianza. Su entrega. Su deseo. Su pasión.

Joder, eso es un regalo más grande que la Pascua, la Navidad y el cumpleaños juntos.

¿Y ella simplemente quiere *superarlo*?

¡Ni hablar!

—Había un chico. Un compañero de trabajo. Salimos juntos y nos acercamos físicamente. Una noche, por fin me atreví. Se lo hice saber pero cuando estaba en su cama y estábamos a punto de hacerlo, de repente me sentí fatal. Yo quería parar, pero él no.

Siento cómo se me agarrotan las manos, que tengo apretadas en puños.

Por un lado, no quiero oír todo eso. No quiero oír cómo Cleo fue acosada sexualmente contra su voluntad.

Por otro lado, *tengo que* oírlo para no volverme loco de rabia y furia. *Tengo que* saber que ella logró salir ilesa de aquello.

Me quedo embelesado escuchándola y me obligo a seguir actuando tranquilo y sereno para no poner a Cleo más nerviosa de lo que ya está.

—Sentí como si tuviera que luchar por mi vida hasta que por fin me dejó en paz. Luego me insultó llamándome frígida y reprimida. Que primero lo enciendo para luego no dejarlo. Que no sé lo que quiero. Me dijo que me fuera de su apartamento y de su vida y me dejó en la puerta desnuda. Después me tiró la ropa.

Exhalo con un silbido e intento digerir lo que acabo de oír.

Es increíble la cantidad de gilipollas que hay en el mundo, ya sea en San Diego o en Hawái.

Que una mujer, por el motivo que sea, cambie de opinión y no quiera tener sexo no es motivo para insultarla y echarla de casa sin preocuparse de si llega bien a casa.

Estoy tentado de preguntarle el nombre y la dirección de ese tipo para poder visitarlo y darle una buena paliza.

Por eso estoy dispuesto a soportar el vuelo de seis horas a San Diego.

Ante la expresión de tristeza de Cleo, pospongo esta propuesta para más adelante.

Me levanto y me arrodillo ante ella para encontrarme con su mirada, que está clavada en el suelo.

—Hoy debe haber sido un auténtico déjà vu para ti —susurro y le acaricio la mejilla—. Siento que hayas tenido que pasar por esto. Ninguna mujer debería pasar por eso. Y mucho menos varias veces.

—En cierto modo, es culpa mía...

—No lo es —la interrumpo enérgicamente.

—En cuanto a Trey, el primer tipo, le dije que lo quería.

—Y luego cambiaste de opinión porque no te sentías bien. Y eso está perfectamente bien. Es más: es valiente que le dijeras que parara. La mayoría de las mujeres simplemente lo aceptarían y se sentirían mal toda la vida solo por querer complacer a un hombre.

Cleo suspira y se mira las manos.

En ese momento suena el teléfono de casa y el conserje me informa de que ha llegado nuestra comida y que la dejará en la puerta.

Miro a Cleo con ánimo y la levanto del sofá.

—Vamos, comamos. El mundo se ve mucho mejor con pizza. Ya verás.

En su rostro aparece una pequeña sonrisa al oír mis palabras. La primera en mucho tiempo. Y no puedo describir lo feliz que me hace.

27

KINGSTON



Después de comernos hasta la última miga de la pizza en el salón, nos relajamos y bostezamos al unísono.

Le guiño un ojo a Cleo y sonrío.

—¿Cansada?

—El estómago lleno y el largo día se notan —sonríe disculpándose—. Debería irme a casa.

—Es tarde. ¿Por qué no te quedas esta noche? Por supuesto que te llevaré a casa, pero con lo cansada que pareces, un poco de sueño te sentaría mejor que un viaje en coche por la isla.

Los ojos de Cleo se abren sorprendidos y yo también me quedo asombrado de mi propuesta, que en el fondo es inapropiada.

Otra vez.

Primero invito a Cleo a mi casa y luego le ofrezco quedarme a dormir.

¿Hola?

¿Qué me pasa?

¿Y por qué demonios me parece mal y a la vez me parece totalmente bien?

—¿Estás... estás seguro de que te parece bien? —balbucea perpleja.

—Si no, no te lo habría ofrecido.

Cleo se queda en silencio un momento y luego asiente.

—Está bien. Solo les enviaré un mensaje a mis padres para que no se pregunten dónde estoy.

Me estremezco de culpa Porque el comentario de Cleo me hace pensar en Saint y en que probablemente no le gustaría nada que su hermana se quedara a dormir en mi casa.

Pero ahora que se lo he ofrecido, no puedo rechazarla.

—¿Les vas a decir que te quedas a dormir en mi casa? —le pregunto con cautela.

Si es así, estoy bastante seguro de que Saint aparecerá por aquí en un santiamén. No se lo digo a Cleo.

—No quiero meterte en problemas. Le diré que me quedo a dormir en casa de unos amigos, que es más o menos la verdad.

—Vale, me parece bien.

Normalmente no soy partidario de mentir, pero en este caso creo que es mejor ser parco con la verdad.

—Te enseñaré el baño y el dormitorio —le digo a Cleo cuando cuelga el móvil—. Esta noche dormiré en el sofá.

Cleo se muerde el labio inferior pensativa y parece estar reflexionando sobre mis palabras.

—¿No te parece bien? —insisto con delicadeza.

—Sí, claro. Pero, ¿podríamos ver una película juntos? Tengo miedo de quedarme despierta durante horas y no poder descansar. Si, por el contrario, veo una película hasta que se me cierran los ojos, me ahorro el eterno carrusel de pensamientos.

Frunzo el ceño, irritado, porque esta característica la comparto con Cleo. Yo también prefiero quedarme dormido mientras veo la televisión en lugar de dejarme dominar por pensamientos desagradables.

—De acuerdo —digo, aceptando su propuesta, y le paso el mando a distancia—. Elige lo que quieras ver.

Cleo sonríe con picardía.

—Qué valiente eres.

—Confío en ti, así que el riesgo es asumible —digo entre risas y tengo que admitir que disfruto mucho de la compañía de Cleo.

Tiene sentido del humor y se parece a mí en muchos aspectos más de lo que soy capaz de admitir.

No lo sé desde hoy, pero hasta ahora siempre he hecho caso omiso de este conocimiento. Ahora que está sentada a mi lado, esta estrategia resulta casi imposible.

Cleo elige una película de acción que ya he visto al menos tres veces, pero que no me canso de ver. Ella no es diferente, porque se sabe algunos de los diálogos de memoria.

Le doy la manta y ella la extiende sobre nosotros. En realidad, debería resultarme extraño, sobre todo después de habernos acercado tan inoportunamente en el *Chateau Noir*. En cambio, me resulta extrañamente familiar. Acogedor. Cómodo. Cariñoso.

Sin embargo, *cariñoso* no es una palabra que suela utilizar en mi repertorio.

No soy un maldito osito de peluche.

Inconscientemente, pongo el brazo alrededor de los hombros de Cleo y, perdido en mis pensamientos, le acaricio el brazo con el pulgar mientras me dejo arrullar por la pantalla de la televisión y el cansancio y la tensión del día se van disipando a medida que pasan los minutos.

Una mirada de reojo a Cleo me confirma que ella se encuentra igual.

No para de parpadear para mantener los ojos abiertos. Sus párpados pesan como plomo y se hunden cada vez más.

Observo el espectáculo divertido durante un rato, hasta que yo también pierdo la batalla contra mis párpados de plomo y me quedo dormido.



Quiero darme la vuelta porque me duele la espalda, pero hay algo que me bloquea el paso.

Lo toco porque aún no estoy preparado para despertarme y noto algo suave y cálido en mi cuerpo.

¿Qué es?

Abro los ojos con un gruñido y miro sorprendido a Cleo, que yace dormida junto a mí, acurrucada en el sofá.

Tardo un momento en recordar por qué estoy en el sofá. Encima con Cleo.

Entonces vuelven los recuerdos de ayer. De lo que pasó esta noche.

Cómo la encontré. Asustada. Aterrorizada. Indefensa.

Le acaricio la mejilla enrojecida por el sueño con el dedo índice y suspiro suavemente.

¿Qué me pasa?

Estoy aquí, en el sofá, con la hermana pequeña de mi mejor amigo, muy cerca de ella, y hasta me gusta.

Me gusta el calor que irradia y que se transmite sin fisuras a mi cuerpo. Me gusta cómo sus sensuales curvas se acurrucan confiadas contra mí y cómo su pierna se posa posesivamente sobre mi muslo. Disfruto del dulce y seductor aroma de su cabello, que fluye hacia mi nariz y me inunda los sentidos.

Cleo emite sonidos de satisfacción que me hacen pensar que disfruta de mi atención.

En contra de la voz de mi conciencia que me pide que deje de tocarla inmediatamente, sonrío y sigo acariciando a Cleo.

Me gusta demasiado tener a este gatito ronroneando en mi pecho como para dejarlo.

Sobre todo porque, a diferencia de la atención que Tim le prestó anoche, ella parece disfrutar al máximo.

Lo noto en su rostro relajado, en sus suspiros suaves y en su cuerpo, que se acurruca aún más contra mí.

Me quedo un rato en la misma postura y me conformo con acariciar a Cleo por la mejilla y el pelo mientras estudio atentamente sus rasgos.

En algún momento, Cleo abre los párpados y parpadea, despertando del mundo de ensueño en el que se encontraba hasta ahora.

—Hola —murmura frotándose los ojos aún adormilados—. ¿Nos hemos quedado dormidos?

—Eso parece —sonrío—. ¿Cómo has dormido? ¿Estabas cómoda?

Cleo se sonroja y se separa de mí.

—Lo siento. No quería entrometerme.

—No te preocupes. ¿Qué tal? ¿Te apetece desayunar?

Me incorporo y me levanto del sofá para distraerme de la idea de que preferiría seguir acurrucado en el sofá con Cleo.

En primer lugar, no me gusta acurrucarme y, en segundo lugar, mucho menos con Cleo.

Estoy empezando a dudar de mi cordura.

—¿Puedo ducharme antes? —pregunta Cleo y también se levanta.

—Claro. El baño está ahí. Debería haber todo lo que necesitas. Excepto ropa de recambio. Lamentablemente, no puedo prestártela, a menos que me la pidas prestada.

Cleo entra descalza en el baño mientras yo voy a la nevera y busco algo que sirva para desayunar.

Encuentro zumo de naranja, huevos, tostadas y queso. Al menos es mejor que nada.

Me concentro en la preparación mientras hago todo lo posible por ignorar el agua que corre desde el baño hacia mí y los pensamientos asociados a una Cleo desnuda.

Cuando oigo cómo se abre la puerta y escucho unos pasos que se acercan con determinación, me giro hacia Cleo con dos platos llenos, pero por los pelos no dejo que nuestro desayuno se estrelle contra el suelo.

Delante de mí está Cleo, con nada más que una toalla blanca y ajustada alrededor del cuerpo.

—¿Puedes enseñarme dónde están tus cosas para que pueda tomar prestado algo? —dice con un tono muy inocente. Pero el brillo en sus ojos delata su intención. Algo se trae entre manos. La pregunta es: ¿qué?

Me carraspeo y dejo los platos en la encimera de la isla de la cocina.

—Claro. Ven conmigo.

Voy delante y me doy prisa para que Cleo no pueda abrirme la puerta y no tenga que mirarme más. Y... para que no se dé cuenta del bulto que se me ha formado en los pantalones al verla tan atractiva.

Cuando entro en mi dormitorio, se me ocurre que habría sido mejor decirle a Cleo que me esperara en la cocina en lugar de seguirme hasta mi habitación.

Ya es demasiado tarde.

Me acerco al armario, lo abro y cojo la primera camiseta que veo y los pantalones cortos que están encima.

—Toma.

Me giro hacia Cleo y se los tiendo.

Cleo sonríe y extiende los brazos hacia ellos, pero se le cae la toalla al suelo.

¡Joder!

Espero que se agache apresuradamente y se cubra de nuevo, pero no lo hace.

Simplemente se queda ahí de pie y me mira.

Esperando. Acechando. Desafiándome.

Como si quisiera descubrir algo por sí misma.

Trago saliva y me niego a apartar la vista de su rostro. Cuanto más tiempo nos quedamos aquí frente a frente, más ganas tengo de hacer precisamente eso.

—Deberías ponerte algo encima —le digo con voz ronca y apretando los puños.

—Y *tú,* deberías dejar de fingir que no te gusto. El tronco de árbol que llevas en los pantalones te delata, Kingston —contesta Cleo.

Sollozo.

—¡Maldita sea, Cleo! ¿Qué te pasa? Aunque fuera así, no cambiaría mi actitud. Y tú sabes por qué.

Cleo tira la ropa a la cama, se sube las manos a las caderas y se acerca.

Mierda.

No tengo ni idea de cuándo se ha desafiado tanto mi firmeza.

—Mírame, Kingston. Mírame, maldita sea —grita Cleo y se detiene justo delante de mí.

Sigo mirándola fijamente a los ojos.

—Deja de jugar —susurro con voz ronca—. Estás jugando con fuego. No tienes ni idea de lo mucho que puedes quemarte.

—Para que conste —susurra Cleo—. Para mí esto no es un juego, sino algo muy serio. ¿Crees que me divierte seguir siendo virgen a mis casi veintitrés años? Es tan humillante, Kingston. El único que podría cambiarlo me ignora a mí y a mis deseos. No es justo.

Me enervo ante las airadas palabras de Cleo y me distancio de ella.

—¿Qué quieres decir? Con *el único que podría cambiar eso,* quiero decir.

—¿Por qué crees que no consigo acostarme con otro hombre, Kingston? ¿Eh? Te lo diré. Porque eres el único hombre con el que quiero hacerlo. Te *quiero a ti*. Siempre te he querido. Quiero que *seas tú* el primero. Quiero que *tú seas* mi primero. Pero me tratas como si fuera la peste y el cólera en una sola persona.

Cleo se frota el rostro con cansancio y se aparta de mí.

Observo su espalda grácil y curvada y su trasero en forma de manzana, que se perfila sin fisuras debajo.

Clementine Saint es, sin duda, hermosa y está muy buena.

Que una mujer como ella, con casi veintitrés años, aún no haya disfrutado del amor físico es un auténtico desperdicio.

Le tomo del brazo y le impido que salga de la habitación.

—Una noche —digo, impulsado por mi instinto, antes de que mi mente siquiera empiece a comprender lo que significan estas palabras.

Cleo se gira lentamente hacia mí y me mira incrédula.

—Te daré lo que deseas, Cleo. Te mostraré durante una noche cómo se siente volar. Te lameré, te acariciaré y te haré el amor. Pero solo por una noche. Y solo porque no quiero que vuelvas a meterte en una situación como la de anoche. Quiero asegurarme de que tu primera vez sea como te mereces: especial y única. Después no volveremos a hablar de ello y me olvidarás de una vez por todas, ¿de acuerdo?

Miro fijamente a Cleo y me aseguro de que mis palabras le han llegado.

—Bueno, ¿qué me dices? ¿Tenemos un trato?

Cleo se toca nerviosamente el escote.

—Y... ¿dónde...? Quiero decir... ¿lo hacemos *ahora mismo*? ¿Aquí?

Me señala la cama, pero yo sacudo la cabeza.

—Esta noche. Te recogeré del trabajo y vendremos a mi casa. Aquí estaremos tranquilos y, para entonces, tendré tiempo suficiente para hacer todos los preparativos necesarios.

—¿Preparativos? —pregunta Cleo insegura.

—Sí. Como ya he dicho: quiero que vivas una primera vez perfecta. De principio a fin. No se trata solo del sexo, sino también de todo lo que lo rodea.

Extiendo la mano y asiento con la cabeza a Cleo.

—¿Entonces? Te lo pregunto de nuevo, ¿tenemos un trato?

Cleo se muerde el labio inferior y deja que su mirada pase de mi mano a mi rostro.

—Trato hecho —susurra y sonríe feliz mientras agarra mi mano y sella nuestro acuerdo con un apretón de manos.

Ahora me toca tragarme el sapo.

Ya presiento que estoy en camino de cavarme mi propia tumba.

Solo es una noche, me digo para calmarme. *Tú le estás cumpliendo a Cleo su deseo más profundo, para que por fin pueda superarte y seguir viviendo su vida sin ti.*

Lo curioso es que, al pensar en ello, siento un dolor sordo en el pecho. Y debería sentir justo lo contrario: alivio.

¿O no?

28

CLEO



Decir que estoy hecha un manojo de nervios es quedarse corto.

Corro por la tienda como una gallina asustada intentando pasar el día, que transcurre con agonizante lentitud, relativamente indemne.

Por un lado, me alegro de que el tiempo pase así. Por otro lado, no puede ir lo suficientemente rápido porque estoy deseando que llegue la noche tanto como la estoy temiendo.

Le pido a Faith un descanso más largo para comer y me voy corriendo a casa, donde me preparo para la noche con Kingston.

Me doy una larga ducha, me afeito a conciencia y me hidrato.

Después tengo que volver al trabajo durante unas horas, pero al menos me siento cómoda y femenina.

Preparo un pequeño bolso para la noche y me paso demasiado tiempo pensando en qué ponerme. Probablemente no me ponga nada la mayor parte del tiempo. Al fin y al cabo, de eso se trata esta noche.

Quiero estar guapa, aunque no quiero dar la impresión de que me visto especialmente para Kingston. Como yo, quiero que mi atuendo parezca informal y fresco. Aunque Kingston y yo sabemos que no soy exactamente así.

Opto por una falda vaquera y una camiseta de tirantes. Un conjunto que también me pondría para una tarde informal en la playa. Casual y sexy, pero no exagerado.

Además, sandalias con tacón de cuña. Ni demasiado altas ni demasiado planas.

Satisfecha con mi elección, lo meto todo en el bolso y conduzco de vuelta al trabajo, donde termino la tarde con dificultad.

Aún no me creo la suerte que he tenido.

Supongo que es lo que se llama una bendición disfrazada.

Hasta ayer, pensaba que era imposible que Kingston se liara conmigo. ¿Y ahora?

Ahora mi vida ha dado un giro de ciento ochenta grados de un día para otro.

Me prohíbo pensar en cómo serán las cosas entre nosotros después de esta noche juntos porque Kingston sólo me prometió una noche.

Habría sido una estúpida si hubiera rechazado la oferta, pero en secreto sé que no será suficiente para mí.

Estrictamente hablando, seré exactamente la misma después de esta noche que antes. Con un cambio significativo: ya no iré por la vida siendo virgen. Ya no tendré que fantasear con lo que se siente al ser amada por Kingston. Después de esta noche, finalmente lo sabré.

—¿Estás bien, Cleo? Hoy pareces un poco ausente —Faith me saca de mis pensamientos.

Me quito un mechón de pelo de la cara y sonrío disculpándome.

—Supongo que aún no me he recuperado de lo de ayer.

Faith resopla divertida.

—No eres la única pero tuvo el efecto deseado,así que valió la pena el esfuerzo.

—Estoy muy contenta —digo, y lo digo en serio. Faith ha puesto tanto empeño y trabajo en este acontecimiento que habría sido una pena que no hubiera caído como una bomba.

—Tengo que agradecérselo a tu hermano, entre otras cosas. ¿Se lo dirás la próxima vez que lo veas? —pregunta Faith, que de

repente parece un poco nerviosa. Tal vez me lo estoy imaginando. ¿Por qué iba a estarlo?

—Claro que se lo diré —le prometo y vuelvo mi atención al siguiente cliente. Faltan dos horas para el cierre. No es que esté contando los minutos.

Más bien los segundos...



Aunque Kingston quería recogerme, he acordado con él que iré yo misma.

Mejor prevenir que curar.

Su total lealtad a mi hermano me molesta, pero la respeto. Bueno... hasta cierto punto.

Para que no se meta en líos porque alguien le esté viendo recogerme del trabajo, prefiero conducir yo y reunirme con él en su casa.

Aparco el coche en el aparcamiento subterráneo del complejo de apartamentos. Con todos los coches aparcados allí, no creo que nadie se dé cuenta. Además, conduzco un coche barato y corriente en el que nadie se fijará.

Después de mi turno, me ducho en los vestuarios de la playa para quitarme el sudor del día y me cambio rápidamente.

Me miro en el espejo lleno de vapor y noto el fino rubor que adorna mis mejillas.

Estoy emocionada. Y de qué manera.

El corazón me late fuerte y desbocado en el pecho. Aunque fui capaz de mantener mi mente alejada de la inminente velada mientras trabajaba, mis pensamientos no giran ahora en torno a otra cosa.

Ha llegado el momento.

Por fin ha llegado el momento que tanto anhelaba.

Debería estar saltando de alegría y corriendo por la autopista hacia Waikiki a trescientos kilómetros por hora. Para mi asombro, me tomo mi tiempo.

Sólo ahora me doy cuenta de lo mucho que esto significa para mí y de lo mucho que lo he anhelado todos estos años.

El sueño... se ha hecho realidad.

Pero, ¿y si no estoy preparada?

¿Y si lo he llevado demasiado lejos?

Quiero decir... Kingston es el mujeriego por excelencia. Ciertamente ha intentado todo lo posible en la cama. ¿Y yo? ¿Qué he hecho yo?

Casi nada.

Entonces, ¿qué tengo para ofrecerle?

¿Qué puedo darle para que esta noche sea especial, no sólo para mí, sino también para él?

Me humedezco los labios secos y me retoco el carmín.

Me tiemblan las manos y respiro hondo para calmar mis nervios cuando el pitido de mi móvil me hace dar un respingo.

Lo saco del bolsillo de la falda y veo en él un mensaje de Kingston.

Déjate llevar
Conmigo estás en buenas manos.
Te lo prometo.
Hasta pronto.
K.

Leo el mensaje una vez más y acaricio cariñosamente la pantalla con el dedo índice.

Es casi como si Kingston hubiera adivinado lo que me pasa por dentro...

Este conocimiento me da seguridad y confianza y me infunde nuevo valor.

Vuelvo a guardar el móvil en el bolsillo y me miro por última vez en el espejo. Intento memorizar mi cara.

La próxima vez que me mire al espejo, algo fundamental habrá cambiado en mí.

29

KINGSTON



Cuando el conserje me informa de la llegada de Cleo me acerco a la puerta, la abro y espero, apoyado en el marco, a que llegue el ascensor.

Cleo, que no esperaba que la estuviera esperando en la puerta, se sobresalta al darse cuenta de que la estoy observando mientras se alisa la ropa al salir del ascensor.

—¿Qué tal? —le sonrío, invitándola a entrar—. ¿Todo bien?

—Cleo asiente y se cuela en el apartamento.

Cierro la puerta y la sigo.

Deja su pequeño bolso en el suelo y se gira hacia mí.

—Yo... bueno, no sé muy bien cómo va esto —susurra ruborizándose—. ¿Debería ir al dormitorio y desnudarme?

Sonrío, porque nunca había visto a Cleo tan tímida. Normalmente es una chica muy valiente y segura de sí misma que le dice lo que piensa a todo el que quiere o no quiere oírlo.

Verla ahí, tan insegura, delante de mí, tocándose la ropa, es algo muy dulce.

Al parecer, la avergüenzo. Eso me halaga.

No hay razón para ello.

Porque es sexy. Sensual. Seductora. Y muy atractiva.

Eso es exactamente lo que quiero demostrarle esta noche.

Una cosa a la vez. Al fin y al cabo, esto no va a ser un polvo rápido, sino una velada memorable.

—Has trabajado todo el día y yo he tenido un par de sesiones de entrenamiento bastante duras. ¿Qué tal si primero comemos algo? He cocinado.

Cleo levanta las cejas incrédula.

—*¿Tú* cocinas?

—Solo en ocasiones especiales y solo para personas especiales.

Acorto la distancia que nos separa y le rodeo la cintura con el brazo.

—He puesto la mesa en el balcón. Ven, te lo enseño.

Salimos juntos y le acerco la silla a Cleo para que pueda disfrutar de las vistas de Waikiki y del mar en la dorada luz del atardecer.

Entonces entro para sacar del horno las lasañas que he preparado para nosotros. No soy muy buen cocinero, pero las lasañas se me dan de maravilla.

Reparto los platos, sirvo el vino y brindo por Cleo.

—Por una tarde estupenda y una noche aún mejor.

Cleo traga saliva y se esfuerza por sonreír.

—Salud —murmura y se bebe la copa casi de un trago—. ¿Qué tal te ha ido hoy con Saint?

Agito el líquido rojo en mi copa, perdido en mis pensamientos, y suspiro.

—No mencionemos el nombre de tu hermano durante el resto de la noche, ¿vale?

Hacer con Saint como si todo estuviera bien cuando en realidad estoy a punto de acostarme con su hermana ha sido una de las tareas más difíciles que he tenido que afrontar en mi vida.

Me sentí como si estuviera traicionando a mi mejor amigo. Yo odio a los traidores. Así que, estrictamente hablando, ahora también debería odiarme a mí mismo.

Eso lo dejo para mañana. Entonces, estoy seguro, no podré mirarme a la cara, y mucho menos a Saint.

Comemos en silencio durante un rato, absortos en nuestros pensamientos, mientras observamos cómo el sol naranja se hunde

lentamente en el horizonte.

Solo cuando el sol desaparece por completo en el mar, limpio nuestros platos y lleno nuestras copas.

—¿Nos sentamos allí? Es más acogedor.

Señalo con la barbilla el sofá de la esquina al otro extremo del balcón, sobre el que hay un dosel que protege del sol durante el día.

—Claro —dice Cleo y se adelanta.

La sigo y me doy cuenta de que deberíamos pasar a la parte íntima de la velada. Normalmente nunca me tomo tanto tiempo, pero hoy lo hago muy conscientemente, muy despacio, para que Cleo se sienta segura.

No quiero arriesgarme en absoluto a que se sienta incómoda o presionada.

Se sienta en el sofá y yo me siento justo a su lado.

Con indiferencia coloco un brazo detrás de ella en el respaldo y me giro hacia ella.

—¿Sigues segura de que quieres esto, Cleo? También podemos simplemente pasar una tarde relajada juntos y charlar.

—Quiero esto contigo. Aquí y ahora.

Asiento.

—Vale. Pero si cambias de opinión, puedes decírmelo en cualquier momento. Y créeme: aunque no digas nada, me daré cuenta si algo no va bien. Así que puedes dejarte llevar. Cuidaré de ti y no haré nada que no quieras.

—Lo sé —susurra, y me coge la mano, que roza su hombro—. Por eso precisamente quiero que seas tú.

—Acojo sus dedos entre los míos y los aprieto suavemente.

—Si es así, me gustaría besarte ahora. ¿Te parece bien?

Cleo sonríe descaradamente y sus ojos brillan. Es la primera vez esta noche que veo destellos de su carácter tan intrépido y astuto.

—¿A las otras mujeres con las que te acuestas normalmente también les preguntas si puedes besarles antes de hacerlo? —me toma el pelo.

—Esta noche soy un caballero. Solo por ti. Deberías disfrutarlo y callarte en lugar de burlarte —me defiendo sonriendo.

Mis dedos recorren el delicado esternón de Cleo, bajan hasta su cuello, su barbilla y llegan hasta su boca. Acaricio sus labios carnosos y ligeramente abiertos y disfruto de cómo se abren aún más con mi caricia y la lengua de Cleo los lame con nostalgia.

Con un ronroneo primitivo, me inclino, cierro mi boca con la suya y devoro sus dulces labios con un beso exploratorio.

Cleo inclina ligeramente la cabeza hacia atrás y abre aún más la boca. Quiere más. Quiere que la penetre con la lengua y que pruebe cada rincón de ella.

Cambio de posición y le toco la cara con las manos mientras sigo besándola sin parar y me pongo cada vez más cachondo.

Siento cómo se me hincha la polla en los pantalones y la intención de hacerlo despacio y con cariño se ve desplazada por un deseo primario de satisfacción.

Dejo a Cleo con prisas, lo que ella responde con un sonido de protesta.

—Entremos. No puedo contenerme más —le confieso y la tomo de la mano.

La llevo directamente a mi dormitorio, donde Cleo se queda atónita en el umbral de la puerta.

—¿Esto es... para mí? —pregunta perpleja.

Señala el ramo hawaiano de flores rosas, amarillas y verdes que hay sobre la cama. Al lado, en la mesilla de noche, hay una jarra de champán helado y fresas con nata.

La luz está atenuada y un aroma floral a hibisco y orquídea llena la habitación, que, al igual que la suave música de fondo, pretende ser a la vez relajante y estimulante.

Me coloco detrás de Cleo y bajo mis manos por su cintura.

—¿Te gusta?

—Sí, mucho. Pero no habría sido necesario —susurra ella, apoyando la cabeza en mi pecho.

—Sí. Lo ha sido. Esta noche me regalas algo increíblemente valioso. Por eso quiero regalarte algo a ti también, aunque no sea tan valioso.

Cleo se gira hacia mí y se pone de puntillas para besarme.

—Gracias —murmura en mis labios y me atrae la cabeza hacia ella.

La dirijo besándola hacia mi cama y le hago una señal para que se tumbe en ella antes de rodar sobre ella, seguir besándola con delicadeza y acariciarle el vientre al mismo tiempo.

Cleo disfruta y se retuerce bajo mis caricias, así que me animo y deslizo la mano bajo su camiseta, donde mi piel desnuda se encuentra con su piel desnuda.

—Más arriba —me pide Cleo gimiendo—. Mis pechos. Por favor, tócalos.

Respiro hondo y le subo la camiseta de tirantes para tener libre acceso a su vientre y a sus pechos. La camiseta lleva un sujetador incorporado, así que ya no hay tela que se interponga entre Cleo y sus dulces y firmes clementinas.

—Mmm —gruño con placer y lamo sus rojas cerezas—. Claramente he aterrizado en el paraíso.

Cleo arquea la espalda y me ofrece sus pechos.

—Más —suplica—, por favor, dame más.

Su excitación es tan real. Tan pura. Tan inocente.

Simplemente celestial.

Pongo mi boca sobre su pecho derecho y lo chupo con deleite. Con la mano libre masajeo su otro pecho y, al hacerlo, paso el pulgar una y otra vez por su botón erguido, que se contrae con nostalgia bajo mis caricias.

La respiración de Cleo se vuelve superficial y rápida. Pequeños suspiros de placer y un gemido de dolor se mezclan con la suave música de fondo.

Levanto la cabeza y me aseguro de que todavía lo está disfrutando.

Y, por Dios, lo está disfrutando.

Me mira con una mirada llena de deseo y parece tan embriagada y satisfecha como si fuera completamente feliz.

Lo mejor está aún por llegar.

No puedo evitar esbozar una pequeña sonrisa y me arrastro hacia ella.

—Entonces vamos a ver lo rápido que llegas, cariño —murmuro junto a su boca y le muerdo suavemente el labio inferior.

Mi lengua se desliza en su cálida y ligeramente abierta cavidad y es recibida con alegría por la lengua de Cleo. Empezamos un baile apasionado y nos perdemos en el beso, de modo que Cleo no se da cuenta de mi mano en sus bragas hasta que separo sus labios vaginales y deslizo mi mano por su hendidura.

Ella gime en mi boca y me da un escalofrío.

Empiezo a frotarla en círculos pequeños y casi exploto de lujuria en mis pantalones porque Cleo está tan húmeda como solo una virgen puede estarlo.

Aun así, no voy a penetrarla.

Todavía no.

Primero voy a hacerla correrse solo con mis dedos para que se relaje y se dilate por el centro.

Sigo besándola posesivamente mientras mis dedos frotan cada vez más rápido su perla húmeda e hinchada.

—Kingston —jadea junto a mi boca—. Me corro.

—Entonces, ven —susurro y con mi mano libre le agarro la barbilla para que no pueda apartar la mirada de mí—. Ven por mí, cariño.

Cleo se levanta y grita mi nombre, abrumada. Un escalofrío recorre su cuerpo y hace que tiemble una vez más bajo mis dedos.

Aprieto mi boca contra la suya para absorber sus gritos de placer y saborear su éxtasis.

Agotada, se deja caer sobre las sábanas y se tapa la cara con las manos.

—Lo siento —susurra entre los dedos separados—. Quería contenerme, pero no pude.

—¿Por qué lo sientes? Eso solo demuestra lo buen amante que soy. Y como ya me he acostumbrado, vamos a seguir.

Abro el botón y la cremallera de la falda de Cleo y la bajo junto con sus bragas hasta los tobillos, de modo que queda completamente desnuda frente a mí.

Qué calor.

Con gran expectación, le abro las piernas, me las pongo sobre los hombros y me deleito con el brillante y bien abierto centro de Cleo, que espera con un olor delicioso a que se lo lama.

Cleo se apoya en sus antebrazos y me mira con ojos vidriosos.

—¿Es la primera vez que te la chupan, cariño? —le pregunto.

Cleo asiente, lo que me hace sentir como el hombre más afortunado del mundo.

¿Qué clase de suertudo soy para que precisamente a mí me toque besar su dulce e inocente coño?

Lamo su raja con la lengua y tengo que cambiar de postura porque mi polla casi se corre al ver a Cleo, que echa la cabeza hacia atrás y lanza un largo gemido.

¡Madre mía!

Tranquilo, chico. Todavía no está dentro, me digo a mí mismo.

Dedico toda mi atención al centro necesitado de Cleo y me limito a escuchar lo mucho que le gusta cuando juego con ella.

No pasa mucho tiempo y vuelve a correrse.

Me encanta que confíe tanto en mí y que consiga entregarse por completo a mí. Sus orgasmos instantáneos son el mejor cumplido que puede hacerme.

—Creo que ya estás lista —susurro después de que su respiración se haya calmado de nuevo y me acuesto a su lado, donde me doy la vuelta y acaricio su mejilla—. Todavía puedes decir que no, Cleo. ¿De acuerdo?

Cleo quita mi mano de su mejilla y la besa.

—Quiero esto, Kingston. Contigo.

—De acuerdo —digo y me aparto de ella para coger el paquete de condones que compré especialmente para esta noche. Pero Cleo pone su mano en mi vientre y me detiene.

—Me gustaría sentirte por completo, Cassian. Sin que haya nada entre nosotros. Yo uso anticonceptivos y... sé que tú también los usas siempre. ¿Te parece bien?

La miro sin palabras durante un momento.

Entiendo por qué es tan importante para ella. Es más personal. Más íntimo. Más cercano. Más real. Nos hace parte del otro.

Hasta ahora nunca lo había pensado. Nunca había sentido la necesidad de estar tan cerca de una mujer.

Hasta ahora. Hasta que Cleo me hizo esta petición y me miró con sus grandes ojos brillantes de esperanza.

¿Cómo iba a negarme?

Imposible.

Si Cleo lo desea, se lo regalaré. Le doy mi consentimiento y me apresuro a ignorar lo que eso significa. Ahora no es el momento de enfrentarse a ello.

—Todavía llevas puesta la ropa —sonríe Cleo—. ¿No sería mi trabajo quitártela?

—Entonces ven y hazlo —la animo, agradecido por el oportuno cambio de tema, y la observo fascinado mientras se arrodilla y se inclina hacia mí.

Acerco su cabeza a la mía y la beso.

Disfruto mientras sus manos se deslizan bajo mi camisa y la suben. Levanto los brazos y Cleo me la quita del cuerpo. Luego empieza a jugar con mis vaqueros y me los baja.

Apareció mi polla dura y cargada hasta el tope.

—¿Puedo tocarla? —susurra Cleo con asombro, y esta pregunta casi me vuelve loco.

Tomo su mano y la pongo alrededor de mi miembro erecto.

—Joder —murmuro con voz ronca, aunque ella no hace más que rodearlo con la mano.

Con mi mano alrededor de la suya, empiezo a frotar lentamente mi polla de arriba abajo.

Se forman gotas brillantes de placer y deseo en la punta y siento cómo el orgasmo se acumula en mi interior demasiado rápido.

—Para —digo con los dientes apretados—. Si no, me corro.

Cleo se detiene y mira mi polla.

—¿Es normal? —se pregunta—. Quiero decir, ¿tan poco hace falta para que un hombre se corra?

—Esta noche nada es normal, cariño, créeme —resoplo divertido.

De hecho, no tengo ni idea de por qué reacciono tan violentamente ante Cleo, pero estoy tan excitado que incluso una

navaja de afeitar nueva parece completamente inservible en comparación.

Aprieto suavemente a Cleo contra los cojines y me tumbo medio sobre ella.

—¿Sigues segura, Cleo? —susurro junto a sus labios mientras estudio atentamente su reacción.

Los ojos de Cleo brillan y un resplandor se apodera de su rostro.

—Sí —confirma lo que su cuerpo ya me había revelado.

Le doy un beso en la frente y me coloco suavemente sobre ella.

—Bien. Lo haré despacio y con cuidado. Te lo prometo.

Cleo abre las piernas para que pueda colocarme en su centro y penetrarla.

Me cuesta todo mi esfuerzo introducir mi polla en ella a cámara lenta en lugar de hundirme en su centro estrecho y húmedo con un golpe liberador. La sensación de estar dentro de ella es tan abrumadoramente buena que me gustaría soltarme y derramarme en ella al instante.

Cleo está estrecha, pero gracias a los dos orgasmos está tan húmeda que puedo penetrarla sin problemas hasta el pequeño punto de resistencia.

Salgo de ella y avanzo una vez más hasta el punto que vamos a cruzar juntos.

Cada vez que me deslizo lenta y cuidadosamente en ella, el cálido centro de Cleo se expande. Siento cómo Cleo se moja aún más y la excitación aparece en ella.

Cierra los ojos, deja caer la cabeza relajada en la almohada y deja de pensar. Se entrega a mí. Confía en mí. Siente y disfruta.

—Me haces sentir de maravilla —le susurro excitado al oído—. Me encanta cómo lo aprietas con tu dulce coñito.

Cleo abre los párpados temblorosos y me mira con sus ojos azules velados.

—Quiero sentirte más dentro de mí. Por favor.

—Lo harás —le prometo y bajo mi boca a la suya.

En el momento en que nuestras lenguas se unen en una danza voraz, me introduzco por completo en Cleo. Mis manos rodean las suyas. Le proporcionan la seguridad necesaria. Y el apoyo necesario.

Siento cómo se disipa la resistencia y me hundo en ella hasta el fondo.

Agotado por la tensión, dejo caer mi frente contra la de Cleo y me detengo un momento.

—¿Estás bien? —le pregunto sin aliento y siento su corazón latiendo en mi pecho al unísono con el mío.

—Más que bien.

En la voz de Cleo hay una sonrisa que me anima a seguir moviéndome dentro de ella.

Cleo me rodea las caderas con sus piernas y me suelta las manos. Me acaricia la espalda con las uñas sin descanso, lo que me produce un cosquilleo en el cuero cabelludo.

Nuestra respiración agitada se mezcla con la música melódica que flota sobre nosotros y nos impulsa con seguridad hacia la infinita vastedad de la galaxia, donde poco después y casi al mismo tiempo nos deshacemos en polvo de estrellas.

30

CLEO



Kingston está tumbado sobre mí respirando con dificultad. Nuestros cuerpos están calientes. En un mutuo acuerdo silencioso, disfrutamos de las réplicas de nuestro clímax.

Mi *primer verdadero* clímax.

Sin pensar en nada, acaricio a Kingston por su espalda, que está entrenada hasta el último músculo, y disfruto al máximo de este momento.

Mi corazón está literalmente a punto de estallar de felicidad y una sensación de ligereza casi ingrávida me inunda. Posiblemente este sea uno de los mejores y más hermosos momentos de mi vida.

No quiero pensar en absoluto en que pronto habrá terminado y que será parte del pasado para siempre.

—¿Cómo te sientes? —me pregunta Kingston, todavía un poco sin aliento, y se acurruca a mi lado.

Me acaricia suavemente el vientre y me observa atentamente.

—No hay palabras para describirlo —sonrío y pongo mi mano sobre la suya—. Gracias.

Kingston levanta una ceja, irritado.

—¿Gracias por qué?

—Por haber cumplido mi mayor deseo.

Aparto la mirada y carraspeo avergonzada.

—¿Ha estado a la altura de tus expectativas?

Doy un sonido de asombro.

—¿Si ha *estado a la altura*? Ha superado con creces mis expectativas. ¿Podemos... podemos hacerlo otra vez?

Ahora es Kingston quien se ríe.

Su mano se desliza desde mi vientre hasta mis muslos. Me examina la hendidura.

Sus ojos brillan con un brillo posesivo y le sale un gruñido suave y primitivo.

—Estás hinchada, Cleo. Y mojada.

Me mete los dedos índice y corazón en la entrepierna y observa satisfecho la humedad brillante que moja sus dedos antes de recorrer con ellos la parte superior de mis pechos.

—Ver mi semen dentro de ti me pone como una fiera, cariño —susurra Kingston y vuelve a meterse entre mis muslos.

Extiende mi humedad perezosamente por mi centro, mientras estimula mi clítoris de forma provocativa y hace que el deseo vuelva a recorrer mis venas.

Cuando ya no puedo soportarlo más y me retuerzo bajo su atención, Kingston me pone de rodillas.

—Es hora de la segunda ronda.

Se arrodilla detrás de mí, rodea mis caderas con sus fuertes manos y me penetra con cuidado.

Suspiro feliz y disfruto de cómo Kingston me toma con delicadeza por detrás.

Finalmente, su brazo rodea mi torso y lo empuja hacia arriba. Su boca cubre mi cuello con besos y mordiscos calientes. Mientras continúa penetrándome por detrás con pequeños empujones precisos, masajea con sus manos mis pechos, que se contraen con nostalgia bajo sus caricias. Abrumada, cierro los ojos y deslizo la mano entre mis piernas, donde froto mi clítoris al ritmo de las pausadas embestidas de Kingston.

Qué daría por poder detener el tiempo en este preciso instante para siempre. Esta sensación de placer y ligereza que transforma mi cuerpo en cera líquida no debería terminar nunca.

Pero terminará.

Por supuesto que terminará.

Como todo lo bueno de la vida, este momento de perfección absoluta también llegará a su fin en algún momento.

Quizás para siempre.

Porque ese es el trato que he hecho con Kingston: una noche.

Una sola noche de la que tendré que vivir el resto de mi vida.

¿Cómo diablos se supone que voy a conseguirlo ahora que sé lo increíble que se siente todo esto? Tan real. Tan perfecto.



Cuando me despierto a la mañana siguiente con una ligera resaca por el champán que Kingston y yo bebimos con las fresas con nata montada, Kingston ya no está.

De repente me doy cuenta de que nuestra noche juntos y por tanto, nuestro acuerdo, llega a su fin aquí y ahora.

Me siento, echo hacia atrás la manta y salgo de la cama. Siento un latido entre los muslos. La prueba inequívoca de que anoche perdí mi virginidad con Cassian Kingston.

Me hubiera encantado quedarme en la cama y empezar el día tal y como terminó la noche anterior, seguido de un desayuno abundante y un día de mimos relajado en la terraza.

Pero todo eso es una ilusión que no se hará realidad.

Que Kingston haya desaparecido lo deja aún más claro.

Voy al baño y me ducho. Con el corazón encogido, me limpio las huellas de la noche anterior. El sudor. El semen. Los besos. Las caricias. Los momentos culminantes.

Triste, veo cómo todos los buenos recuerdos desaparecen por el desagüe y solo queda un vacío sordo.

Vuelvo al dormitorio, me visto y preparo la bolsa que Kingston ha llevado desde el pasillo hasta su habitación.

No puede haber una señal más clara de que debo irme de aquí.

Cuando abro la puerta, lo oigo en la cocina. El olor a huevo frito y café inunda la casa. Kingston está preparando el desayuno.

En lugar de que el olor del desayuno caliente me abra el apetito, mi estómago se revuelve de forma desagradable y se me hace un nudo en la garganta.

No, el desayuno y la obligada charla trivial son realmente lo último que puedo soportar ahora.

Sentarme frente a Kingston y fingir que todo está en orden me resulta absolutamente imposible en este momento.

Si esperaba poder quitármelo de la cabeza después de esa noche, estaba muy equivocada. Por supuesto que ya lo sabía de antemano, pero lo ignoré con fuerza porque quería vivir esa experiencia con él.

No pensé en lo *que vendría después* porque quería ocuparme de ello cuando llegara el momento.

Bueno, ahora ha llegado el momento y no tengo ni idea de cómo voy a salir del profundo agujero negro en el que estoy cayendo.

Siento cómo me brotan lágrimas calientes y ardientes en los ojos y cómo estoy a punto de perder los estribos.

Apresuradamente, agarro mi bolso y me dirijo a la puerta principal.

Por suerte, el ascensor no tarda ni diez segundos en llegar, así que llego al aparcamiento subterráneo y me subo al coche antes de que la primera ola de dolor me inunde el rostro.

Me seco las primeras lágrimas a toda prisa, arranco el coche y dejo atrás la dolorosa ruina que hasta hace unas horas había sido mi mayor felicidad.

Así de rápido cambia el viento de la vida.

En un momento uno no podría ser más feliz y al siguiente el dolor y la decepción apenas te dejan respirar.

¿Cómo se puede uno proteger a tiempo antes de que el alma se pierda para siempre en las ventiscas de la vida?

Me encantaría saberlo.

31

KINGSTON



Le lanzo un pase a Ace Apollon, nuestro quarterback, y corro tan rápido como me permiten mis piernas por el césped para atrapar su pase con un salto hábil.

—Otra vez —le digo y le lanzo el balón de fútbol con fuerza.

En lugar de lanzarme el balón de nuevo, Ace viene corriendo hacia mí.

—¿No crees que ya es suficiente?

—Ya está, ¿vale? —le digo irritado y le arrebato el balón—. ¿Y ahora qué? ¿Te apuntas o no necesitas entrenar?

Ace levanta una ceja con recelo. Me conoce lo suficiente como para saber que algo no va bien. En lugar de acribillarme a preguntas, a ninguna de las cuales quiero responder, se limita a asentir.

—Bien. Empecemos de nuevo.

Me pongo a correr y le lanzo el balón a Ace, que lo atrapa y me lo devuelve.

Repetimos este pase una y otra vez y cada vez a mayor distancia.

Al cabo de un rato, Onyx y Cash, que acaban de terminar su propia sesión de entrenamiento, se unen a nosotros.

—¿Cuánto tiempo más vais a entrenar vosotros dos? —nos grita Onyx.

—No hagas preguntas estúpidas. Únete a nosotros o lárgate —gruño, y Onyx responde con un gruñido molesto.

—Tranquilo, tío. ¿Estás con el período o qué?

Dejo caer la pelota y me dirijo a él con el ceño fruncido.

—Estoy relajado. ¿No se nota?

Onyx se ríe con desprecio.

—No, lo siento. Parece como si no te hubieras tirado a una tía en mucho tiempo. Insatisfecho y sin placer. No es una buena combinación.

Una mierda que no me he tirado a una tía en mucho tiempo.

Si Onyx supiera.

No han pasado ni cuarenta y ocho horas desde que me he acostado con una mujer en todas las posturas imaginables.

Clementine Saint, para ser exactos. La hermana de mi mejor amigo.

Por si fuera poco, lo he disfrutado, aunque no debería haberlo hecho. He pensado en cómo sería volver a hacerlo, aunque teníamos un acuerdo muy claro.

Cuando me desperté la mañana después de nuestra noche juntos, ella estaba en mis brazos. Cálida, suave y familiar.

En ese momento, lo único que quería era no soltarla nunca más.

Sabía que tenía que hacerlo.

Nuestro acuerdo era: una sola noche.

No podía hacer más con mi mala conciencia.

Engañar a mi mejor amigo de forma permanente: imposible.

Ya me sentía bastante falso y miserable.

Con el corazón encogido, la dejé ir, me levanté de la cama y, mientras preparaba el desayuno, pensé en cómo comportarme con ella esa incómoda mañana.

Resultó que no tenía que haberme preocupado por ello.

Cuando media hora después fui a ver a Cleo al dormitorio, había desaparecido. Con su bolso.

Evidentemente, entendió y aceptó el texto de nuestro acuerdo.

Al contrario que yo.

Por lo visto, no se había planteado la pregunta: ¿y si...?

Aunque debería estar agradecido por ello, porque hace que todo sea más fácil y sencillo, siento decepción y rabia.

¿Habría sido demasiado pedir que se despidiera de mí?

A mi mensaje de si todo iba bien, ella solo respondió: estoy bien. Gracias por todo.

¿Qué mensaje tan insustancial es ese?

Enfurecido, tiré el móvil a un rincón y pasé la siguiente media hora limpiando los rastros de la noche.

Desde entonces paso más tiempo en el estadio que en mi casa.

Quiero desahogarme. Dejar salir mi rabia. Distraerme. Sólo lo consigo agotándome.

He pensado en ir al *Chateau Noir* y desahogarme allí pero cada vez que pienso en sexo, veo a Cleo ante mí. Escucho sus gemidos de placer. Huelo su dulce aroma. Siento su coño apretado y húmedo.

El sexo con ella fue algo especial. No solo para ella, porque era su primera vez, sino también para mí, porque tenía un significado más profundo.

No fue un polvo insensible para relajarse.

No, lo que Cleo y yo tuvimos esa noche fue mucho más profundo. Ella era parte de mí y yo parte de ella. Yo la marqué. Como primer hombre en la historia y ella se entregó a mí. Todo de sí misma.

El sexo con ella fue más intenso y penetrante que cualquier otro sexo anterior.

Sin embargo, no fue salvaje, ni sucio, ni inusual.

Lo tomé con calma y cuidado a propósito. Sexo suave, por así decirlo. Aun así, en los momentos culminantes experimenté una satisfacción que me dejó sin palabras y abrumado.

—¡Ey, Kingston! ¿Hay alguien ahí?

Cash chasquea los dedos frente a mi cara y me saca de mis pensamientos sobre Cleo.

—¿Qué pasa? —murmuro molesto.

—¿Quieres quedarte aquí o quieres jugar un rato? Tú querías que jugáramos, así que no te quedes ahí parado.

—A mi señal —grita Ace y se pone en marcha.

Agradecido por la distracción, me pongo a correr y me olvido de Cleo.

Por el momento.



En el vestuario me encuentro con Saint, que hoy tenía que pasar el reconocimiento médico y por eso no ha entrenado.

—Hola, tío —me saluda—. ¿Vienes a comer algo?

Mi primer impulso es decirle que no a Saint. Porque desde que me acosté con Cleo, me invade una culpa tan grande en su presencia que casi me ahoga.

Eso ya lo sabía antes de aceptar el trato con Cleo. Si no quiero que Saint sospeche que le estoy evitando, tendré que tragarme mis sentimientos y fingir que todo sigue como siempre.

—Claro —respondo—. Me apunto.

Media hora después entramos en el *Ohana*, el local habitual de los *Hornets*.

Saint se dirige con determinación a una de las mesas del fondo del restaurante.

Lo sigo, completamente absorto en mis pensamientos, y no me doy cuenta de que Cleo está ahí hasta que oigo su voz.

—Por fin estás aquí.

—Ya me sentía mal por haberte hecho esperar, pero veo que has aprovechado bien el tiempo —se burla Saint.

Levanto la vista y descubro a Cleo sentada en la mesa que teníamos reservada. A su lado estan sentados dos nuevos compañeros de equipo que se unieron a los *Hornets* esta temporada.

Uno de ellos ha puesto el brazo alrededor del respaldo de la silla de Cleo y sonríe como un burro colocado bajo anfetaminas.

—Quita las manos de ahí —murmuro amenazadoramente antes de darme cuenta de que no es necesario y dirigir mi mirada de láser

al brazo de Baxter, el tipo que cree que tiene que poner el brazo alrededor de Cleo.

Apenas he pronunciado estas palabras cuando siento la mirada de sorpresa de Saint.

Baxter arruga el ceño con desprecio y deja el brazo en su sitio de forma ostentosa.

—¿Eres su novio o qué?

—Soy más de lo que tú nunca serás. Así que quítale tus sucias manos de encima o me aseguraré de que pases el resto de tu vida comiendo con los pies.

—Kingston —Cleo chilla en tono de advertencia—. Ya basta.

—Yo sigo siendo quien decide cuándo es suficiente y cuándo no —le respondo en tono de advertencia.

Los ojos de Cleo se cierran enojados. Se levanta de la silla y se planta delante de mí con los brazos en jarra.

—¿Por qué siempre decides tú cuándo es suficiente y cuándo no? ¿Sabes qué, Cassian? Que te den. No soy un juguete con el que puedas jugar cuando te apetezca y que, si no, se quede en la esquina esperando pacientemente a que vuelvas a mostrar interés por él. Recuérdalo.

Dirigiéndose a Saint, dice:

—Se me ha quitado el apetito. Lo siento.

Luego sale del restaurante furiosa, sin decir una palabra más.

Saint se gira hacia mí en cámara lenta. Tiene una arruga profunda en la frente y una expresión incrédula, pero al mismo tiempo de complicidad, en los ojos.

—Dime que no es verdad, Kingston. Por el amor de Dios, dime que no te has acostado con mi hermana.

32

KINGSTON



Veo por el rabillo del ojo cómo Baxter y Reymond se retiran apresuradamente. Con lo que está a punto de pasar aquí, es evidente que no quieren ser espectadores.

Es comprensible.

—¡Kingston! —la voz de Saint es cortante y amenazante a la vez —. Te lo pregunto por última vez: ¿te has follado a Cleo?

—No —gruño y me rasco el pelo—. No me la *he follado*.

—¿Entonces no te acostaste con ella? —insiste Saint.

—Sí —suspiro—. Sí, lo hice. Pero no me la follé.

Saint aprieta los puños. Todo su cuerpo tiembla.

—¡Maldito cabrón! ¿Me tomas el pelo o qué? Así que te acostaste con ella, pero no te la follaste. ¿Qué hicisteis en tu cama? ¿Os tumbasteis uno al lado del otro y contasteis ovejas o qué?

Exhalo ruidosamente y me preparo para la paliza que me espera y a la que no me opondré. Una cosa está clara: me lo merezco.

—Cleo me pidió que la desvirgara y eso es lo que he hecho, pero sólo porque no quería arriesgarme a que en su lugar se enganchara a cualquier chiflado que no la mereciera y no la tratara bien. Quería asegurarme de que su primera vez fuera como ella se la imaginaba: romántica, tierna y satisfactoria.

A Saint se le cae la mandíbula. Me mira sin habla.

Probablemente cree que está soñando y que se despertará en cualquier momento. O que le estoy tomando el pelo.

Por desgracia, esto no es un sueño, sino la amarga realidad. No le estoy contando más que la cruda verdad.

—La he tratado bien, Saint. Tienes que creerme. Además, desde el principio quedó claro que era algo puntual. Por eso se enfadó tanto conmigo.

—¿Qué cojones...? —balbucea Saint, atónito—. No lo entiendo. Por favor, dime que me estás tomando el pelo y que esto es solo una broma tonta.

Sacudo la cabeza con cautela y así destruyo la esperanza de Saint.

—¿Te follaste a mi hermana pequeña y luego la dejaste plantada? Joder, ¿qué clase de gilipollas eres? —su voz es apenas un susurro, pero puedo oír lo cargado que está.

—Una vez más: *no me* follé a tu hermana, Saint —le aseguro con insistencia.

—Cierra la puta boca —me grita—. ¿Le metiste tu polla caliente en el coño o no, eh? ¿Lo hiciste o no? *¿Lo hiciste? ¿O no?*

Me quedo callado, lo que hace que Saint se cabree aún más.

—¿Lo hiciste o no? —grita furioso.

Trago saliva.

—Sí —murmuro—. Sí, lo hice.

—Tío... te voy a matar. ¡Te voy a matar!

Saint se abalanza sobre mí y me golpea con toda su fuerza contra la mesa de atrás.

El vaso cae al suelo. Lo oigo romperse en mil pedazos detrás de mí. Los cubiertos hacen ruido y algunos de los invitados gritan horrorizados.

Mi cuerpo rebota en el borde de la mesa, choca contra una silla y finalmente cae al duro suelo de madera.

Saint aterriza sobre mí y no se anda con rodeos.

Me da un puñetazo en la cara y da rienda suelta a su ira.

—¡Maldito cabrón! ¡Cerdo asqueroso! ¡De todas las mujeres de Oahu, tienes que tirarte a mi hermana! No tienes respeto ni una

pizca de decencia. ¡No eres más que escoria!

No me opongo. No me defiendo. No me escondo.

Recibo un golpe tras otro y soy plenamente consciente de que me lo merezco todo.

Mi cara se hincha bajo los golpes de Saint. Siento un latido desagradable en las sienes. Me arden los pulmones porque Saint está sentado sobre mí con todo su peso.

No hago nada, excepto quedarme tumbado y callar.

—Ahora di algo, estúpido gilipollas. ¡Abre la boca y habla!

—¿Qué? —digo con dificultad porque Saint también me ha agarrado la mandíbula—. ¿Qué quieres oír?

—Que lo sientes, por ejemplo —exclama Saint jadeando.

—No... no lo siento —jadeo.

Saint se detiene.

Me mira incrédulo.

—Dilo otra vez.

Respiro hondo y me preparo para más golpes, pero ya que estamos con la verdad, podemos seguir con ella.

Se acabó el tiempo de las mentiras.

Para siempre.

—Lo volvería a hacer en cualquier momento. Me gusta Cleo. Mucho.

—Cierra la boca y no te atrevas a pronunciar su nombre, joder —grita Saint y me da otro puñetazo en el estómago.

Sin embargo, antes de que pueda volver a arremeter, lo agarran por detrás y lo tiran al suelo.

Parpadeo sorprendido y reconozco a Alana Amosa, la novia de nuestro quarterback.

La ex agente de élite agarra a Saint por el cuello y lo arrastra hasta la pared de enfrente.

Saint se resiste, pero Alana, una experta en artes marciales, es más fuerte.

Por encima de mí aparece el rostro preocupado de Ace. Me tiende la mano y la agarro, sintiendo un dolor punzante en el brazo.

—Gracias —murmuro mientras me pone en pie.

—¿Qué pasa aquí? ¿Por qué os estáis peleando? —pregunta Ace y me examina minuciosamente—. Tío, qué asco de aspecto. ¿No te has defendido?

—Sacudo la cabeza.

—¿Y por qué no?

—Porque me lo merezco —suspiro y me froto la cara adolorida.

La sangre gotea en mi mano. Me la limpio en los pantalones.

—Se ha follado a Cleo —le grita Saint furioso a Ace—. Se ha tirado a mi puta hermana. Y no sólo eso. Le ha robado su puta inocencia.

Ace me mira consternado a Saint.

—¿Es eso cierto?

Asiento.

—Sí. Lo es.

—Entonces entiendo perfectamente por qué Saint se ha puesto así. También por qué no te has defendido.

Respiro hondo y miro a mi alrededor en el restaurante.

Por suerte, no hay muchos periodistas documentando todo esto.

Ace parece adivinar mis pensamientos, porque sigue mi mirada y me informa de que el propietario del *Ohana*, un fan acérrimo de *los Hornets*, ha cerrado todas las puertas y prohibido el uso de teléfonos móviles antes de coger el teléfono para informar de la pelea a Alana, que no sólo es la novia de Ace, sino también la jefa de seguridad de los *Hornets*.

—¿Cuál es el plan? —le pregunto a Ace y miro a Alana, que está haciendo todo lo posible por mantener a raya a Saint.

—Ahora mismo te vas directo a casa. Te enviaré al médico del equipo para que te examine. El resto lo dejamos en manos de Alana y del equipo. Que te hayas acostado con Cleo puede ser moralmente reprochable, pero no justifica que Saint te haya agredido físicamente. Tendrá que responder ante el equipo por ello.

—No —le respondo enérgicamente—. Él no tiene la culpa. Yo la cagué, no él.

—Eso lo decidirá Jim Henderson. Pero te entiendo y se lo diré a Alana. Ahora lárgate.

33

CLEO



Estoy sentada a la sombra de las altas palmeras de nuestro jardín y, frustrada, como helado de chocolate con trocitos de galleta de una heladera gigante.

Mis padres están esta semana en la isla vecina por negocios, así que estoy sola en casa.

He trabajado en la tienda por la mañana, pero me he tomado la tarde libre porque quería almorzar con Saint y planear con él la fiesta sorpresa para el trigésimo aniversario de boda de nuestros padres.

¿Cómo iba a saber que traería a Kingston a nuestra reunión?

No me lo esperaba en absoluto. Menos aún esperaba que Kingston se pusiera en plan chulo.

Quiero decir... ¿qué estaba pensando?

Él mismo ha dicho que no habrá más que una sola noche juntos.

¿Por qué reacciona tan irritado y tan exagerado sólo porque un jugador de fútbol cualquiera pone su brazo sobre el respaldo de mi silla?

No tiene derecho a hacerlo.

No después de haber dejado tan claro que nunca habrá nada serio y duradero entre nosotros porque la lealtad hacia mi hermano

está por encima de todo. Incluso por encima de mí.

En otras palabras: la amistad con mi hermano es más importante para él que una posible relación conmigo.

Aunque no me gusta en absoluto, por decirlo suavemente, lo he aceptado con el corazón encogido.

Justo cuando mis manos alcanzan el borde del profundo agujero en el que caí después de la noche que pasamos juntos, Kingston aparece y me empuja con toda su fuerza de vuelta al fondo.

Me meto otra cucharada en la boca y me pregunto cuándo el azúcar por fin me levantará el mal humor.

—¿En qué estabas pensando? —la voz enfadada de mi hermano irrumpe en el idílico ambiente del jardín y ahoga el susurro de las hojas de las palmeras y el canto de los pájaros.

Los pájaros huyen asustados y el viento parece haberse detenido de miedo.

Solo yo, sin inmutarme por la dramática aparición de Saint, mantengo la compostura.

Levanto la cabeza y entrecierro los ojos detrás de mis gafas de sol porque Saint está justo al lado del sol, que brilla intensamente.

—¿Qué *es lo que* debo haber pensado? ¿De qué estamos hablando? —pregunto con desinterés y, sin embargo, con mucho interés, mientras como mi helado.

—De que te acostaste con Kingston. Con mi mejor amigo hasta la fecha.

—¿Yo? —me hago la tonta e intento no dejar entrever lo sorprendida que estoy de que Saint lo sepa.

Eso que no debería sorprenderme después del encontronazo que Kingston y yo tuvimos en el *Ohana*.

—Deja de tomarme el pelo. Sé lo que pasó. Kingston me lo ha contado todo.

—¿Ah, sí? ¿El qué?

Aunque estoy bastante segura de que mi hermano, tan enfadado como está, dice la verdad, no quiero arriesgarme a que me pille con las manos en la masa. Prefiero seguir haciéndome la tonta y atraer así su ira.

—Que te desvirgó, por ejemplo. Y que supuestamente se lo pediste. ¿Es eso cierto?

Me muerdo el labio inferior y me quedo en silencio.

—¿*Es eso cierto*? —grita Saint casi a gritos.

—¿Y si lo fuera? ¿A ti qué te importa?

Me levanto de la silla, dejo el helado en el suelo y me acerco a mi hermano con la cabeza bien alta.

—Te lo voy a decir por última vez, Saint: soy adulta. Con quién me acuesto es cosa mía. No te metas en mi vida. Si quiero saber tu opinión sobre algo, te la pregunto. Si quiero tu consejo, te lo pido. Yo tampoco me meto en tu vida sin que me lo pidas.

—Eso es algo muy diferente —replica Saint con tono de enfado.

—No lo es. Y en lo que respecta a Kingston y a mí: sí, lo hicimos. Me gusta desde que me lo presentaste pero nunca me hizo caso porque la amistad contigo siempre fue sagrada para él. Tuve que esforzarme mucho para conseguir que por fin me hiciera caso. Puedo tranquilizarte: no se va a liar conmigo más que una noche porque no quiere poner en peligro su amistad contigo y porque sabe que nunca aprobarías una relación conmigo. Así que puedes calmarte. Se ha acabado antes de empezar.

Saint se acerca tanto que casi nos tocamos la punta de la nariz. Puedo sentir su aliento en mi mejilla y el calor que le produce la ira.

—Kingston ha sido mi amigo durante mucho tiempo. Por lo que parece, también mi compañero de equipo, pero valió la pena.

Las últimas palabras de Saint me hacen prestar atención.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué has hecho, Saint?

—Lo que hacía falta —responde crípticamente y se da la vuelta para irse.

—Oye —le grito—. No puedes aparecer así como así, montar una escena, soltarme esas insinuaciones tan raras y luego desaparecer. Las cosas no funcionan así.

Saint se da la vuelta hacia mí.

—¿Y quién decide cómo van las cosas, eh? ¿Tú?

—Saint —le digo con un tono un poco más conciliador—. Entiendo que estés decepcionado porque te lo hayamos ocultado, pero sólo porque los dos sabíamos cómo reaccionarías y porque

desde el principio estaba claro que no tenía futuro. ¿No podemos dejar las cosas como están? Esto es una tontería. Si estás enfadado con alguien, enfádate conmigo. Kingston te aprecia mucho.

—Después de romperle todos los huesos dos veces, no me lo creo.

Abro los ojos asustada.

—¿Le has pegado?

Saint se encoge de hombros.

—Se lo merecía.

—¿Cómo de grave es? —pregunto en voz baja, pero ni siquiera espero la respuesta de Saint. Mi corazón se acelera y mi pulso se dispara ante la perspectiva de que Kingston pueda estar gravemente herido.

Voy descalza hacia mi coche, que está aparcado en la entrada, y me pongo en marcha.

Mi destino: Waikiki.

34

KINGSTON



Miro a los ojos del hombre maltrecho en el espejo, que me devuelve la mirada inexpresiva y apagada.

La sangre gotea por la comisura de su boca hasta el lavabo. Un ojo está azulado y ya se le está hinchando. La mejilla derecha también está hinchada y llena de ampollas.

Así es como se ve un hombre que la ha cagado de verdad y que no solo ha destrozado la amistad con su mejor amigo, sino también los sentimientos por su hermana pequeña.

Suspiro y me pongo la camiseta por la cabeza.

Al menos lo intento, pero un dolor punzante en las costillas me dificulta la tarea.

Palpo la zona del costado y, con mis conocimientos de legos altamente cualificados, decido que no tengo nada roto ni astillado.

Justo lo que me faltaba antes de los próximos partidos de la fase de grupos.

Oigo el timbre de mi móvil desde el salón, pero lo ignoro.

Probablemente sea Ace, que quiere saber cómo estoy. O Jim Henderson, el manager de los *Hornets.*

No quiero hablar con ninguno de los dos ahora.

No quiero hablar en absoluto.

Salgo del baño arrastrando los pies y, de camino al salón, cojo mi balón de fútbol favorito de la vitrina con los trofeos del campeonato. Lo giro entre mis manos, perdido en mis pensamientos, y me dejo caer como un saco mojado en el sofá. Me duelen todos los huesos del cuerpo, pero ignoro el desagradable pinchazo.

No tengo ni idea de cómo seguir ahora.

Me puedo olvidar de la amistad con Saint. Tan cabreado como estaba, no volverá a dirigirme la palabra, y mucho menos a mirarme siquiera.

Que el receptor abierto y el corredor de un equipo de fútbol profesional no se lleven bien no es una buena premisa para que la ofensiva funcione.

Joder.

Debería haber pensado en todo esto antes de meterme con Cleo.

En el fondo sé que no habría cambiado nada en mis acciones. Me convencí a mí mismo de que accedía al deseo de Cleo para protegerla de los malos y, por tanto, de malas experiencias. De hecho, me convencí de ello con bastante éxito.

Eso solo es cierto en parte, como he podido comprobar desde que Cleo desapareció sin dejar rastro.

Lo que no quería admitir hasta entonces es que Cleo me ha llegado al corazón.

Siempre me ha gustado su forma de ser. Esa forma rebelde, extravagante, divertida y amante de la libertad con la que lo desordena todo como un torbellino.

Su risa genuina, que irradia pura alegría de vivir.

La naturalidad con la que hace las cosas a su manera sin miedo ni reparos.

Siempre me he sentido a gusto en su presencia. Es más, la disfrutaba de verdad.

La amistad con Saint me cegó tanto que nunca vi en ella más que una chica simpática, guapa y divertida.

Hasta el momento en que llamó mi atención en el *Chateau Noir*, nunca había percibido a Cleo como una mujer adulta y atractiva.

Quiero decir... ¿cómo se puede ser tan ciego?

Es imposible no darse cuenta de lo increíblemente sexy y hermosa que es esa mujer y, sin embargo, se me ha pasado por alto. Quizá porque me he prohibido pensar en ello.

Ahora que por fin he superado esta ceguera, no veo más que a Cleo en mi mente y en mi mirada.

Lanzo el balón de fútbol al aire con las manos y lo recojo. Esto me tranquiliza y me ayuda a pensar.

No es que sepa en qué estoy pensando realmente, o qué respuesta estoy buscando.

El pitido del teléfono de casa me hace detenerme. Normalmente es el conserje quien me avisa de que tengo visita. Solo que no espero a nadie. A menos que Ace o Jim hayan venido a verme en persona después de que ignorara sus llamadas tan sistemáticamente.

Me levanto con un quejido y descuelgo el teléfono. De hecho, es el conserje.

—Aquí hay una tal señorita Cleo para usted. ¿Puedo enviarla arriba?

Me quedo de piedra.

¿Cleo está aquí?

Después de su furiosa salida del *Ohana*, no esperaba volver a verla tan pronto. Y mucho menos aquí. En mi casa.

—Que suba —digo y cuelgo.

Abro la puerta de casa y espero impaciente la llegada de Cleo. Cuando se abren las puertas del ascensor, mi corazón late inesperadamente más rápido.

La mirada de Cleo se cruza con la mía y sus ojos se abren con preocupación.

Se acerca a mí, me agarra de la barbilla y examina mi rostro con una mezcla de rabia y consternación.

—¿Fue mi hermano? —quiere saber.

No le respondo. Sabe la respuesta de todos modos.

—Estás sangrando —susurra y me acerca los dedos manchados de sangre a la cara.

Palpo mi cara en busca del origen de la herida.

—¿Tienes desinfectante y tiritas? —me pregunta Cleo y yo asiento con la cabeza—. Pues tráemelas.

Cleo entra en el apartamento y me mira con gesto desafiante.

—Venga. ¿A qué esperas?

Señalo el cuarto de baño y Cleo me precede. Saco del armario una botella de alcohol y un paquete de tiritas, que siempre tengo a mano debido a las frecuentes y pequeñas lesiones deportivas que sufro durante el entrenamiento.

—Sentémonos en el sofá —sugiere Cleo sin esperar mi respuesta.

Me uno a ella y dejo que cure a su antojo la herida abierta que tengo sobre el ojo y en la mejilla, aunque después el médico del equipo quiera verlo por sí mismo. Pero aún no ha llegado. Mientras tanto disfruto de mi enfermera personal.

Cuando Cleo finalmente examina su trabajo, noto las lágrimas que brillan en sus ojos.

Se suena la nariz y se las limpia rápidamente.

—Lo... lo siento, Kingston —murmura abatida—. Es culpa mía que mi hermano te haya pegado y que vuestra amistad se haya roto. Si no hubiera sido tan egoísta y egocéntrica, nada de esto habría pasado.

Suspiro y tomo las manos temblorosas de Cleo en un gesto de apoyo.

—Si alguien tiene que pedir disculpas aquí, ese soy yo. Al fin y al cabo, no puedes hacer nada con tus sentimientos. Para ser sincero, te agradezco que me hayas despertado. De lo contrario, probablemente nunca me habría dado cuenta de lo que me estoy perdiendo, aunque sea lo que tengo más cerca.

Cleo frunce el ceño, irritada.

—¿Qué quieres decir?

—Me has abierto los ojos. Aunque de una forma bastante drástica y creativa, probablemente era justo lo que necesitaba para entender que la mujer con la que quiero estar ya forma parte de mi vida desde hace tiempo. Es más: la tengo delante de mis narices y, aun así, no la veía.

Cleo me mira fijamente sin decir palabra y puedo entender perfectamente que lo que estoy contando le deje sin habla. Al fin y

al cabo, hasta hace poco yo mismo no era consciente de que deseaba tener una relación. Menos con Cleo.

Para ser sincero, no era consciente de ello hasta el momento en que la vi en *el Ohana* con mis compañeros de equipo. Incluso entonces no pude identificar y clasificar mis emociones.

Solo cuando Saint me dio una paliza y me pidió que me disculpara con él, *hizo clic*. Me di cuenta de que no me arrepiento de la tarde y la noche con Cleo. Es más: que lo haría y lo haría de nuevo en cualquier momento.

Y este descubrimiento me ha hecho ver el significado más profundo de todo esto.

Soy un poco tardón, lo sé. Pero más vale tarde que nunca. En cualquier caso, espero que no sea demasiado tarde para recuperar a Cleo.

—Lo admito, no soy precisamente un experto en relaciones... pero ¿quizás podrías considerar dejarme entrar en tu vida de forma permanente? No como amigo de tu hermano, quiero decir, sino como... bueno... como *tu propio* novio.

Cleo ladea la cabeza y entrecierra los ojos.

—¿Quieres dejar de ser soltero? ¿Por *mí?* Apenas me conoces. ¿Cómo puedes querer tener una relación conmigo? ¿Y qué pasa con la lealtad hacia mi hermano, que siempre te ha importado tanto?

Sonrío, y entonces el rabillo de mi boca me envía un dolor punzante a la mandíbula.

—Te conozco desde que estabas en el instituto, Cleo. Nunca he considerado que pudiera haber algo más entre nosotros que una amistad. Esta suposición ha dado un giro de ciento ochenta grados en las últimas semanas. Y en cuanto a tu hermano... para él, de todos modos, he muerto. Al menos desde que le dije que no me arrepiento de haber pasado tiempo contigo y que lo volvería a hacer una y otra vez.

Cleo jadea asombrada.

—¿*Eso es* lo que le dijiste?

—Eso es lo que le dije y lo dije en serio.

A Cleo se le escapa una sonrisa. Se sube a mi regazo y me abraza la cara con cuidado.

—¿Y si no te basto para siempre? Hay todas esas mujeres hermosas, sofisticadas y experimentadas que están detrás de ti... que pueden demostrar más experiencia en ciertas... bueno... *cosas que* yo.

—¿De qué cosas estamos hablando?

—Lo sabes muy bien.

Le hago una marca en el labio inferior con el pulgar y la acaricio en broma.

—La noche que pasé contigo me ha arruinado para todas las demás mujeres, cariño. Hay un millón de fantasías que me gustaría hacer realidad contigo. Para cuando las hayamos vivido todas, estaremos en el cielo... o en el infierno, dependiendo de si las prácticas sexuales sucias se consideran un pecado ante el tribunal celestial o no.

Acerco la mano a la cintura de Cleo y deslizo mis manos bajo su camiseta, donde encuentro su piel cálida y suave. Mis dedos recorren sus costados y se abren camino hasta sus duras y firmes Clementinas, que ella amasa con nostalgia.

—Kingston —jadea Cleo excitada.

—¿Sí, cariño?

—Estás herido. Deberías descansar.

—El sexo es la mejor medicina. Pero tienes razón: debería descansar. Por eso, hoy tendrás que hacer tú el trabajo.

Levanto la pelvis de Cleo, me abro los pantalones y saco mi polla erecta.

Cleo sacude la cabeza divertida.

—Eres imposible.

—No es verdad. Solo estoy cachondo. Cachondo por mi novia y por que me la chupe o me monte. O... por las dos cosas.

—No recuerdo haber accedido a ser tu novia.

Pongo cara de decepción.

—Qué pena. Si es así, me la vuelvo a meter.

Cleo se ríe a carcajadas y me aprieta los labios con alegría. Le devuelvo el beso sonriendo y me pierdo en ese beso liberador que hace que todas mis preocupaciones, dolores y sentimientos de culpa pasen a un segundo plano. Que me da la esperanza que tanto

necesito de que tal vez haya una solución para mi dilema que no requiera que me decida automáticamente por Cleo en contra de Saint.

35

CLEO



Disfruto del beso sensible pero al mismo tiempo desesperado de Kingston y me acerco con avidez a sus manos, que masajean perezosamente mis pesados pechos.

—Deberíamos hablar de cómo seguir ahora —propone Kingston sin aliento, alejándose un poco de mí.

—Después —me limito a decir y agarro su sedoso miembro para introducírmelo en el centro, que palpita impaciente y casi dolorido de placer por nuestro ardiente beso.

Me quito las bragas rápidamente.

—¿Estás segura de que...? —comienza Kingston y se queda boquiabierto cuando lo recibo en mi interior.

—¿Querías decir que estoy lo suficientemente húmeda? —le provoco—. ¿Te parece lo suficientemente húmeda?

Kingston echa la cabeza hacia atrás y gruñe lujuriosamente.

—Me estás matando, cariño.

—Y eso que ni siquiera he empezado —sonrío diabólicamente y de repente me siento sexy, valiente, atrevida y deseada.

Saber que tengo el control mientras Cassian Kingston, el jugador más sexy de los *Hornets de Honolulu*, está dentro de mí y jadea de

placer con mis movimientos me da una sensación de poder que me excita enormemente.

Hago girar lentamente mi pelvis mientras observo con atención cómo cambian los rasgos de Kingston.

Él entrecierra los ojos y aprieta los labios. Sus manos rodean mis pechos con más fuerza, amasándolos con más intensidad.

Intensifico mi cabalgada y lo monto más rápido. Siento cómo su polla crece dentro de mí y me llena por completo. Es una sensación abrumadora que despierta en mí el impulso de estar aún más cerca de Kingston de lo que ya estoy.

Inclino el torso hacia delante y me acurruco contra él, lo que hace que lo sienta aún más dentro de mí.

—Me vuelves loco, pequeña virgenzuela guarra —me susurra Kingston al oído y me muerde el cuello en broma.

Gimo de dolor, lo que hace que Kingston repita su celestial tortura.

Suelta mi pecho con la mano izquierda y estoy a punto de protestar cuando la coloca sobre mi pezón y empieza a acariciarme seductoramente.

Suspiro, cierro los ojos y me dejo llevar por mis emociones desbordantes.

El orgasmo se acerca sin que yo pueda hacer nada al respecto. Si fuera por mí, lo habría retrasado eternamente para que este momento nunca terminara.

Echo la cabeza hacia atrás y me entrego a mis emociones. Kingston gime debajo de mí y siento cómo su polla se contrae en mi interior y poco después un agradable calor se extiende por mi regazo.

Dejo caer mi cabeza sin aliento contra su hombro y disfruto de la ola de felicidad que me lleva consigo, como una cálida ola en la playa de Haleiwa.



—Por mucho que me gustaría quedarme contigo en el sofá para siempre... los dos sabemos que eso no es posible —susurra Kingston en mi sien cuando, media hora después, estamos echados en el sofá, acurrucados y dormitando.

—Tenemos que hablar de cómo será el futuro, Cleo.

Suspiro con nostalgia.

—¿Y si nos quedamos en el sofá para siempre?

Kingston se ríe entre dientes y me besa en la coronilla.

—Lo de que he muerto para tu hermano ya no tiene remedio. No quiero ser la razón de que vosotros dos tampoco os habléis nunca más. Es tu hermano, Cleo.

—Hablaré con Saint —murmuro al oído de Kingston—. Es un cabezota y un exaltado, pero no es tonto. Tarde o temprano aceptará que estoy contigo.

—No le viste cuando se enteró de lo nuestro en *la Ohana* —dice Kingston más para sí mismo que para mí—. Estaba furioso.

—Ya se le pasará —lo tranquilizo—. No tiene otra opción.

—Quizá *yo debería* hablar con él otra vez —sugiere Kingston.

Sacudo la cabeza con dudas.

—¿Después de que te haya dejado así? No creo que sea una buena idea.

—Pero tampoco me siento cómodo con que *tú hables* con él. Al menos no sola.

—¿Y por qué no hablamos con él juntos? Al fin y al cabo, nos afecta a los dos.

—Mmm —reflexiona Kingston—. Claro que sería una posibilidad. Siempre y cuando nos escuche.

—Si es necesario, lo atamos —bromeo, y él se ríe entre dientes.

—De acuerdo. Pero démosle un día más para que se calme y se desahogue.

Asiento con la cabeza y cierro los ojos cansada.

El turno de mañana, la emoción de hoy, el miedo por Kingston y el sexo fenomenal me están pasando factura.

Me doy cuenta de que me estoy quedando dormida poco a poco y estoy recargando las pilas que tanto necesito para la inminente conversación con mi hermano.

Puedo entender perfectamente que no le resulte fácil. Después de todo, los acontecimientos y desarrollos de los últimos días y semanas también me resultan casi irreales, por no decir impensables.

Sin embargo, estoy firmemente decidido a limar asperezas entre mi hermano, Kingston y yo. Porque tanto Kingston como mi hermano son tremendamente importantes para mí. Por eso me interesa mucho salvar la amistad entre ambos.

Aunque me da un poco de miedo de no conseguirlo, mi fe en que todo saldrá bien es más fuerte.

Al fin y al cabo, la amistad es como el amor: su verdadera fuerza se muestra en los malos momentos.

36

KINGSTON



Salgo de la oficina de Jim Henderson, el mánager de los *Hornets,* y respiro hondo.

Durante la última media hora me ha estado preguntando por el incidente con Saint y me ha costado mucho convencerlo de que no tomara medidas disciplinarias contra mi hasta ahora mejor amigo.

Al final accedió a dejar las cosas como estaban, siempre y cuando Saint y yo consiguiéramos resolver las diferencias entre nosotros por nuestra cuenta.

Ace, que también estaba presente en la conversación, al igual que Alana, se ofreció a ayudarme a hablar con Saint.

Acepté su oferta con gratitud, porque realmente no puede hacer daño tener a un amigo imparcial como refuerzo.

Cleo ya me está esperando frente a las cabinas. Cuando me ve, se le dibuja una sonrisa radiante en el rostro y saber que solo *mi propia* presencia le arranca esa sonrisa me hace muy feliz.

—Hola —la saludo y le doy un beso en la frente—. ¿Sigues segura de que quieres seguir adelante con esto?

Cleo asiente y me coge la mano, poniéndosela en la suya con determinación. Una señal clara de que afrontamos juntos la

conversación que tenemos por delante. Como unidad. Como equipo. Como pareja.

—¿Cómo ha ido con Jim Henderson? —pregunta ella mientras Ace sale en busca de Saint.

Le cuento a Cleo, de forma breve y concisa, lo que he negociado con Jim y también que Ace nos ayudará en la conversación con Saint.

Poco después, Ace regresa con Saint a cuestas.

—¿Por qué no vamos al césped? Hay espacio suficiente para el ego de todos los presentes —sugiere Ace conciliador, señalando con la barbilla en dirección al estadio.

Lo seguimos en silencio. La incomodidad que se cierne sobre nosotros es palpable.

Acerco más la mano a la de Cleo y encuentro en su presencia el apoyo y la fuerza necesarios para superar esta incómoda conversación.

—Muy bien. Seré breve —dice Ace cuando llegamos al campo—. En circunstancias normales, te habrían impuesto una fuerte multa por agredir físicamente a nuestro receptor abierto. Sabes que los *Hornets de Honolulu* condenan cualquier tipo de violencia, ya sea verbal o física. El caso es que Kingston ha intercedido por ti y ha conseguido que te libres de todo daño. Siempre y cuando ambos controléis vuestras mierdas.

—Se ha acostado con mi hermana —gruñe Saint—. ¿Debería darle una palmadita en la espalda o qué?

—Siento cómo han ido las cosas. De verdad. Y entiendo que estés enfadado. Pero esto va mucho más allá de una historia de cama sin importancia. Cleo y yo estamos juntos. Queremos construir un futuro juntos —le explico más calmadamente de lo que me siento por dentro—. Si me hubieran dicho hace unos meses que saldría con tu hermana, me habría reído a carcajadas y habría dicho que estaban locos. Pero así es la vida. Da giros inesperados, y la mayoría de las veces cuando menos lo esperamos.

Saint resopla con desprecio.

—No eres capaz de mantener una relación. ¿Tú y la monogamia? ¿Cómo va a funcionar eso? ¿Puedo recordarte que en el *Chateau*

Noir a veces te lo hacías con tres Playgirls a la vez? Eres insaciable.

—Eso fue *antes de* que me diera cuenta de lo que sentía por Cleo —le contesto.

—No sabes en lo que te estás metiendo —le espeta Saint a Cleo —. Te romperá el corazón. Créeme, no es bueno para ti. Al menos, no lo suficiente.

Cleo levanta la barbilla y mira fijamente a su hermano a los ojos.

—Solo porque Kingston tenga un pasado salvaje no significa que su futuro tenga que ser igual. Las personas cambian. Las necesidades cambian. Las prioridades cambian. Además, él fue tu mejor amigo durante años. La persona más cercana a ti. Entonces, si no él, la persona a la que habrías confiado tu vida en caso de emergencia, ¿quién es lo suficientemente bueno para mí?

Silencio.

Entre nosotros se extiende un silencio casi abrumador cuyo significado no me atrevo a interpretar.

—Por experiencia propia, estoy de acuerdo con tu hermana —se aclara la garganta de Ace—. Antes de conocer a Alana, tampoco podía imaginarme una relación estable durante mi época de jugador en activo. Estaba contento con mi vida. Con los rollos calientes y sin compromiso. Mujeres cambiantes. Sin concesiones. Sin obligaciones. Sin dramas. Pero cuando Alana entró en mi vida, todo eso perdió su atractivo de repente, porque lo que tengo con Alana es infinitamente mejor, más bonito y más intenso.

Silencio.

Saint sigue sin decir ni una palabra.

Sin embargo, se le marca un surco profundo en la frente.

—Si me preguntas, deberías alegrarte de que tu hermana salga con tu mejor amigo. Eso solo demuestra que ambos valoráis a la misma persona y, dicho sea de paso, Kingston también es *mi amigo*. Creo que se merece una oportunidad. No puedes culparle por no haberte contado nada de su noche con Cleo. Tú mismo fuiste testigo de su reacción. Seamos sinceros: ¿hubieras reaccionado de otra manera si te hubiera avisado antes de su plan? Probablemente no —insiste Ace, demostrando una vez más que no solo es un

quarterback de primera clase, sino también una persona de primera clase.

—Si realmente quieres salir con mi hermana, ten en cuenta que te perseguiré hasta el fin del mundo si le rompes el corazón. Así que piénsatelo bien antes de decirle que vas en serio —gruñe Saint con un tono ligeramente más conciliador y mira a su hermana.

—No tengo que pensarlo. Estoy seguro y soy consciente de las consecuencias —respondo con voz firme, y Cleo me da un fuerte apretón de manos en señal de apoyo.

Saint me mira fijamente, como si quisiera comprobar si realmente estoy diciendo la verdad. Resisto su mirada y le hago entender que cada una de mis palabras es en serio.

—Está bien. Por mí vale —murmura Saint finalmente y accede.

Me invade un gran alivio y siento cómo se me cae de los hombros un peso de cemento.

Gracias a Dios.

Claro que habría salido con Cleo aunque no hubiera dado su consentimiento, pero me importa mucho que nos dé su bendición.

Al fin y al cabo, Saint sigue siendo mi mejor amigo. Al menos para mí, eso no ha cambiado.

Extiendo la mano invitándole a que se acerque y se la tiendo a Saint.

—¿Amigos?

Saint duda y mira a su hermana, que le pone una mano en el brazo para animarle.

—Vamos —le susurra en voz baja—. Sabes que quieres hacerlo. Así que deja a un lado tu orgullo y anímate.

Saint pone su mano sobre la de su hermana y una sonrisa conciliadora se dibuja en sus labios mientras agarra la mía con la otra mano.

—Amigos.

EPÍLOGO – CLEO



UNOS MESES DESPUÉS

Estoy sentada en la arena y miro las llamas crepitantes de la hoguera que iluminan con sus llamas rojas la oscuridad de la noche.

Uno de los invitados toca la guitarra y un coro de voces canta el estribillo del éxito mundial de Oasis *Wonderwall.*

Me balanceo con una sonrisa al ritmo de la música y mi mirada se pierde en las llamas del fuego hacia el mar.

Es una noche estrellada y millones de estrellas brillan sobre nosotros con un resplandor plateado.

Esta visión me hace sentir humilde cada vez y me recuerda lo pequeños que somos en comparación con el gran conjunto. Un ser humano entre ocho mil millones.

¿Qué probabilidades hay de que entre esos ocho mil millones de personas se encuentre exactamente la persona que te completa?

Desde un punto de vista puramente matemático, es prácticamente imposible, pero la magia de la naturaleza parece tener muy poco interés por las matemáticas.

Por suerte.

Porque a nadie le gustan los números.

Cada vez que intento explicarme cómo es posible que haya encontrado en Cassian Kingston a la persona que completa mi alma, me doy cuenta de que no soy capaz de entenderlo.

Esto se debe a que la magia de la naturaleza no se puede entender con la cabeza. Hay que sentirla con el corazón.

Entre el cielo y la tierra ocurren muchos milagros que superan el horizonte de nuestro pensamiento racional.

Eso es bueno.

Nos muestra que no podemos controlar todo y que tampoco tenemos por qué hacerlo.

La vida trabaja para nosotros, no contra nosotros, aunque a veces lo parezca. Se necesita valor, confianza y a veces mucha paciencia para poner el destino en manos del universo para que haga su trabajo.

Pero, ¿qué otra cosa podemos hacer?

No es que tengamos otra opción.

Este conocimiento a veces nos hace sentir perdidos, desesperanzados y solos.

Al menos eso es lo que me pasó a mí cuando volví a Hawái después de terminar mis estudios, solo para darme cuenta de que nada había cambiado en lo que respecta a Kingston.

Mis sentimientos hacia Kingston seguían siendo los mismos y su ignorancia hacia mí también.

¿Quién hubiera pensado que mi sueño de tener a este hombre a mi lado se haría realidad?

Yo, probablemente, la que menos.

Sin embargo, eso es exactamente lo que pasó: mi sueño se hizo realidad.

No pasa un día sin que recuerde lo afortunada que soy.

No importa lo bien o mal que me haya ido el día: me despierto cada mañana sabiendo que hay una persona a la que puedo volver cada noche a casa. Que me abraza y cuya cercanía me recuerda lo que realmente importa en la vida. Lo que realmente cuenta.

Cercanía. Seguridad. Amor.

Respeto. Confianza. Aceptación.

Kingston es una persona que no me ama *a pesar de* mis errores, sino precisamente *por eso*. Una persona que me ama de forma totalmente incondicional y no solo cuando cumplo *con sus* condiciones. Una persona que reclama todo el paquete, todo de Clementine Saint, en lugar de quedarse con las mejores partes de mis cualidades. Una persona con la que no tenga que fingir por miedo a que mi verdadero *yo se* marche. Una persona que afronte los conflictos y los resuelva conmigo en lugar de huir de ellos porque es más fácil y cómodo.

Siento que me echan una manta de lana sobre los hombros y levanto la vista.

Sobre mí aparece el rostro sonriente de Kingston, que en el resplandor del fuego parece audaz y misterioso.

—Gracias —digo y me acurruco en la manta.

Kingston se sienta a mi lado y me da una segunda manta, que extiendo sobre nuestras piernas.

Me rodea con un brazo y me da un beso tierno en la frente.

Escuchamos juntos la música mientras disfrutamos de la cercanía y el calor del otro.

No muy lejos de nosotros, junto a la hoguera, están el cumpleañero Ace y su pareja Alana, que charlan y se ríen con Faith y Saint.

Hay un ambiente relajado y distendido y nada indica que, hace unos meses, entre Kingston y mi hermano reinara un ambiente apocalíptico.

Mientras tanto, parece que Saint ha llegado a la conclusión de que Kingston se toma realmente en serio lo nuestro y de que su pasado no define automáticamente su futuro.

No puedo decir con certeza si ha llegado a esta conclusión por sí solo o si Faith Tanner tiene algo que ver con ello. Sin embargo, tengo mis teorías al respecto. Pero esa es otra historia que tarde o temprano descubriré.

Después de buscar a finales de verano un trabajo fijo en marketing que se ajustara a mis estudios universitarios, Faith me propuso encargarme del marketing de su marca, su tienda y su

cafetería para comercializarla no solo en Hawái, sino también a nivel nacional e internacional, y expandirla en un futuro próximo.

Un proyecto apasionante que no solo me supone un reto profesional, sino que también ha transformado mi relación con Faith en una verdadera amistad.

Kingston bosteza a mi lado y se frota los ojos.

Le doy un codazo en broma y le guiño un ojo.

—Pensaba que teníamos planes para esta noche, pero parece que ya no.

Kingston sonríe con picardía y desliza la mano entre mis piernas por debajo de la manta.

—Eso es lo que tú crees —susurra mientras me besa.

—Mmm —murmuro—. Esto me sabe a más.

—¿Ah, sí? —sonríe Kingston.

—Oh, sí.

—¿Ahora?

—¿Por qué no?

Arquea una ceja con los ojos brillantes.

—¿Aquí?

Siento cómo mis mejillas empiezan a hormiguear de la emoción y se me secan los labios.

—Aquí —digo y humedezco mis labios secos con la lengua, lo que provoca un gruñido oscuro en Kingston.

—Ven conmigo —susurra y me levanta.

Cogidos de la mano, nos alejamos de la hoguera y de los invitados a la fiesta de cumpleaños.

A unos cien metros, junto a una hilera de palmeras, Kingston se detiene y me empuja contra un tronco macizo.

—¿Has hecho lo que te pedí? —me pregunta con voz ronca de deseo y empieza a besarme hambriento el cuello.

—Sí —jadeo excitada y entierro los dedos en su cabello.

—Entonces déjame sentir.

Kingston mete la mano bajo mi falda y se asegura de que realmente no llevo bragas. Justo como él quería.

—Qué calor —suspira feliz y se abre la cremallera del pantalón.

Envuelvo mi pierna alrededor de su cintura y no puedo esperar a que por fin me dé lo que he estado deseando todo el día.

A él. En lo más profundo de mí.

En lugar de darme la ansiada liberación, toma mi rostro entre sus manos y busca mi mirada.

—Te amo, Clementine Saint. Me encanta todo de ti. Y te agradezco que no te hayas rendido conmigo, sino que te hayas aferrado a mí y hayas creído en nosotros.

—Yo también te quiero —susurro—, desde siempre y para siempre.

Kingston sella nuestro compromiso con un beso apasionado y deja que nuestros corazones colmen de alegría nuestros cuerpos fundidos en uno.



¿No te cansas de Cleo y Kingston? **AQUÍ** puedes leer **un capítulo extra gratuito** sobre ellos. Alternativamente, escanea simplemente este código QR:

El 10 de mayo continúa la serie con el tercero libro de los Honolulu Hornets: **Deseada por el Running Back.**

MIS NOVELAS DE UN VISTAZO

¿Conoces ya mi **serie Titan Racing**? Aquí puedes encontrar de un vistazo los 5 volúmenes de esta apasionante serie de Formula 1. A los fans de Drive to Survive les encantará.

La serie Titan Racing:

Titan Racing 1
Nunca te enamores del jefe
(Allegra & Hunter)

Titan Racing 2
Nunca beses al adversario
(Riley & Dante)

Titan Racing 3
Nunca te cases con el multimillonario
(Dakota & Grayson)

Titan Racing 4
Nunca te acuestes con el enemigo
(Kenzie & Cesare 1)

Titan Racing 5
Nunca tengas un bebé con el director general
(Kenzie & Cesare 2)



La serie Colorado College:
(Hockey sobre el hielo & New Adult)

Volumen 1:
Amor prohibido sobre el hielo
(Jordan & Carly)

Volumen 2:
Besos prohibidos sobre el hielo
(Chase & Ruby)

Volumen 3:
Segundo chance sobre el hielo
(Ryder & Bella)



La serie Los irresistibles abogados multimillonarios de Nueva York:
(Boss Romance)

Volumen 1:
Salvada por el multimillonario
(Damian & Grace)

Volumen 2:
Seducida por el abogado
(Landon & Violet)

Volumen 3:
Enamorada del jefe rival
(Jameson & Kennedy)



La serie Los hermanos Sloane
(Eishockey Romance)

Volumen 1:
Shelby - Hielo Ardiente

Volumen 2:
Caiden - Corazón Congelado

Volumen 3:
Elliott - Juego Apasionado



Touchdown de Amor
(Football Romance)

Volumen 1:
Enamorada del Quarterback

Volumen 2:
Tentada por el Wide Receiver

Volumen 3:
Deseada por el Running Back

Para no perderte ninguna novedad, **sígueme en Amazon** haciendo clic en "Seguir" junto a mi foto de autor. Sólo te llevará 5 segundos. También puedes **suscribirte a mi boletín** y recibir un relato gratis.

Puede encontrar todas mis novelas AQUÍ. También puedes escanear este código QR.



LIBRO Y CAPÍTULO GRATIS

LIBRO Y CAPÍTULO GRATIS

Como agradecimiento por tu fidelidad, te regalo una novela corta exclusiva y algunos capítulos extra de mis novelas. Simplemente haz clic en el enlace para descargarlos, o alternativamente, escanea el código QR.

Suscríbete aquí y empieza a leer ahora:

HAGA CLIC AQUÍ

o escanea este código QR:

También puedes encontrarme en las redes sociales:

Ava en Instagram: avaavery.autorin

Ava en Facebook: www.facebook.com/avaavery.autorin

Ava en TikTok: @avaavery.books

ANTES DE PARTIR

¿Te ha gustado esta historia?

Me encantaría que dejaras una reseña en Amazon. No importa la extensión. Agradeceré cualquier reconocimiento hacia mis novelas.

Muchas gracias por tu tiempo.

Hasta pronto.

Ava

Derechos de portada

Cover & Design by *Ivanna Design*.

All drawn by hand. No photos used.

Pie de imprenta:

Ava Avery

c/o WirFinden.Es

Naß und Hellie GbR

Kirchgasse 19

65817 Eppstein

Contacto:

avaavery.romane@gmail.com